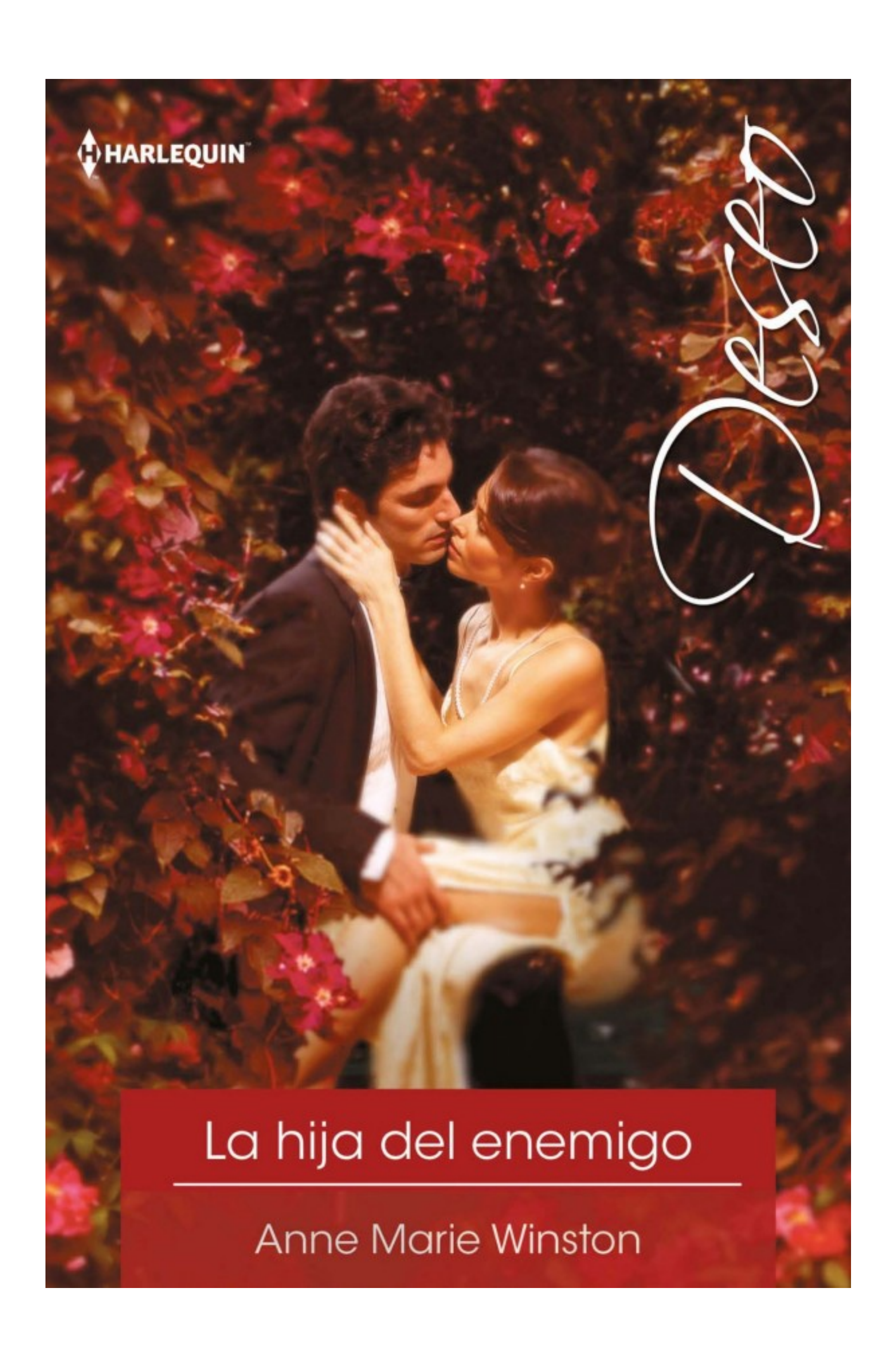

HARLEQUIN
Deseo
La hija del enemigo
Anne Marie Winston



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La hija del enemigo, n.º 5521 - febrero 2017
Título original: The Enemy's Daughter
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-9352-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Crónica rosa del *Savannah Spectator*

¡El *Savannah Spectator* se complace en presentarles su particular versión de la trágica historia de amor de *Romeo y Julieta*!

Los hechos: Dos rivales se disputan un escaño en el senado.

Los amantes: La hermosa y sofisticada hija del uno, recién llegada del extranjero para apoyar a su progenitor en la campaña electoral; y el apuesto pero cerebral vástago del otro, cuyo «honesto» padre, patriarca de la familia más influyente de Savannah, se ha visto salpicado por el escándalo.

Acto Primero: Romeo conoce a Julieta en una fiesta de su familia, los Montesco, y salta en ambos la chispa de la pasión. Pero, ¿qué hace allí una Capuleto?

Acto Segundo: Una cita secreta en la playa, otra en un histórico hotelito, y mucho sexo, pero ningún sacerdote o monja compasivos a la vista que puedan ayudar a nuestros amantes.

¿Lograrán sobrevivir estos dos desventurados amantes a la encarnizada rivalidad entre sus padres? ¿Será sofocado el ardor de Julieta cuando su padre descubra que sus zapatos de cristal han estado bajo la cama de un Montesco? El perfume de una rosa seguiría siendo igual de dulce aunque a la flor se le diera otro nombre, pero para nosotros, reporteros del mundo del corazón, no hay olor más dulce que el escandaloso romance que se huele entre los hijos de estas dos familias enfrentadas. ¡Y con qué ansia esperamos que dé comienzo el acto tercero!

Capítulo Uno

Había mucha gente para ser miércoles por la tarde, pensó Selene van Gelder, deteniéndose tras cruzar las puertas de D&D, una selecta cafetería situada en el casco antiguo de Savannah, Georgia. Aunque ya estaban a principios de septiembre, el calor era todavía asfixiante, por lo que agradeció que el local tuviera aire acondicionado. Inspiró profundamente varias veces, pero aun así el cosquilleo que sentía por los nervios en el estómago pareció ir en aumento. Aquello era una locura; no debería estar allí.

Lo cierto era que en un principio sólo había ido al centro porque necesitaba hacer unas compras, pero cuando se encontró ante las puertas de madera y latón de D&D, con sus cristales esmerilados, no tuvo más remedio que sincerarse consigo misma, y admitir que, tras dos meses, no podía seguir resistiendo la tentación de averiguar más acerca de Adam Danforth.

De modo que aquel era su negocio… Bueno, al menos en parte, matizó recordando que le había comentado que su primo y el mayor de sus hermanos eran copropietarios. Inspiró, inhalando la rica mezcla de aromas de los distintos tipos de café que servían, y miró curiosa en derredor.

El lugar, aunque tan elegante como lo había imaginado, ofrecía además un ambiente cálido y acogedor. Las paredes, recubiertas con paneles de madera oscura, contrastaban con el brillo de los apliques de latón, y los ventanales, en los que figuraba sobreimpreso en letras doradas el estilizado logotipo de la cadena de cafeterías, estaban flanqueados por cortinajes de terciopelo rojo. Había incluso una enorme chimenea, aunque Selene dudaba que la encendiesen muy a menudo, dado el clima templado de Georgia.

Aquella chimenea le recordó los dos internados europeos donde había pasado gran parte de su infancia y adolescencia, aunque allí, por los fríos inviernos del continente, eran más una necesidad que un lujo. Y, aunque parezca difícil imaginar que nadie pueda tener buenos recuerdos de un internado, para Selene los internados en los

que se había educado habían sido sinónimo de tranquilidad y seguridad.

Pero ya no estaba en Europa; estaba en casa… si es que podía considerar Savannah como su hogar. Lo cierto era que dudaba que en ninguna parte de Estados Unidos pudiese sentirse jamás como en casa, aunque al menos con aquella ciudad tenía un vínculo, por pequeño que le pareciese. Había nacido allí, en el calor de una noche de verano, y la tumba de su madre estaba allí, bajo los fuertes robles del viejo cementerio en el que estaban enterradas las familias de rancio abolengo.

Su madre… Selene suspiró. Le habría gustado conocer a la mujer que le había dado la vida, pero su madre, Elisabetta Horne van Gelder, había fallecido a las pocas horas de traerla al mundo a ella, su única hija. Sólo había tenido tiempo de darle su nombre, y de despedirse del marido que tanto la había amado. Selene no pudo evitar preguntarse cómo habría sido su vida si su madre no hubiese muerto, si habría sido muy distinta, pero, comprendiendo que aquello sólo le traería dolor, apartó esos pensamientos de su mente. Se dirigió al mostrador, y pidió un moca brasileño para llevar. Miró en derredor, fijándose en los camareros y demás empleados del elegante local, pero no vio a Adam por ninguna parte.

Un sentimiento de decepción la invadió, pero al instante se reprendió por ser tan ridícula. El copropietario de un negocio, y menos un empresario tan rico y próspero como se decía que era Adam Danforth, no iba a trabajar detrás de la barra.

Además, lo último que necesitaba ninguno de los dos sería que se encontrasen allí, en un lugar público, y que alguien los identificase. La prensa rosa desde luego se frotaría las manos.

Sería mejor que se fuese ya, se dijo arrepintiéndose del impulso que la había hecho ir allí. ¿No había estado repitiéndose una y otra vez desde el mes de julio que no podía tener nada con Adam?

Además, era sumamente arrogante por su parte creer que él pudiera seguir interesado en ella. Después de todo, no había vuelto a saber nada de él desde que recibiese aquel precioso ramo de rosas y lirios la mañana siguiente a la fiesta en la que se habían conocido.

Se giró con la bebida en la mano para salir del local, y casi se chocó con una rubia con un elegante traje de falda y chaqueta que había detrás de ella. Se apartó y murmuró un «perdone», pero la

otra mujer ni siquiera le contestó.

—Pues a mí me parece que es uno de los hombres más guapos que conozco —le estaba diciendo a una morena que parecía una ejecutiva, como ella—. Es como una mezcla de Josh Harnett y Tom Cruise de joven. Claro que Adam mide al menos un metro ochenta. ¡Lo que yo daría por que me invitase a salir…! —añadió con un suspiro.

¿Adam? Aunque sabía que no estaba bien escuchar conversaciones ajenas, el oír aquel nombre llamó la atención de Selene, y la hizo aguzar el oído.

—Sí, claro; y estarías en el séptimo cielo… hasta que abriese la boca —contestó la morena—. Mira, no voy a negarte que sea atractivo, pero ese tío es un plomo. Salí con él una vez, hace años, y puedo decirte que al cabo de unos veinte minutos su conversación estaba empezando a matarme de aburrimiento.

Su amiga se encogió de hombros.

—Bueno, nunca he necesitado que mis ligues sean especialmente brillantes —respondió con una risa maliciosa.

—Ése es el problema —contestó la morena, sacando la billetera de su bolso—: es demasiado brillante. Cuando empieza a hablar de fantasmas y leyendas más te vale pedir otra copa y ponerte unos tapones en los oídos. Además, justo cuando crees que se le está acabando la cuerda, enlaza con otra cosa.

Selene reprimió una sonrisilla. No había duda; tenían que estar hablando de su Adam. ¿Su Adam? «¡No, no es *mi* Adam!», se reprendió, irritada consigo misma.

Adam Danforth… Probablemente a muchas mujeres les pareciese un hombre aburrido por su fascinación por la historia y las leyendas de Savannah, pero para alguien que, como ella, había disfrutado estudiando lenguas muertas y literatura de siglos pasados en la universidad, no podría antojársele más interesante.

Se abrió paso entre los demás clientes que esperaban a ser atendidos, dirigiéndose hacia la salida. Quizá fuese mejor que no hubiese visto a Adam después de todo. Aquella había sido una idea estúpida, y se habría arrepentido si se hubiesen encontrado. Sí, se habría arrepentido.

En ese momento entraba un gran grupo de personas en el local, y tuvo que quedarse a un lado esperando a que despejaran el paso.

Mientras lo hacía, el tablón de anuncios que había a su izquierda, colgado de la pared, llamó su atención.

En uno de los papeles que había pinchados en él, decía: «*Mujer blanca soltera busca hombre blanco soltero para compartir un cappucino frangelico. Deben gustarle los perros pequeños y ruidosos*». Debajo había escrito un número de teléfono. Y en otro papel había dibujado un corazón dentro del cual ponía «*Elena, ¿quieres casarte conmigo?*». Selene sonrió. Según parecía aquel tablón de anuncios se había convertido en un servicio de citas. Aunque la salida ya había quedado despejada, se quedó allí de pie, leyendo otros mensajes. Y entonces lo vio: «*A S., mi fantasma del jardín: me estoy marchitando sin ti. Llámame. A.*».

Selene contuvo el aliento y su corazón palpitó con fuerza. ¿«Fantasma del jardín»? ¿Quién sino Adam podría haber escrito aquello? ¿Y a quién sino a ella podría ir dirigido?

Las manos le temblaban cuando sacó un bolígrafo y una libretita de su bolso. Sin darse tiempo a preguntarse qué estaba haciendo, quitó el papel del corcho, se lo guardó en el bolsillo, y escribió en la libreta:

> *Para A., de tu fantasma del jardín: Las preciosas flores que me mandaste se han marchitado, pero mis sentimientos por ti no. ¿Podríamos vernos? S.*

Rápidamente colgó su respuesta en el tablón, y salió de la cafetería antes de que el sentido común la hiciera arrancarla. Iba ya calle abajo, cuando se dio cuenta de que su teléfono móvil estaba sonando.

Lo sacó del bolso y lo abrió.

—¿Diga?

—¿Cómo estás, *ma petite*? —le preguntó una voz con acento francés al otro lado de la línea—. Estoy muy disgustada contigo: ¡no me has llamado siquiera para saber cómo van los preparativos de la boda!

—¡Willi! —exclamó ella, llena de alegría—. ¿Cómo estás?

Guillemete, o Willi, como Selene solía llamarla, había sido su compañera de estudios durante su infancia y adolescencia, y era su mejor amiga. Hija de una noble familia francesa, se había

comprometido no hacía mucho con un primo lejano de la reina de Inglaterra.

—¿Que cómo estoy? Estoy tan contenta que a veces pienso que voy a explotar de tanta felicidad, pero es de ti de quien quiero saber.

—No hay mucho que contar —respondió Selene, encogiéndose de hombros—. La vida en los Estados Unidos es muy aburrida. Mi padre está inmerso en su campaña, y yo intento mantenerme fuera de ella. Lo último que quiero es convertirme en carne de cañón para la prensa.

—¿Y no has conocido a nadie interesante en estas semanas? Si ningún americano se ha fijado en ti es que son unos idiotas y no merecen la pena.

Selene vaciló cuando su mente conjuró las apuestas facciones de Adam.

—¡Selene! ¡Sí que hay alguien! —exclamó Willi—. Vamos, confiesa. No puedes engañarme, querida; aunque no tengamos vínculos de sangre somos prácticamente hermanas, y tu mente es como un libro abierto para mí.

A un lado de la calle había un pequeño parque, y mientras Selene se dirigía a un banco vacío, le dijo a su amiga:

—Bueno, no es exactamente una relación…

—Empieza por el principio —exigió Guillemette—. Quiero saberlo todo.

Selene se quedó pensativa un momento.

—¿El principio? Está bien; todo comenzó en el mes de julio, unos cinco días después de que llegara a Savannah. ¿Recuerdas que te dije que venía porque me lo había pedido mi padre…?

—¿No podrías intentar parecer un poco más alegre, Selene? —la reprendió su padre, John van Gelder—. Si vas a la fiesta con esa cara de funeral la gente se fijará en ti, y sospecharán.

—No quiero ir, padre. Asistir a actos públicos para apoyar tu candidatura es una cosa, pero lo que quieres es que vaya a espiar a Abraham Danforth en una fiesta que da para recaudar fondos para su campaña. Además, estas cosas no se me dan bien. Seguro que alguien se dará cuenta —le contestó ella.

Se puso a alisar con la mano las arrugas de su vestido de noche para evitar su mirada, confiando en que se daría por vencido.

Sin embargo, su padre ignoró sus quejas. ¿Por qué había pensado que aquella vez las cosas podrían ser distintas? Después de todo su padre la había ignorado durante toda su vida.

—Nadie se dará cuenta si tú no llamas la atención sobre ti misma. Además, nadie sabe quién eres. Llevas años fuera del país. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que la prensa publicó una foto tuya.

Ella sí lo recordaba. Había sido a sus nueve años. Había vuelto a casa, a América, para hacerle una visita a su padre. Abrumada por los flashes de las cámaras, y sintiéndose perdida lejos del elitista internado suizo en el que su padre la había matriculado, había salido llorando en la fotografía.

—Y yo no lo llamaría «espiar» —continuó la voz de su padre, irrumpiendo en su recuerdo—. Lo único que quiero es que estés atenta por si oyeras algo que deba saber sobre Danforth. Es imposible que sea tan condenadamente perfecto y honrado como quiere hacerle creer a la gente. Todo el mundo tiene trapos sucios.

—Yo no creo que sea perfecto —apuntó ella—, pero sí ha demostrado ser honrado respecto a sus errores.

—Oh, sí, claro… —se burló su padre—. Por favor, todo el mundo sabe que se vio obligado a reconocer a esa hija vietnamita ilegítima. Pero consiguió darle la vuelta a la tortilla ante la opinión pública y ponerse una medalla. Además, antes de que llegaras saltó a los medios todo ese barullo del cadáver de la hija de su ama de llaves que encontraron en su propiedad. Aquello estuvo a punto de hundirlo, pero luego, según dijo la policía, resultó que él no tenía nada que ver —bufó—. Ya me gustaría a mí tener los asesores políticos que tiene…

Selene suspiró. Las protestas cayeron en saco roto, y momentos después estaba sentada en un coche, camino de la fiesta de los Danforth. «Como quieras, padre», pensó en un arranque de rebeldía, «puedes obligarme a asistir, pero no a que espíe para ti».

La fiesta se celebraba en el hotel Twin Oaks, en el casco antiguo de Savannah. Selene entró detrás de un grupo de personas, y paseó la vista por el enorme salón. Había varias parejas bailando, y el resto de los asistentes estaban charlando en torno a las mesas de los

aperitivos. Al fondo unas puertas acristaladas abiertas daban paso a los extensos jardines que había en la parte trasera del hotel, y se dirigió hacia allí. Fuera haría calor, pero seguramente nadie estaría tan loco como ella para salir con la humedad que había en el aire esa noche. Se quedaría allí diez minutos y después se iría.

Mientras avanzaba por el borde del salón, pasó junto al lavabo de señoras, y decidió pasar a refrescarse un poco. Sin embargo, al entrar se encontró con una adolescente llorando, y entre ella y otra mujer joven intentaron consolarla. Por lo que les dijo, la chica parecía tener problemas con su padre, y el verla tan angustiada hizo que a Selene se le encogiera el corazón. No obstante, sabía que no podía permitirse implicarse demasiado en los problemas de aquella desconocida, ya que corría el peligro de ser descubierta. Después de todo, no había sido invitada, y dudaba que a ningún miembro de la familia Danforth pudiese hacerle mucha gracia descubrir que había una Van Gelder en su fiesta, así que tras permanecer allí unos minutos, intentando animar a la chica, salió de los servicios y se dirigió al jardín.

Justo acababa de sentarse en un banco de piedra, lejos de las puertas del salón, cuando una profunda voz masculina dijo:

—No es usted un fantasma, ¿verdad?

Selene se volvió sobresaltada.

—Parece decepcionado —comentó riendo.

Un hombre salió de entre las sombras. Iba vestido con un esmoquin, que le sentaba como si se lo hubiesen hecho a medida, y la luz de la luna arrancaba brillos de su oscuro cabello.

—Lo estoy —admitió—. Hace unos minutos la vi caminando por el jardín con ese vestido blanco, y por un momento creí que era el fantasma del hotel.

—Vaya. Pues lo siento, pero soy una mujer corriente y moliente, de carne y hueso —contestó ella, encogiéndose de hombros y sonriendo.

—Yo no diría que es usted «corriente»… en modo alguno —dijo el hombre.

El tono de su voz era cálido, de admiración, y Selene agradeció la oscuridad al notarse las mejillas ardiendo. Nunca se le había dado bien flirtear, ni aceptar sin sonrojarse las galanterías de los hombres.

Se aclaró la garganta.

—Lo del fantasma… ¿se lo ha inventado? —inquirió, en parte para distraerlo de su azoramiento, y en parte porque le picaba la curiosidad.

—No, por supuesto que no. ¿Le importa que me siente?

Selene negó con la cabeza, y el hombre se sentó a horcajadas en el banco.

—Hace más de cien años una joven que se alojaba en este hotel fue secuestrada de la suite que ocupaba con su familia, y fue violada en el tercer piso. Saltó por la ventana y se mató. La leyenda dice que en las noches de luna clara se la puede ver penando por estos jardines, llorando por su virtud perdida.

—¿Y hay algo de verdad en esa historia? —inquirió Selene fascinada.

El hombre asintió.

—Su nombre aparece en los registros del hotel, igual que la fecha de su muerte, que ha sido confirmada con el censo de la época. Incluso está enterrada en un cementerio de la zona.

—¿Conoce a alguien que la haya visto?

—Supuestamente mi tatarabuelo paterno la vio en una ocasión. Había venido aquí al hotel, en la década de mil novecientos cuarenta, a una fiesta, y había salido al jardín a esperar a una chica con la que había acordado encontrarse en este lugar. Oyó una voz femenina detrás de él, pero cuando se volvió, vio el fantasma de una joven. Escribió con todo detalle sobre aquel encuentro sobrenatural, y esos papeles han ido pasando de generación en generación. Sólo existen una docena aproximada de casos documentados de gente que supuestamente la han visto.

—Ahora entiendo que se haya sentido decepcionado —dijo Selene.

El hombre le sonrió, mostrándole unos dientes blancos y perfectos.

—¿Podría retractarme de esas palabras? Por lo general no suelo ser tan poco galante.

Selene sonrió.

—Quedan borradas.

El desconocido exhaló un exagerado y cómico suspiro de alivio, para luego ladear la cabeza y quedarse observándola con

curiosidad.

—Me parece que la historia que le he contado no la ha asustado demasiado.

—Bueno, ha dicho que el fantasma de esa chica está triste por su honra perdida, no que sea peligrosa —apuntó Selene—. Claro que, si me llevara a Bavaria, hay cierto castillo donde no pondría los pies aunque me pagaran. El espíritu que vaga por el lugar murió defendiendo a su familia del ataque de un reino vecino, y según parece ya le ha dado un buen susto a más de un visitante. Una mujer que se cayó por las escaleras y se rompió un tobillo asegura que algo invisible la empujó.

El hombre asintió mientras la escuchaba.

—Los fantasmas vengativos son bastante comunes —dijo—. Su acento no es alemán —añadió pensativo—, pero tengo la impresión de que conoce bastante bien Europa.

Selene sonrió.

—Y no se equivoca. Estuve viviendo en Suiza durante la mayor parte de mi infancia y adolescencia antes de ir a la universidad en el Reino Unido.

—Entonces, ¿es usted británica?

—Oh, no, soy americana —replicó ella—, aunque sólo llevo aquí cinco días.

Él esbozó una sonrisa amplia y sincera. A la pálida luz de la luna Selene no podía distinguir el color de sus ojos, pero había en ellos un interés que no le pasó desapercibido.

—¿Y va a quedarse mucho tiempo?

—Bueno, no sé si mucho, pero sí, sí que voy a quedarme algún tiempo —respondió Selene, devolviéndole la sonrisa.

El hombre se quedó mirándola a los ojos en un silencio roto sólo por el canto de los grillos, y los dulces acordes de la música de la fiesta, que escapaba del salón a través de las puertas abiertas.

—Mi fantasma del jardín… —susurró él. Se puso de pie y le tendió una mano—. ¿Me concedería este baile?

Con un cosquilleo en el estómago, Selene puso su mano temblorosa en la de él, y se incorporó, dejando que la rodeara con sus fuertes brazos y la atrajera hacia sí. Él la sintió estremecerse, y le preguntó si tenía frío, agitando suavemente los mechones sobre su sien al hablar.

Selene se dio cuenta de que con sólo volver la cabeza y alzar la barbilla sus labios se encontrarían, y tuvo que controlarse para no hacerlo.

—Fue maravilloso —le dijo a Guillemette—. Bailamos durante casi una hora, charlamos… Le encantan el folclore, los fantasmas, las leyendas, y esa clase de cosas. Es un hombre fascinante. Y es tan guapo y tan dulce…

—Bueno, ¿pero qué ha pasado desde entonces? —la interrumpió Willi—. Has dicho que de eso hace dos meses.

De pronto la alegría de Selene se disipó.

—Así es; y desde entonces no ha pasado nada más.

—¿Cómo? Pero, ¿por qué? —exclamó su amiga.

Y empezó a balbucear en francés con tal desconcierto, que si Selene no hubiese estado tan deprimida se habría echado a reír.

—Willi… ¿no quieres saber cómo se llama?

—Ah… *Oui* —respondió su amiga en un tono de incertidumbre.

—Adam Danforth.

—¿Eso debería decirme algo?

La respuesta de Guillemette puso de relieve el que no comprendiera cuál era el problema.

—Su padre, igual que el mío, se presenta como candidato a las elecciones al senado —le explicó—. Mi padre se pondría furioso si tuviese una relación con el hijo de su rival.

—¿Y eso por qué? —inquirió Willi, que no acababa de entenderlo.

—Pues porque… —contestó Selene vacilante, que no se había esperado esa pregunta—… porque mi padre siempre ha sido muy competitivo. Su carrera política lo es todo para él. Está constantemente intentando encontrar algún escándalo sobre la familia Danforth. No es… no siempre se comporta de un modo honorable —añadió, aunque le costaba admitirlo.

El silencio de Guillemette fue más que elocuente.

—Y este Adam… ¿sabe quién eres tú? —inquirió finalmente.

—Oh, sí. Me mandó flores al día siguiente —contestó Selene, sonriendo al recordarlo—. Un ramo precioso con una nota diciéndome que había disfrutado mucho de la velada.

—Y tú…

—…le mandé una nota dándole las gracias, por supuesto —respondió Selene—. Pero, como comprenderás, no puedo volver a verlo.

—No, no lo comprendo —replicó su amiga acaloradamente—. Selene, no hay ninguna razón lógica por la que a tu padre deba importarle que salgas con ese hombre. ¡Estamos en el siglo veintiuno, no en la Edad Media!

—Pero es que Abraham Danforth y él no tienen una rivalidad precisamente amistosa —se defendió Selene, pensando en algunas de las tácticas más ofensivas a las que había recurrido su padre recientemente—. No es tan sencillo, Willi.

—Sólo te diré que el que algo quiere, algo le cuesta —respondió Guillemette con firmeza—. Mírame a mí: ¡he tenido que someterme a la aprobación de la reina!

Selene se echó a reír.

—Cuéntamelo todo. Me muero por conocer los detalles. ¿Hiciste correctamente la reverencia? ¿Cómo era su corona? ¿Tuviste que besarle la mano?

Lea lo mataría si llegaba otra vez tarde a almorzar. El imaginar los ojos de su hermanastra relampagueando de ira hizo sonreír a Adam Danforth cuando atravesaba las puertas de la cafetería D&D con los sobres de la paga semanal en la mano. Se los entregó al gerente, revisó el correo, y se apresuró a salir de nuevo mientras miraba su reloj de pulsera. Quizá después de todo llegase a tiempo.

Había convertido en una costumbre el quedar a comer con su hermanastra una vez a la semana, para que se fuese haciendo a ser parte del numeroso y alegre clan Danforth, y se… ¡No estaba! Se paró en seco junto a la entrada, la mirada fija en el tablón de anuncios. Desde que pusiera su mensaje en él, semanas atrás, lo había mirado cada vez que iba a la cafetería, pero a medida que iban pasando los días sin noticias de Selene van Gelder, su ilusión y sus esperanzas se habían ido desvaneciendo hasta desaparecer por completo.

Había dado por perdida la posibilidad de encontrar algún día a una mujer que lo quisiese tal y como era: un chalado al que le

gustaba hablar de historia y de fantasmas. Durante años varias mujeres habían estado detrás de él, pero a ninguna la había movido un afecto sincero. Unas querían cazarlo por el prestigio de su familia, otras por su dinero, y algunas incluso deseaban su cuerpo… cosa que, siendo honesto consigo mismo, no era algo que lo desagradara, pero no se había sentido atraído por ni una sola de ellas a un nivel intelectual.

Y entonces había aparecido Selene. Había tenido su gracia que la hubiese confundido con el fantasma del hotel la noche de la fiesta, y al principio había dado por hecho que lo encontraría aburrido y pensaría que era un bicho raro, igual que las demás mujeres que había conocido hasta entonces. De hecho, si se había lanzado a relatarle la historia del fantasma había sido más para deshacerse de ella que porque pensase que pudiese interesarle.

Era una táctica que había perfeccionado a lo largo de los años, desde que oyese a Angela du Fraine riéndose de él. Lo patético había sido que él había soñado con casarse con ella hasta ese día, el día en que se había dado cuenta de que ella no veía en él más que a un ingenuo con mucho dinero, y un ingenuo aburrido, además. Algún día debería darle las gracias por haberle abierto los ojos, pensó con amargura, por haberle enseñado lo que las mujeres, por regla general, pensaban realmente de él.

De hecho, había empezado a experimentar un placer perverso al ver transformarse de puro aburrimiento el rostro de esas mujeres cuando creían que lo habían conquistado, y las atormentaba con su interminable charla de historia y leyendas. En fin, quizá tuviera un sentido del humor un poco retorcido.

Pero Selene… Selene era distinta. A la luz de la luna no había podido verla bien, pero le había parecido que sus ojos eran de un azul oscuro, muy intenso. Era bonita, de una belleza a la antigua, recatada. Tenía una nariz pequeña y recta, labios carnosos, y en el centro de su barbilla había un pequeño e irresistible hoyuelo. Aquella noche había llevado el cabello recogido, dejando su rostro despejado, con algunos mechones ondulados cayéndole sobre la frente y las mejillas, y mientras él hablaba lo había mirado atentamente con aquellos grandes ojos verdes, haciéndole olvidar por unos momentos que era el aburrido Adam.

Luego, le había preguntado si quería bailar, ansioso por tenerla

entre sus brazos. Y, cuando así fue, tuvo la sensación de que su lugar estaba allí, entre ellos. Selene había apoyado la cabeza en su hombro, con el rostro vuelto hacia su cuello, y al sentir su cálido aliento en la garganta había querido besarla, más de lo que nunca había querido otra cosa, pero tenía la impresión de que la joven era algo tímida y, no deseando intimidarla, se había contenido.

Y entonces, le había preguntado su nombre…

—*¿Van Gelder?* —exclamó Adam, incapaz de ocultar su estupor—. ¿No serás…? No me digas que eres pariente de John van Gelder.

No era posible que aquella preciosa joven tuviese algún parentesco con esa… con esa sanguijuela.

Selene alzó la barbilla, poniéndose a la defensiva, haciendo que los pendientes que llevaba brillaran con la luz de la luna.

—Soy su hija.

Adam no pudo evitarlo; se echó a reír. El destino tenía a veces curiosas ironías.

—¿Te importaría decirme dónde está el chiste? —inquirió Selene, levantando aún más la barbilla.

Adam dejó de reírse.

—Pues en que… bueno, en que yo soy Adam Danforth.

Selene retrocedió.

—*Danforth*… —murmuró en un tono de voz tan bajo, que él casi no la oyó—. Oh, Dios…

Parecía tan espantada que Adam no pudo menos de sentirse irritado.

—Escucha, no hay ninguna razón por la que tenga que importar cómo nos apellidemos, ¿no crees?

Ella no contestó.

—Me gustaría volver a verte, Selene —le dijo saboreando el sonido de su nombre.

Era un nombre hermoso, inusual, y le iba como anillo al dedo.

—No —respondió ella con voz temblorosa—. Eso sería una locura.

—Vamos, esto es absurdo —insistió él, sintiendo un pánico irracional ante la idea de no volver a verla—. ¡Ni que fuéramos los Hatfield y los McCoy…!

—Más bien somos como los Montesco y los Capuleto —respondió ella, y Adam comprendió que no estaba bromeando.

—Selene…

—Debo irme —lo interrumpió ella, dando otro paso atrás.

Levantó una mano, y Adam sintió sus finos y fríos dedos sobre su mejilla.

—Ha sido una noche maravillosa, Adam, pero no podemos volver a vernos. Lo siento.

Sólo cuando se hubo marchado se preguntó Adam por qué, siendo una Van Gelder, habría ido a una fiesta que daba su padre, pero ya no podía hacerle esa pregunta, y probablemente nunca sabría la respuesta.

Adam salió por fin de la abstracción en que lo habían sumido los recuerdos, y se dio cuenta de que llevaba un buen rato plantado delante del tablón de anuncios. El día siguiente a la fiesta había pensado buscar su número en la guía y llamarla, pero, a la vista de cómo había reaccionado al saber que era un miembro del clan Danforth, había desistido. Lo único que habría podido conseguir habría sido causarle problemas con su padre. Sin embargo, se le ocurrió que podía mandarle flores. Un día después recibió una nota de ella, dándole las gracias por el detalle, pero había sido una nota meramente correcta, y tan seca que se convenció de que seguía pensando que no debían volver a verse.

Evidentemente no iba a insistir, por mucho que pensase que estaban hechos el uno para el otro. Si no quería saber nada más de él no podía sino respetar su decisión, pero a los pocos días se le había ocurrido la idea de dejarle una nota en el tablón de la cafetería, por si la veía y cambiaba de opinión.

En el lugar donde había estado su nota, alguien había colocado una hojita que decía:

> *Para A., de tu fantasma del jardín: Las preciosas flores que me mandaste se han marchitado, pero mis sentimientos por ti no. ¿Podríamos vernos? S.*

«¿Podríamos vernos?»… Adam tuvo la impresión de que acabara

de morir y hubiera subido al Cielo. ¡Y estaba firmado «*S.*»! ¿Sería realmente de Selene?

El corazón le latía con fuerza por la emoción. Extendió una mano para tomar el papel, mientras con la otra retiraba la chincheta con la que estaba sujeto al corcho. Un millón de pensamientos cruzaron por su mente en ese momento. ¿Debería buscar su número en la guía y llamarla?

Iba a dirigirse a un rincón del local, donde tenían un teléfono público y una guía telefónica, pero se detuvo antes de dar siquiera dos pasos. ¿Iba a llamar a casa de John van Gelder, a casa del canalla que había hecho todo lo posible por echar a perder el buen nombre de su padre?

Pero, entonces, pensó en lo difícil que debía haber resultado para ella arriesgarse a dejarle aquella nota, arriesgarse a la posibilidad de volver a verlo. No, debía tragarse su orgullo de Danforth y llamarla. Claro que… le había costado nada menos que dos meses decidirse a intentar contactar con él, reflexionó. Tal vez sería mejor no apresurar las cosas.

Sacó de su bolsillo una tarjeta de negocios y una pluma, y escribió un mensaje en la cara blanca de la tarjeta. ¿Y qué si llegaba unos minutos tarde a comer? La mujer de sus sueños le había dado una oportunidad, y no iba a desperdiciarla.

Capítulo Dos

El padre de Selene la había tenido ocupada haciéndola acompañarlo a comidas y mítines de la campaña, y pasaron tres días antes de que pudiera volver a la cafetería para ver si su nota seguía allí o si había recibido alguna contestación.

Al entrar en el local y acercarse al tablón, su corazón se saltó un latido. Su nota no estaba, y había sido reemplazada por una tarjeta de negocios vuelta del revés, donde habían escrito un mensaje.

La boca se le había puesto seca de repente, y tuvo la sensación de que el corazón fuera a salírsele del pecho. No atreviéndose todavía a creer que fuera a volver a verlo, extendió ambas manos para quitar con una la chincheta y con la otra tomar la tarjeta. Le dio la vuelta, y vio que en efecto era de Adam, y que tenía inscrito el elegante logotipo de la cadena de cafeterías.

Allí estaba la prueba; no había sido un sueño, ni un mensaje para otra persona. Adam quería verla de nuevo. Volvió otra vez la tarjeta con dedos temblorosos, y leyó lo que había escrito:

> *A mi fantasma del jardín: Reúnete conmigo frente a la estatua que hay en la plaza Oglethorpe el lunes a las tres de la tarde.*

«¿El lunes? ¡Hoy es lunes!», pensó nerviosa, mirando su reloj de pulsera. Ya era más de la una. Pero, ¿a qué lunes se referiría? En fin, eso era lo de menos, se dijo, fuera ese lunes, o el lunes siguiente, estaría allí esperándolo los dos días si fuera necesario.

Si había seguido bien las indicaciones del mapa turístico de Savannah que había comprado, debía estar en la plaza Oglethorpe, se dijo Selene deteniéndose junto a la estatua que había en el centro.

La sensación de nervios que tenía en el estómago se intensificó, y comprobó la hora en su reloj de pulsera. Las tres menos cuarto.

Aún faltaban quince minutos. Bueno, quince minutos que podía aprovechar para intentar calmarse.

Se entretuvo mirando en derredor, observando a los turistas que paseaban por la bonita plaza, rodeada de árboles, y apenas habrían pasado diez minutos cuando vio entrar en la plaza un coche de caballos con la capota subida. Tiraban de él dos hermosas yeguas blancas, y el conductor iba vestido con un traje de época.

El coche se detuvo junto a la acera que bordeaba la plaza, y de él se bajó un hombre que le dijo algo al conductor antes de volverse y dirigirse hacia ella. ¡Era Adam! El corazón de Selene se detuvo, y la joven sintió que se le cortaba la respiración.

No podía moverse, ni tampoco apartar la mirada de él. Llevaba puesto un traje oscuro y una camisa blanca de algodón con el cuello abierto, estaba sonriendo, y el sol otoñal arrancaba brillos de su cabello negro. Se detuvo frente a ella.

—No sabes cuánto me alegra que hayas venido —le dijo en un tono tan cálido como la expresión de su rostro.

—Yo… —comenzó ella, teniendo que hacer una pausa para aclararse la garganta—. No he visto tu nota hasta hoy mismo.

—Tenía la esperanza de que la vieras, pero estaba dispuesto a venir aquí varios lunes si hubiera hecho falta —contestó él.

A la luz de la luna Selene no había podido distinguir el color de sus ojos, pero en ese momento vio que eran de un castaño inusual, casi ambarino, a luz del día.

—¿Te apetece dar un paseo en coche de caballos? —le dijo Adam, ofreciéndole el brazo.

Selene emitió un gemido de sorpresa.

—Me encantaría.

Tomo su brazo y dejó que la condujera hasta el coche, y cuando llegaron junto a él, Selene iba a agarrarse al asidero para subir, pero antes de que pudiera hacerlo, Adam la tomó por la cintura con ambas manos, y la levantó, colocándola sobre el suelo del vehículo.

Selene se agarró a sus fuertes bíceps para erguirse, y lo miró con timidez.

—Gracias.

—No hay de qué —contestó él con una sonrisa, para luego subirse él también—. ¿Quieres que la bajemos? —le preguntó cuando se hubo sentado a su lado, señalando la capota.

Selene vaciló. Sería agradable sentir el sol en el rostro, pero probablemente al cabo de un rato tendrían calor. Además, la capota resultaba muy conveniente, porque los ocultaba de las miradas indiscretas, y no tendría que preocuparse de que alguien pudiera verlos.

—No, gracias. Así iremos más a gusto.

Adam sonrió, asintiendo con la cabeza, y Selene comprendió que había esperado que ella le dijera que no.

—Estamos listos —le dijo al cochero, inclinándose hacia delante.

—¿Quieren un tour explicado, o sólo paseo? —le preguntó el hombre.

Adam se volvió a mirar a Selene.

—Creo que prefiero que charlemos… si te parece bien —le dijo ella.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Adam.

—Me parece estupendo —contestó; y volviéndose al cochero le respondió—: Sólo paseo, gracias.

El hombre tomó las riendas, las agitó, y se pusieron en marcha.

Adam se volvió de nuevo hacia Selene.

—¿Te apetece comer algo? —le ofreció, levantando una neverita que había colocado debajo del asiento—. Tenemos uvas, queso, gambas peladas en salsa rosa, té frío, y refrescos.

Selene estaba apabullada.

—Veo que has pensado en todo —le dijo.

Adam le sonrió, pero luego la miró muy serio, como escrutando su rostro con una expresión intensa.

—Tú eres lo único en lo que he podido pensar durante estos dos meses —murmuró—. Temía que no fueras nunca en la cafetería y no vieras mi mensaje.

—La verdad es que fui allí con la esperanza de verte —le confesó ella.

—Yo al principio pensé en buscar vuestro número en la guía y llamar a tu casa, pero aquella noche te vi tan preocupada por cómo se lo pudiera tomar tu padre, que no me atreví.

—Me alivia que no lo hicieras —respondió ella—. Dudo que se lo hubiera tomado bien —abrió el bolso y sacó un trozo de papel doblado—. Éste es el número de mi móvil —le dijo tendiéndoselo—. Así puedes llamarme sin problemas; y si lo tuviera apagado siempre

puedes dejarme un mensaje.

Los ojos de Adam se iluminaron.

—De acuerdo.

Extendió una bandeja que llevaba incorporada la nevera, puso sobre ella la comida, y empezaron a picotear mientras charlaban para ir sabiendo un poco más el uno del otro.

Selene se enteró, por ejemplo, de que Adam era licenciado en Ciencias Empresariales, y él que ella había estudiado Filología Clásica en Oxford.

—Me licencié el año pasado —le explicó—, pero todavía no he decidido en qué me gustaría trabajar.

—La noche que nos conocimos me dijiste que ibas a quedarte algún tiempo en Savannah —apuntó él.

—Sí, por lo menos hasta que termine la campaña electoral.

Se hizo un silencio repentino, y los dos se concentraron en la comida durante un buen rato. Aquello era algo inevitable, se dijo Selene; dadas las circunstancias sería imposible que no fuesen a haber entre ellos momentos incómodos como ése.

—¿Siempre has vivido aquí, en Savannah? —le preguntó, cambiando de tema.

—Sí. Los Danforth hemos vivido en Crofthaven, la mansión familiar, desde que se construyera a finales del diecinueve —le explicó Adam sonriendo—. Está al este de la ciudad; no muy lejos de Tybee Island. Aquí es donde están mis raíces.

—También las mías —respondió ella—; mi madre pertenecía a una de las familias más antiguas de Savannah, aunque en realidad sé muy poco acerca de mis antepasados.

—¿Pertenecía? ¿No vive ya? —inquirió él suavemente.

—No. No llegué a conocerla porque murió al poco de nacer yo. Y tampoco me queda ningún pariente por parte suya.

—Mi madre también murió cuando yo era pequeño —dijo Adam.

—¿Y la recuerdas? —inquirió Selene.

—La verdad es que sólo tengo algunos recuerdos vagos de ella. Es Ian, el mayor de nosotros, quien mejor la recuerda.

—¿Cuántos hermanos sois? —inquirió ella. En los periódicos había leído, en relación con la campaña electoral, los nombres de varios Danforth, y se había preguntado qué relación tendrían con

Adam.

—Tengo tres hermanos y una hermana. Y una hermanastra también, aunque sólo hace un mes que la conocimos, así que no creció con el resto de la «tribu».

Selene lo estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—Seguro que tu casa debía ser muy alegre, con vosotros corriendo y riendo por todas partes.

La mirada de Adam se ensombreció.

—En realidad no; nuestro padre nos envió a distintos internados cuando aún éramos muy pequeños.

—Yo estudié en dos internados en Suiza —contestó ella—, pero para mí llegaron a ser más un hogar que la casa de mi padre, o esta ciudad.

—¿No venías aquí en vacaciones?

—No —respondió Selene. Tragó saliva al recordar cómo había esperado en vano todos aquellos años que su padre mandara a recogerla para que pasara las vacaciones con él—. En los doce años que llevo fuera de Estados Unidos, sólo he estado dos veces en Savannah.

—Bueno, si al menos tu padre iba a verte —dijo Adam—; el nuestro nunca fue a vernos a los internados en los que estudiamos.

—Oh, el mío tampoco. Estaba siempre tan ocupado que decía que era mejor que pasase también las vacaciones en Europa, porque habría sido un viaje muy largo para tan poco tiempo.

Adam la miró horrorizado.

—¿Me estás diciendo que en doce años sólo has visto a tu padre dos veces?

Selene asintió, consciente de lo extraño que debía sonar.

—Pero me encantaban los internados donde estudié —contestó —. Hice muy buenas amigas, y solía pasar las vacaciones con una de ellas. La verdad es que no echaba mi casa de menos.

—Yo sí —murmuró Adam poniéndose serio—. Detestaba que me separaran de mis hermanos, y también echaba terriblemente de menos a nuestros tres primos y a nuestros tíos. Estamos muy unidos a ellos, y siempre pasábamos las vacaciones con ellos.

—¡Cielos, sí que sois una familia numerosa! —exclamó ella. No le gustaba verlo triste, así que intentó desviar la conversación del rumbo que había tomado—. ¿Y qué lugar ocupas entre todos tus

hermanos?

Adam volvió a sonreír.

—Soy el mediano. Ian y Reid son mayores que yo, luego va Marcus, después mi hermanastra Lea, y finalmente Kimberly, la benjamina de la familia.

—¿Y los ves a menudo?, ¿a tus hermanos y a tus primos?

—Veo a la mayoría de ellos al menos una vez por semana —contestó él—, y ahora con la campaña de mi padre nos vemos bastante más.

—Siempre he pensado que debe ser divertido tener hermanos y hermanas —dijo Selene.

—¡Oh!, ¿ves eso? —exclamó Adam de pronto, señalando un enorme monolito en otra bonita plaza por la que estaban pasando—. Marca el lugar donde está enterrado un importante jefe indio.

—Vaya —murmuró ella mirándolo con curiosidad—. ¿Cómo se llama esta plaza?

—Es la plaza Wright. Le pusieron ese nombre por James Wright, el que fuera el último gobernador de la colonia de Georgia antes de que Estados Unidos se independizara.

—Me gustaría saber al menos una décima parte de lo que tú sabes sobre la historia de Savannah —dijo Selene.

—Bueno, podríamos hacer un tour a pie por los lugares más mágicos del casco histórico, a la luz de la luna —propuso él vacilante—. Si te apetece, claro.

A Selene la sorprendió la vulnerabilidad que vio en sus ojos, y al recordar la conversación que había escuchado en la cafetería, sintió que se apoderaba de ella una profunda irritación hacia aquellas dos superficiales mujeres que se habían burlado de aquel hombre tan inteligente y encantador.

—Me gustaría muchísimo —respondió.

—¿Qué tal esta noche?

Una expresión de decepción transformó las facciones de Selene.

—Esta noche no puedo, lo siento. Mi padre me ha pedido que lo acompañe a una fiesta para recaudar fondos para la campaña.

Adam tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Y mañana por la noche?

—Sí, mañana me iría bien —respondió ella—. ¿Dónde quieres que quedemos?

—Bueno, yo podría ir a recogerte a… —comenzó él, pero se calló al ver que Selene negaba con la cabeza—. No, claro, supongo que eso es imposible —farfulló chasqueando los dedos de la mano libre—. Podríamos quedar en el muelle del ferry, a las siete menos cuarto. A las siete sale un crucero por el río en el que se puede cenar —le dijo—. Dura unas dos horas, y luego podríamos ir a dar un paseo.

—Sería fantástico —respondió Selene—. ¿Dónde está el puerto?

Adam sonrió.

—Siempre se me olvida que esta ciudad es nueva para ti —le dijo apretándole suavemente los dedos—. Pero así tengo una excusa para pasar más tiempo contigo, haciéndote de cicerone.

—Me ha encantado; ha sido precioso —le dijo Selene cuando se bajaron del ferry—. Nadie debería irse de Savannah sin hacer este crucero por el río.

—Y ni siquiera te has mareado —respondió él, sonriendo al verla tan entusiasmada.

Selene sonrió traviesa.

—Es que antes de salir me tomé una pastilla para evitar los mareos —le contestó—. Cuando has viajado tanto como he viajado yo, aprendes esa clase de trucos.

—¡Qué tramposa! —exclamó él riéndose—. Así que tienes un defecto después de todo…

Selene enarcó las cejas.

—Tengo más de uno —le confesó, riéndose también y apoyando la cabeza en su brazo—, pero no pienso decirte cuáles son los otros. Bueno, ¿y por dónde vas a llevarme a pasear?

—Empezaremos por la «Casa del Pirata» —le dijo Adam—. Se rumoreaba que tenía un túnel secreto que salía de las bodegas y llegaba al río, y todo el mundo creía que era un cuento… hasta que, durante unas obras para restaurar el edificio, se descubrió que verdaderamente había existido.

—El nombre me suena —comentó Selene—. ¿No es ese sitio que se dice que describió Robert Louis Stevenson en *La isla del tesoro*?

—¡Sí! —exclamó Adam sorprendido—. Eres la primera mujer que conozco que sabe eso. Bueno, y la primera a la que le parecen

interesantes esta clase de cosas.

—Quizá no habías dado con la mujer adecuada —apuntó ella, dirigiéndole una sonrisa tímida.

—…hasta ahora —murmuró él, quitando la mano de Selene de su brazo y rodeándole la cintura para atraerla hacia sí—. Así esta mejor.

—Mucho mejor —asintió ella, rodeándole la cintura también.

Estuvieron paseando casi una hora, durante la cual Adam la entretuvo con anécdotas curiosas sobre la historia de Savannah, y sobre los fantasmas que se decía vagaban por el casco antiguo de la ciudad.

—¿Y tú has visto alguno? —inquirió ella, mientras torcían por una callejuela.

—¿Que si he visto algún fantasma? —murmuró él lentamente, aunque había oído su pregunta. Había acudido a su mente el fantasma de Crofthaven, pero se dijo que sin duda lo tomaría por un loco si se le hablase de eso—. No, nunca he visto ninguno.

Selene lo miró con curiosidad, como si intuyese que había algo que no le estaba contando, y esa sospecha se confirmó cuando le preguntó:

—Pero conoces a alguien que sí, ¿no es verdad?

—La mansión de mi familia está encantada —soltó él de sopetón. En fin, mejor que lo supiera todo.

—¿Tenéis un fantasma?

Para sorpresa de Adam, su tono no era escéptico, ni burlón.

—Sí. Creemos que es el espíritu de una institutriz, la señorita Carlisle. La contrató uno de mis antepasados, en la década de mil ochocientos noventa, pero en la noche de su llegada el carruaje en el que viajaba volcó en el camino, y se mató. Está enterrada en los terrenos de la mansión, bajo un roble.

—Pobrecilla —murmuró Selene entristecida, como si estuviesen hablando de alguien a quien habían conocido—. ¿Y de dónde era?; ¿llegó a saber su familia lo que le había ocurrido?

—No lo sé —respondió Adam—. No creo que nadie sepa mucho sobre ella.

Se quedaron los callados, pensando en el infortunado destino de aquella joven que había vivido dos siglos atrás.

—¿A quién se le ha aparecido? —inquirió finalmente Selene—.

¿Y cómo sabéis que se trata de esa tal señorita Carlisle?

—En Crofthaven no se habían producido nunca apariciones hasta después de su muerte. En el siglo pasado y en éste se le ha aparecido a varias personas —le explicó Adam—, y siempre cerca del roble a cuyos pies la enterraron. El árbol todavía sigue allí. Uno de mis antepasados describió su vestimenta con todo detalle, y un historiador confirmó que esa clase de ropajes eran los que se llevaban en la época en la que había vivido.

—¿Y cuándo se le apareció a alguien por última vez? —preguntó ella.

Habían dejado de caminar, y se volvió hacia Adam, alzando su rostro hacia él con interés.

—Bueno, eso es lo más curioso —respondió él—. En los últimos nueve meses la han visto tres personas.

—¡Oh! —murmuró Selene, frotándose los brazos con las manos —. Se me ha puesto la carne de gallina sólo de pensarlo. Cuéntame cómo ocurrieron esas apariciones.

—Está bien —accedió él, conduciéndola a un banco de piedra que había en la plazuela en la que habían desembocado—. En febrero Zack, el prometido de Kimberly la vio en la carretera que conduce a nuestra propiedad —comenzó a explicarle cuando se hubieron sentado—. Intentó hablar con él, pero Zack no pudo entender qué pretendía decirle. Según me contó, se irritó, como os pasa a todas las mujeres cuando un hombre no os comprende, y desapareció.

Selene sonrió.

—Me pregunto qué estaría intentando decirle.

—Después, en el mes de mayo, volvió a aparecerse, esta vez a un invitado, a Dennis, el hermano de mi cuñada. Creyó que era otra invitada, como él, que había entrado por error en su habitación. De hecho, hasta el día siguiente no sabría que lo que había visto era un fantasma.

—¡Cielos! —exclamó Selene—. ¿Y se le había aparecido antes a alguien en la casa?

—No —contestó Adam—. Aquello nos sorprendió bastante a todos. La tercera vez que se le apareció a alguien fue en julio, al prometido de Lea, mi hermanastra. Jura que repetía algo como «padre».

Selene sacudió la cabeza.

—Pobrecilla. Espero que algún día alguien pueda ayudarla a encontrar lo que busca.

—Yo también —dijo Adam—. No le ha hecho daño a nadie, aunque le ha dado un buen susto a quienes se les ha aparecido, claro. Pero, sí, supongo que debe haber algo concreto que quiera, o algo que quiera comunicar, o encontrar.

—¿Crees que pueda tener alguna relevancia el que las personas a las que se les ha aparecido han sido personas que no tenían lazos de sangre con tu familia? —inquirió pensativa.

Adam se quedó mirándola.

—No había pensado en eso —dijo lentamente—. Tienes razón. Tendré que revisar los relatos de las apariciones de los dos siglos pasados, para ver si las personas que la vieron eran o no de la familia —tomó la mano de Selene—. Gracias —le dijo—. Supongo que te parecerá una tontería, pero es algo que no puedo quitarme de la cabeza, el saber lo atormentada que está.

—No me parece una tontería —respondió ella con suavidad—. Me parece algo compasivo…. y tierno.

¿De verdad pensaba eso? Una sensación cálida le invadió el pecho, y se inclinó hacia delante, tomando también la otra mano de Selene en la suya.

—No sabes lo que significa para mí que accedieras a volver a verme.

Selene bajó la vista.

—La verdad es que no debería haberlo hecho. Si mi padre se entera…

—¿Por qué no me lo presentas? —le sugirió Adam—. Así no tendríamos que escondernos de él, y tú no tendrías que volver a preocuparte. Sólo faltan dos meses para las elecciones, y mientras seamos discretos hasta entonces, seguro que no le importaría.

—Adam, no lo comprendes —replicó ella, y Adam sintió que sus dedos se tensaban—. Mi padre no… no lo comprendería jamás. Si se enterara de que estoy saliendo contigo me prohibiría volver a verte.

Adam intentó esbozar una sonrisa a pesar de que al advertir la certeza en el tono de Selene se le hubiera hecho un nudo en el estómago.

—Vamos, no creo que sea para tanto. Quizá yo podría…

—¡No! —exclamó ella—. No puedes hacer nada. Si intentas hablar con él, no volveremos a vernos —murmuró soltando sus manos y levantándose, visiblemente agitada.

Adam se quedó muy quieto allí sentado, observando la tiesa postura de Selene, que le había dado la espalda. No sabía qué decir, pero detestaba la idea de que tuviesen que estar vigilando por encima del hombro todo el tiempo, temiendo ser descubiertos.

Selene se volvió hacia él, y vio una lágrima rodando por su mejilla.

—No quiero que seas infeliz por mi culpa —le susurró—, pero sé que hasta que no pasen las elecciones y mi padre se tranquilice, no podría soportar la idea de que esté saliendo con uno de los hijos de su rival.

—Está bien —murmuró Adam.

Se puso de pie y fue con ella para abrazarla. Selene parecía tan pequeña y delicada entre sus brazos… y, cuando le rodeó el cuello con ambas manos, y dejó, confiadamente, que su cuerpo se derritiera contra el suyo, sintió que el corazón iba a salírsele del pecho.

—Lo haremos a tu manera —añadió—, pero prométeme que no permitirás que tu padre te impida volver a verme.

—Por supuesto que no —asintió ella, echándose hacia atrás y mirándolo—. Eres lo mejor que me ha pasado, Adam.

Los ojos de él recorrieron con adoración sus hermosas facciones.

—Y tú eres lo mejor que me ha pasado a mí —murmuró.

Y se inclinó, posando sus labios sobre los de ella.

Capítulo Tres

Selene se olvidó de todo lo que los rodeaba en el instante en que la boca de Adam tocó la suya. Sus labios la besaron dulcemente, instándola a responderle, y sus brazos, aunque fuertes y musculosos, la estrecharon con tanta delicadeza como si fuese de cristal.

Emitiendo un gemido ahogado de placer, Selene recorrió con sus manos esos mismos brazos hasta llegar a los hombros, y se entregó a la magia del momento.

Al cabo de un rato, Adam despegó sus labios de los de ella, y levantó la cabeza.

—¿Cuándo podré volver a verte?

—Pronto —le dijo ella en un tono soñador, peinándole el cabello de la nuca con los dedos.

Adam volvió a besarla.

—Mañana.

Una vez más el temor a que su padre se enterase invadió a Selene. Desde que llegara a Estados Unidos no había pasado mucho tiempo fuera de casa, y podría sospechar si de pronto empezase a salir cada día.

—Pasado mañana —le dijo a Adam—. Mañana no me va muy bien. Tengo algunos compromisos.

Era mentira, pero no podía permitirse correr riesgos.

—De acuerdo —claudicó él—. ¿Quedamos a comer, entonces? Podríamos encontrarnos en la plaza Oglethorpe, como el otro día.

Selene sonrió, aliviada de que hubiese aceptado en vez de insistir.

—Está bien. Pero, ¿podríamos ir a comer a algún sitio fuera de la ciudad? Me apetece cambiar de ambiente.

Y además, así no se encontrarían con nadie que los conociese.

Selene no llegó a casa hasta cerca de las once, y cuando entró lo hizo sigilosamente, rogando por que su padre estuviese ya dormido.

Sin embargo, cuando subía de puntillas la hermosa escalera que conducían a las habitaciones del segundo piso, se asomó a la puerta abierta de su estudio.

—¡Selene! Estaba empezando a preguntarme si te habrían raptado —le dijo, apretando el interruptor que encendía la enorme lámpara de araña que pendía del techo.

Selene guiñó los ojos cuando la brillante luz inundó el salón.

Se veía a su padre cansado. Cansado… y viejo. Parecía mayor de los sesenta y tres años que tenía. Hasta su cabello, antaño rubio y ahora plateado, tenía un aspecto apagado.

—Hola, padre.

—¿«Hola, padre»? ¿Se puede saber dónde estabas?

—Me apunté a un tour guiado por el casco antiguo de la ciudad.

No era una mentira, o al menos no del todo.

—¿Un tour… de noche?

—Es un tour sobre fantasmas y leyendas.

—Fantasmas y leyendas… —farfulló él con desdén—. No hay un sólo edificio histórico de Savannah del que no se diga que está encantado. En esta maldita ciudad no eres nadie si tu casa no tiene un fantasma —añadió con una risa seca. De pronto se puso serio—. ¿Sabías que esta noche entrevistaban a Abraham Danforth en televisión?

Selene negó con la cabeza sin decir nada. Danforth… tenía la impresión de llevarlo escrito en la frente en grandes letras negras.

Su padre sonrió con desprecio.

—Salió en las noticias. Lo pusieron en un buen aprieto, preguntándole por qué sus hijos pasan más tiempo con sus tíos que con él. Se rumorea que sus propios hijos no lo soportan. Y luego está lo de esa hija bastarda que se le ha conocido hace poco. Me pregunto cómo se sentirían esos chicos cuando se enteraran.

Repugnada por el modo grosero en que lo había expresado y por su falta de compasión, Selene sacudió la cabeza.

—Supongo que deben estar pasando por unos momentos bastante difíciles —murmuró.

—Eso espero —respondió su padre con saña.

Selene se preguntó, como tantas otras veces, qué habría visto su madre en su padre, por qué se habría casado con él. ¿Habría sido más amable, más… humano cuando se conocieron? De joven había

sido guapo, pero el paso del tiempo y su fuerte temperamento lo habían despojado de buena parte de su atractivo, y sus facciones se habían convertido en las de un hombre calculador y poco agradable.

—Padre —le dijo de pronto—, ¿cómo os conocisteis mamá y tú? ¿Qué fue lo que hizo que te enamoraras de ella?

John van Gelder se puso tenso.

—¿A qué viene eso ahora? —inquirió. Y una expresión de angustia contrajo por un instante sus facciones.

—Bueno, es que… no sé nada de ella, ni de su familia —respondió Selene—, y me preguntaba…

—No tienes que preguntarte nada —la cortó él bruscamente—. ¿Qué sentido tiene hablar del pasado? —le espetó. Tragó saliva y añadió de mala gana—: No sabes cuánto te pareces a tu madre. Igual que dos condenadas gotas de agua…

—¿De veras? —exclamó ella emocionada—. ¿Tienes alguna fotografía de ella?

Su padre no contestó. De hecho, ni siquiera parecía haberla oído, ya que, mientras hablaba, le había dado la espalda y había vuelto a entrar en su estudio con la mirada perdida y los hombros caídos.

Lentamente, Selene se giró y subió las escaleras entre apesadumbrada y pensativa. A menos que estuviera muy equivocada, daba toda la impresión de que su padre todavía no hubiese superado la muerte de su madre. ¿Cómo podía explicarse si no que después de veintitrés años no fuese capaz siquiera de hablar de ella?

Las palabras de su padre resonaron en sus oídos: «No sabes cuánto te pareces a tu madre. Igual que dos condenadas gotas de agua…», y de pronto lo comprendió. Ella, Selene, le recordaba lo que había perdido.

Al entrar en su habitación sintió que los ojos le escocían, y un sentimiento de profunda amargura invadió su alma. Todos aquellos años había disculpado la actitud de su padre hacia ella diciéndose que simplemente era un hombre con demasiadas obligaciones, y que ésa había sido la razón por la que había pensado que estudiar en un internado sería lo mejor para ella. En ese momento, sin embargo, se había encontrado cara a cara con la verdad; su padre la

había mandado lejos de él intencionadamente… porque no podía soportar tenerla cerca, porque le recordaba lo que había perdido.

De su garganta escapó un sollozo desgarrado, y se mordió el labio inferior para contener las lágrimas. Su padre no la quería. No le importaba nada. Si le había pedido que volviera a casa había sido sólo porque de cara a la galería el tener a su hija a su lado durante la campaña mejoraría su imagen.

Le sobrevino un nuevo sollozo, y tragó saliva, notándose la garganta tirante. No iba a llorar, se dijo con fiereza. No necesitaba a su padre para nada.

Además… además tenía a Adam. Al pensar en él el dolor que se había instalado en su pecho se atenuó un poco, y trató de ocupar su mente con él, con la calidez que se reflejaba en sus ojos casi ambarinos cuando le sonreía. Tenía que aferrarse a eso, a lo que sentía por él, en vez de pensar en su padre, en el daño que le había infligido a lo largo de todos aquellos años. Y dentro de dos días vería a Adam de nuevo, se dijo para animarse.

Los segundos, los minutos, y las horas se le hicieron eternos hasta que llegó al fin el día señalado.

Selene tomó un taxi para que la llevara a la plaza de Oglethorpe, y cuando se bajó del vehículo allí estaba Adam esperándola.

Iba vestido con un polo y un pantalón caqui, y en cuanto la vio acercándose a él, sus ojos se iluminaron… aunque quizá «iluminarse» no fuera la palabra adecuada. No, no se habían iluminado; se habían encendido de deseo, se corrigió mentalmente Selene, sintiendo cómo el corazón se le desbocaba al verlo devorarla con la mirada.

Cuando llegó junto a él Adam la atrajo hacia sí para besarla, y ella le rodeó el cuello con los brazos, respondiéndole afanosamente.

Un turista silbó al pasar por su lado, y Adam despegó sus labios de los de ella y se rió.

—Se me ocurren mejores sitios donde hacer esto —le dijo a Selene sonriendo—. Por cierto, hola.

—Hola —respondió ella, sin poder reprimir una sonrisa tonta.

¿Cómo podía hacerla tan feliz con un simple beso?

Adam la tomó de la mano y la condujo a su deportivo.

—He pensado que podemos ir a almorzar a Hilton Head —le dijo—. Está a menos de una hora en coche, y el paisaje que se ve de camino allí es muy bonito.

A Selene no le hubiera importado que la hubiese llevado a la luna con tal de poder estar con él.

Durante el trayecto Adam la entretuvo ilustrándola sobre los lugares que pasaban, y el viaje se le hizo cortísimo.

Comieron en un pequeño y encantador restaurante junto a uno de los deltas que formaba el río Savannah antes de desembocar en el océano Atlántico. Los dos pidieron bogavante y ensalada, y mientras comían, Adam le habló a Selene de la evolución que Hilton Head había experimentado con los años, convirtiéndose en una auténtica meca del golf.

—¿Por qué no me hablas de tu experiencia en Europa? —la instó rompiendo con las tenacillas una de las pinzas del bogavante—. Debes estar cansada de oírme hablar y hablar todo el tiempo.

—En absoluto —le aseguró ella.

—Bueno, pero yo sí que estoy cansado de oírme a mí mismo —le contestó él sonriendo—.Vamos, es tu turno. ¿Cómo era el internado en el que te educaste?

—En realidad fueron dos —matizó Selene—. Mi padre me matriculó en principio en uno de Zurich, y estuve allí siete años, pero cuando los padres de mi mejor amiga, Guillemete, decidieron cambiarla de colegio y enviarla a uno en Ginebra, le pedí a mi padre que me dejara ir con ella. Luego, cuando acabé los estudios de secundaria, me fui a Inglaterra, e ingresé en la universidad de Oxford. ¿Qué más quieres saber?

—¿Qué país te gustó más?

—Suiza —contestó ella sin dudar—. La vida en Inglaterra me resultaba un poco… insípida.

—¿Qué me dijiste que habías estudiado?, ¿filología clásica?

Selene asintió con la cabeza.

—¿Cuántos idiomas hablas? —inquirió Adam.

—Bueno, solía pasar las vacaciones con la familia de mi amiga Willi, así que aprendí francés siendo bastante pequeña —explicó ella—. Y también hablo con fluidez el alemán, aunque no es ningún mérito, porque es uno de los tres idiomas oficiales de Suiza. Aparte de eso estudié latín y griego en la universidad, pero son lenguas

muertas —añadió riéndose.

Adam se rió también, y Selene iba a decir algo más cuando de pronto vio una cara conocida y se puso rígida. Un camarero estaba sentando un par de mesas más allá a uno de los principales colaboradores de la campaña de su padre y a otros tres hombres.

Se movió en el asiento para que el cuerpo de Adam la bloqueara de su campo de visión, y le siseó:

—No te vuelvas, pero hay un hombre detrás de ti que me conoce. Trabaja para mi padre, en la campaña, y nos hemos visto en varios eventos.

Adam enarcó las cejas. Se había limpiado los dedos en el cuenco con limón, y se los secó con la servilleta antes de dejarla a un lado.

—Selene, ¿tan terrible sería que habláramos con tu padre de esto? —le dijo.

El tono de su voz había sonado tan cuidadoso, tan neutral, que Selene comprendió que lo había herido con su insistencia por mantener sus encuentros en secreto.

Se inclinó hacia delante, buscando las palabras para poder explicarse.

—Mi padre ha dedicado toda su vida a la política —le dijo—. Para él estas elecciones son algo muy importante, y si… no quiero ni pensar en lo mal que se lo tomará si no gana. No creo que haya considerado nunca la posibilidad de vivir alejado de ese mundo.

—Ser un cargo electo no es la única manera de contribuir al proceso democrático —le espetó Adam.

Era la primera vez que Selene veía la expresión fría y distante que había en sus ojos en ese momento, y no sabía qué podía estar pensando.

—Tú no sabes cómo es mi padre —musitó—; no lo conoces.

Se hizo un breve pero tenso silencio entre ambos.

—En fin, ya que tan ansiosa estás por salir de aquí, será mejor que nos vayamos cuanto antes —le dijo poniéndose de pie.

Selene se puso las gafas de sol, se incorporó también, y al poco rato estaban en el coche, de regreso a Savannah. Había pensado que el trayecto de vuelta sería silencioso e incómodo, pero Adam empezó a contarle anécdotas de los líos en los que se había metido de niño con sus hermanos y sus primos. Ella lo escuchaba fascinada, y trató de imaginarse lo que sería formar parte de una gran familia.

A cambio, ella le relató alguna de sus travesuras en los dos internados en los que había estado, pero en general eran bastante más suaves que las que él le había contado.

Selene disfrutó tanto de la conversación, que casi se olvidó del cambio en la actitud de Adam en el restaurante y de la riña que habían tenido, si es que podía considerarse como tal, pero cuando llegaron a Savannah, Adam aparcó y se volvió hacia ella para preguntarle:

—¿Volveremos a vernos?

Se había puesto tan serio, que fue como si hubieran vuelto de repente a la incómoda situación del restaurante.

—Me… me gustaría —dijo ella—. Si es lo que tú quieres, claro está.

—Por supuesto que quiero volver a verte —murmuró Adam.

Tomó su mano y le acarició suavemente los nudillos con el pulgar, para luego llevársela a los labios y besarla.

—Quisiera que no tuviéramos que hacerlo a espaldas de tu padre, pero respetaré tus deseos… hasta que pasen las elecciones. Después, sea cual sea el resultado, hablaremos con él. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —respondió ella, asintiendo con la cabeza.

Una ola de dicha la había invadido al saber que Adam quería seguir viéndola a pesar de todo. Además, todavía faltaban semanas y semanas para las elecciones… semanas en las que poder pasar más tiempo con él. Ninguna otra cosa en el mundo podría haberla hecho más feliz.

Tras dejar a Selene en el casco histórico, donde le había dicho que tomaría un taxi para regresar a su casa, Adam se dirigió a Crofhaven. Ian lo había llamado aquella mañana temprano, y le había pedido que se reuniera allí con él a las cuatro de la tarde.

Aparcó frente a la mansión, y apenas se había bajado del coche cuando oyó la voz de su primo Jake llamándolo.

—¡Eh, socio!

Adam se volvió y lo vio de pie en las escaleras de la entrada, con la chaqueta sobre un hombro, y saludándolo con la mano.

Una sonrisa afectuosa acudió a los labios de Adam. Aunque era

un poco más alto que él y también más fornido, el parecido entre ambos era tal que la gente solía creer que eran hermanos en vez de primos. Sólo se llevaban un año, y desde niños se habían llevado siempre bien, por lo que el iniciar un negocio juntos les había parecido algo natural. Jake se lo había propuesto antes incluso de que acabaran sus estudios en la universidad, e inmediatamente habían empezado a hacer planes. Luego Ian, el hermano mayor de Adam, también quiso entrar en el negocio, aunque sólo como socio comanditario, y gracias al duro esfuerzo de Jake y Adam, el capital inicial combinado de los tres había empezado al poco tiempo a darles importantes beneficios. Adam estaba muy orgulloso de su cadena de cafeterías, de lo que habían conseguido.

—¿Qué hay, Jake? —lo saludó cuando llegó junto a él—. Ian me llamó esta mañana y me pidió que viniera aquí —añadió mientras subían las escaleras. ¿Sabes de qué se trata?

—Ni idea —respondió su primo—. A mí también me llamó, y por eso estoy aquí. En fin, supongo que dentro de un momento lo sabremos.

Entraron en la mansión, e iban charlando por el pasillo principal cuando la puerta de la biblioteca se abrió y se asomó una cabeza.

—¿Venís o qué? No tenemos todo el día.

—Yo también me alegro de verte, Ian —lo saludó Adam sarcástico.

Su hermano mayor sonrió y abrió la puerta del todo para dejarlos pasar.

—¿Queréis algo de beber? —les ofreció.

Adam sacudió la cabeza.

—No, gracias.

Jake le lanzó a Ian una mirada especulativa.

—¿Lo dices porque vaya a hacernos falta?

Ian se encogió de hombros, y los tres tomaron asiento en los sillones que había en un rincón de la sala.

—Tal vez.

—Bueno, ¿y por qué nos hemos reunido aquí? —inquirió Adam, señalando el lugar con un ademán.

—Porque es uno de los pocos sitios donde podemos tener una conversación privada, con la seguridad de que no haya micrófonos ocultos —respondió Ian. Inspiró profundamente y añadió—: Tengo

un mal presentimiento respecto a la compañía colombiana.

Adam se inclinó hacia delante.

—¿Te refieres a la que intentó intimidarte poniendo una bomba en tus oficinas para que les compráramos el café a los proveedores que ellos decían?

—¿La que creemos que está tras el interrogatorio al que la policía sometió a Marcus en junio? —preguntó Jake a su vez.

Marcus era el hermano pequeño de Ian y Adam, y trabajaba como abogado para la empresa familiar, que dirigía el primero.

—La misma —les confirmó Ian—. Todavía siguen intentando presionarme, y me han dado a entender que, si no coopero, le buscarán más problemas a Marcus.

—Diablos —farfulló Jake, poniéndose de pie y yendo hasta la ventana—. ¿Y qué vas a hacer?

Ian se encogió de hombros.

—No creo que haya mucho que *pueda* hacer —respondió—, pero no voy a ceder a su chantaje. Aunque no tengamos pruebas definitivas, cada vez estoy más convencido de que ese negocio de exportación de café no es más que una tapadera para un cártel que se dedica al tráfico de drogas y el blanqueo de dinero.

—¿Hay algo que nosotros podamos hacer? —inquirió Adam.

Si hubiera algún modo de ayudar a su hermano pequeño, lo haría, fuese lo que fuese.

—No lo sé —suspiró Ian—. De momento lo que quería era poneros sobre aviso, para que estéis alerta. Estad atentos, por si advertís cualquier cosa inusual o extraña.

Jake se volvió.

—¿Se lo has dicho a Marc?

Ian asintió con la cabeza.

—Hablé con él esta mañana. Todavía está bastante nervioso por el interrogatorio al que le sometió la policía.

—No me extraña —dijo Adam, poniéndose de pie—. No sé tú, Jake, pero yo he cambiado de idea sobre lo de ese trago que nos ofreció Ian hace un rato.

Charlaron durante un buen rato, dándole vueltas a la información que tenían y a distintas ideas, pero no se les ocurrió ninguna estrategia que les pareciera que pudiera resultar.

—Hagamos lo que hagamos, tendremos que proceder con mucho

cuidado —intervino Adam—. Si Ian resultase implicado en algo ilegal, la campaña de nuestro padre haría aguas inmediatamente.

—Sí, pero si meten a Marcus en problemas el resultado será el mismo —le recordó Jake.

—Dios, no sabéis lo que daría por saber cómo resolver esto —dijo Ian—. Si al menos pudiera ir a la policía… pero claro, se filtraría a la prensa, y ya podéis imaginaros cuáles serían los titulares…

—Sí —dijo Adam con irritación, recordando su propia experiencia como objetivo de la prensa años atrás—. Para esa gente eres culpable hasta que se demuestre tu inocencia.

—Como si lo viera… —farfulló Jake—: «Hijo de Abraham Danforth supuestamente implicado en tráfico de drogas». Eso, o «¿Está la familia Danforth controlada por un cártel de la droga?». Siempre utilizan esa clase de lenguaje calumnioso sin ir nunca demasiado lejos para que no puedan ponerles un pleito por difamación.

—Exacto —dijo Ian—. En fin, quisiera que tuviéramos algo más, pero de momento estamos atados de pies y manos —añadió, levantándose también.

—Mantendremos los ojos abiertos —le prometió Jake.

Capítulo Cuatro

El partido de tenis había sido tan reñido, que a Adam le chorreaba el sudor cuando se dirigió hasta la red para estrechar la mano a su oponente, un miembro del club de campo al que pertenecía su familia. Después, se volvió y se alejó ilusionado hacia la puerta por la que se salía de las pistas de tenis, al otro lado de la cual estaba Selene.

Había llegado a tiempo de ver el último set del partido, y Adam no pudo reprimir la sensación de satisfacción que lo invadió por haber vencido a su contrincante por seis a cero.

—Hola —la saludó, tomándola de la mano. Habría querido besarla; se moría por besarla, pero era consciente de que en ese momento no debía resultar muy seductor, todo sudado—. Me alegra que hayas podido venir. ¿Te importaría esperarme un momento mientras me doy una ducha rápida? Ahora mismo apesto.

Selene sonrió.

—Claro que no me importa.

—No tardaré ni un minuto —le dijo él, apretándole suavemente la mano—. ¿Tienes algún sitio en mente donde te gustaría que comiésemos?

La había llamado el día anterior al móvil para invitarla a un picnic después de su partido.

Selene sacudió la cabeza.

—Donde tú quieras.

—De acuerdo. Puedes sentarte en aquel banco a esperarme. Volveré enseguida.

Y agitando la mano se alejó en dirección al edificio donde estaban los vestuarios. Guardó su equipo en la taquilla, se dio una ducha rápida, se vistió, y volvió fuera.

Sonrió al ver a Selene sentada en el banco donde la había dejado. Era tan preciosa…

—¡Adam!

Se giró, y se encontró con su padre, que se acercaba

acompañado de su directora de campaña, Nicola Granville.

—Um… Hola, papá. Hola, Nicola —balbució aturdido—. Qué sorpresa. ¿Vais a almorzar en el restaurante del club?

—Sí —respondió su padre.

—No —contestó Nicola al mismo tiempo.

Se miraron el uno al otro, y luego apartaron la vista. Adam se quedó patidifuso al ver que su padre se sonrojaba y que Nicola, la mujer imperturbable, parecía estar mirando a cualquier parte excepto al candidato cuya campaña llevaba.

—Eh… en fin —farfulló Adam—. Yo… yo acabo de jugar un partido —añadió sin saber qué decir, señalando las pistas de tenis.

—Oh. ¿Y qué tal se ha dado? —inquirió su padre, todavía visiblemente azorado.

—Bien, bien… He ganado. Seis a cero —respondió Adam.

—Estupendo, estupendo.

Aquella absurda conversación dio paso a un silencio incómodo. Adam no sabía qué decir. Claro que no tenía mucho de qué hablar con un hombre que había pasado tan poco tiempo con él durante su infancia, y al que apenas conocía.

—Adam —le dijo Nicola—, tengo… tengo aquí una lista de una serie de eventos relacionados con la campaña a los que nos gustaría que acudieras.

Sujetó el maletín con una mano y extendió la otra hacia las correas para abrirlas, pero cuando la mano de Abraham se posó sobre la suya, se puso tensa, y se quedó paralizada, con la vista aún fija en el maletín.

—No hace falta dársela ahora, Nicola —dijo su padre—. Ya hablaremos de eso en otro momento.

—No pasa nada —respondió Adam.

Intentó fingir que no se había percatado del modo en que Nicola se había apartado de su padre, pero no pudo evitar preguntarse qué diablos estaba pasando allí.

—Bueno, pues podéis mandármela por correo, o por fax. Asistiré a todos los actos que haga falta.

—Gracias, hijo —le dijo su padre—. ¿Quieres comer con nosotros?

—No vamos a comer —intervino Nicola, mirando irritada a Abraham—. Te he dicho que no voy a quedarme.

—Mm… te agradezco la invitación, papá —murmuró Adam. Diablos, ¿qué les pasaba a aquellos dos?—, pero en realidad ya tengo planes. De hecho, voy un poco tarde.

—Entonces no te entretendremos más —le dijo su padre. Abrió la boca como si fuera a añadir algo, pero volvió a cerrarla sin decir nada—. Me alegra haberte visto.

Adam sabía que debía haber respondido algo como «lo mismo digo», pero le costaba decir cosas que no sentía, y se hizo un silencio incómodo.

—Bien… em… podéis contar conmigo para esos actos —le dijo a Nicola.

—Gracias, Adam. Hasta luego —respondió ella.

Hizo un asentimiento con la cabeza y comenzó a alejarse, ignorando totalmente a Abraham, que la miró, y giró después la cabeza de nuevo hacia su hijo.

—Bueno, debo irme. Ya nos veremos.

Y echó a andar tras ella.

Adam se quedó allí plantado, viendo a los dos alejarse. Aquello había sido realmente extraño. ¿Estaba imaginándose cosas, o había algo entre su padre y Nicola? ¿O quizá su padre quería que hubiese algo?

Sacudió la cabeza mientras los veía entrar en el edificio principal del club, y se encogió de hombros antes de volverse hacia donde había dejado a Selene, pero el banco estaba vacío.

Miró por los alrededores, pero no la veía por ninguna parte. El alma se le cayó a los pies, y sintió que se apoderaba de él una tremenda frustración. ¿Había decidido dejarlo tirado así, sin decir nada? Diablos, cuando menos se merecía una explicación.

Sacó el teléfono móvil y la llamó. Oyó un tono, dos… y a la tercera por fin contestó.

—¿Adam? —le contestó la voz de Selene. Parecía jadeante.

—¿Por qué te has ido?

—Porque vi a tu padre y tuve miedo de que me reconociera.

—¿Y eso habría sido el fin del mundo? —le espetó él.

En cuanto las palabras cruzaron sus labios lamentó haberlas dicho, porque lo último que quería era hacerla sentir mal, pero no había podido contenerse.

Selene no dijo nada, y Adam suspiró, sin importarle que ella lo

hubiera oído.

—Escucha, Selene, mi padre no es un ogro. Nunca ha sido muy buen padre, pero…

—El problema no es tu familia, Adam —lo cortó ella.

Su voz sonó quebrada, como si estuviera al borde de las lágrimas.

—Pero es que, si no me dejas siquiera conocer a tu padre, ¿cómo puedes saber de qué forma reaccionará? —quiso saber Adam—. Selene, yo…

«…te quiero». Había refrenado las palabras justo a tiempo, tan sorprendido como sin duda se habría quedado ella si las hubiese pronunciado.

Dios… estaba enamorándose de ella. A pesar de la embarazosa situación de rivalidad entre sus padres, Selene era la mujer cuyo rostro acudía a su mente cuando oía a alguien decir la palabra «matrimonio». ¿Matrimonio?, se dijo. ¡Por amor de Dios, pero si apenas la conocía…!

Sin embargo, al recordar sus conversaciones, el interés que Selene había mostrado por las cosas que había querido compartir con ella, la sonrisa que le iluminaba el rostro cuando lo veía aparecer… se dio cuenta de que para sus adentros, en su corazón, sabía que era su otra mitad, que lo completaba.

—¿Adam? —lo llamó Selene al otro lado de la línea, en un tono vacilante—. Perdóname; no quería hacerte daño. Es sólo que… tenemos que esperar a que pasen las elecciones. No quiero hacer nada que pueda afectar a la candidatura de mi padre.

Adam no veía cómo podría inclinar la balanza electoral en uno u otro sentido el que se supiese que estaban saliendo juntos, pero Selene parecía tan angustiada que no fue capaz de replicarle.

—Está bien —le dijo en un tono tranquilizador—, te prometí que esperaríamos y lo haremos; pero en cuanto pasen las condenadas elecciones visitaremos a tu padre y al mío y les anunciaremos nuestra… nuestra relación.

—Gracias, Adam —le dijo Selene, y él tuvo de nuevo la impresión de que fuera a salir llorando.

—¿Dónde estás? —le preguntó—. También te prometí un picnic para hoy, y yo siempre cumplo mis promesas.

Selene se rió, y aquel hermoso sonido alcanzó de lleno el

corazón de Adam.

—En el jardincillo que hay cerca del aparcamiento.

—De acuerdo; no te muevas de ahí. Voy para allá.

Finalmente habían almorzado en un bonito parque de la ciudad, y Adam le había preguntado si el día siguiente, domingo, quería ir con él a Tybee Island. Selene había aceptado, y después de ir a misa con su padre, subió directamente a su habitación para prepararse. Se puso el traje de baño debajo de la ropa, y tomó una toalla, protección solar, y su bolsa de aseo, y bajó a ver si había llegado el taxi que había pedido por teléfono.

—¿Adónde vas? —le preguntó su padre que entraba en el salón en ese momento—. La comida estará lista enseguida.

—Les he dicho que sólo pongan un servicio —contestó ella, volviéndose para mirarse en el gran espejo de marco dorado del vestíbulo—. Me voy a la playa.

—Pero si ayer estuviste fuera toda la tarde.

Selene se volvió exasperada hacia su padre. Si estaba allí era sólo porque él le había pedido que lo ayudara con la campaña. Desde que llegó la había ignorado todo el tiempo, excepto cuando quería que asistiese a algún acto. Quizá se tratase de eso.

—¿Me necesitabas para algo hoy? —le preguntó educadamente —. Podrías haberme llamado al móvil, o haberme dejado un mensaje.

—Sólo me preguntaba dónde estabas —respondió su padre en un tono beligerante.

—Almorcé en el centro y luego me fui de compras —contestó ella, intentando no alterarse. Y no era una mentira; se había ido de compras después del picnic con Adam—. ¿Te hago falta hoy?

Él la miró ceñudo.

—No —respondió con aspereza—, hoy no.

El ruido de una bocina fuera la salvó del interrogatorio de su padre.

—Bueno, pues hasta luego —dijo—. Me voy a pasar el día en la playa y no sé a qué hora volveré, así que no me esperes levantado.

Mientras el taxi la llevaba al pequeño restaurante donde había quedado con Adam, Selene se preguntó qué haría su padre si se

enterase de con quién iba a pasar el día. A veces tenía la impresión de que detestase a Abraham Danforth, pero no podía imaginar por qué, ni qué podía tener en su contra.

Cuando llegaron al restaurante, Adam estaba esperándola en la puerta junto a su coche. Al bajarse del taxi sintió deseos de lanzarse a sus brazos, pero se contentó con sonreírle.

—Hola —la saludó Adam tomando su bolsa y abriéndole la puerta del coche para que entrase—. ¿Lista para irnos?

—Estoy más que lista —respondió ella sentándose—; adoro la playa.

Cuando Adam hubo entrado también en el vehículo y estaba encendiendo el contacto, le explicó que con su amiga Willi había pasado varios veranos en la Costa Azul, en Francia.

—Vaya —murmuró Adam mientras salían a la carretera—. Nuestras playas son muy bonitas, pero no sé si pueden competir con la Costa Azul.

—¿Tienen sol y arena? —le preguntó ella sonriendo y sintiéndose de mejor humor que nunca—. Con eso me basta.

—Es la mejor época del año para ir a Tybee Island —le dijo Adam—, ahora que el verano se ha acabado y los niños están otra vez en el colegio no habrá más que unos pocos turistas.

Y como comprobó Selene cuando llegaron, tenía razón.

La playa era inmensa, de una arena blanca y fina. Encontraron un buen sitio donde podían tener cierta intimidad, y Adam extendió sobre el suelo una manta sobre la que colocó la neverita, y una silla plegable para cada uno.

—Has pensado en todo —comentó ella sonriendo.

—Incluso le pedí al hombre del tiempo que hoy hiciera bueno —respondió él alzando el rostro hacia el cielo azul y cerrando los ojos.

Selene lo observó mientras disfrutaba del sol, y no pudo apartar la vista cuando volvió a abrir los ojos y se quitó la camisa, dejando al descubierto su ancho torso y sus musculosos brazos. El vello negro que cubría su pecho descendía en una fina línea hasta el ombligo, y luego se perdía bajo la cinturilla del bañador azul marino que llevaba.

Cuando sus ojos se encontraron Adam sonrió, y aquella sonrisa hizo que una ráfaga de calor recorriera a Selene de arriba abajo.

—Tu turno —le dijo.

Selene contuvo el aliento. Se desabrochó lentamente la ancha camisola, para luego quitársela y dejarla sobre una de las sillas, y a continuación se bajó los pantalones cortos sin mirar a Adam, que emitió un ruido gutural.

—Dios, eres preciosa —murmuró con voz ronca.

Poco acostumbrada como estaba a las galanterías, Selene farfulló un «gracias» azorada. Se sentó en la silla donde había colgado la camisola, y dio unas palmadas en el asiento de la otra para que él la imitara.

—Vamos, no te quedes de pie.

Buscó en su bolsa las gafas de sol, muy consciente de la proximidad del cuerpo casi desnudo de Adam. Nunca se había sentido vergonzosa en traje de baño, pero en ese momento estaba teniendo que reprimirse para no agarrar la camisola y cubrirse.

—Háblame de tu nueva hermana —le pidió, intentando apartar su atención de ella.

—¿De Lea? —dijo él—. ¿Qué sabes de ella?

—Sólo lo que he leído en la prensa… y me imaginó que la verdad debe ser muy distinta —respondió ella con una media sonrisa.

Adam asintió con una mueca de desagrado.

—Sí, a esa gente se le da muy bien desvirtuar las situaciones perfectamente inocentes y convertirlas en historias grotescas. Y no les importa contar mentiras, ni a quién hagan daño con ello.

—Lo dices como si lo supieras por propia experiencia —apuntó Selene, intuyendo por el tono en que lo había dicho que había algo más.

—Sí, lo he sufrido en mis propias carnes.

—¿Quieres contármelo? —inquirió ella—. Se me da bien escuchar.

Adam suspiró.

—Es algo que pasó hace años. Había quedado con una compañera de la universidad, Karis, para preparar juntos un examen en la biblioteca de la facultad. Fui a su casa a recogerla y me pareció que no se encontraba bien, pero ella insistió en que estaba perfectamente, que sólo era un resfriado, y cuando salíamos por la puerta se desmayó. Luego sabría que tenía la gripe, y que se había desmayado porque tenía mucha fiebre.

—¿Y qué tiene que ver la prensa en todo eso?

—Su familia es gente de dinero, y los medios de comunicación están siempre detrás de ellos. Cuando se desmayó la sostuve antes de que cayera al suelo, y justo ese día había un paparazzi oculto en algún lugar por allí cerca. Nos sacó una foto capturando ese instante en que yo la tenía abrazada, y por desgracia el prometido de Karis era un tipo muy desconfiado y celoso, y aquello casi dio al traste con su relación. Cuando le expliqué lo que había ocurrido se convenció de la verdad, pero aquello fue bastante desagradable, y todavía hoy al recordarlo me hierve la sangre. Deberían penalizar a esos buitres por inventarse historias sobre la gente sin conocer los hechos.

—¿Y se han inventado historias sobre tu hermanastra?

Adam asintió con la cabeza.

—Imagino que el que apareciera de repente, de la nada, diciendo que era hija de tu padre, debió ser bastante chocante para vosotros —murmuró Selene, escogiendo con cuidado las palabras.

Adam se encogió de hombros.

—Bueno, desde luego nos quedamos bastante sorprendidos —dijo con un suspiro, extendiendo la mano hacia la de ella y entrelazando sus dedos con los suyos—. Mi padre ni siquiera sabía de su existencia.

—Para tus hermanos y para ti debió ser un golpe descubrir que vuestro padre no era el hombre intachable que hasta entonces habrías creído que era —murmuró ella, con una sonrisa compasiva.

—Bueno, eso es algo que ya sabíamos antes de que apareciese Lea —replicó Adam—. Nunca fue un verdadero padre con nosotros. Para él su carrera militar estaba antes que sus hijos, y cuando nuestra madre murió no tenía idea de cómo criar él sólo a cinco chiquillos.

—Bueno, yo me refería más bien a que debió ser un duro golpe para vosotros enteraros de que había tenido un romance con otra mujer —aclaró Selene.

—En realidad no es como si hubiese engañado a nuestra madre, porque aquello fue el resultado de un cúmulo de circunstancias —contestó él encogiéndose de hombros—. Mi padre fue herido en combate en Vietnam y tuvo una pérdida de memoria. Un grupo de campesinos lo recogió y lo llevó a su aldea, donde lo curaron. Allí

conoció a la madre de Lea, y se enamoró de ella, pero un comando lo rescató y se marchó con ellos sin saber que la había dejado embarazada. Mi padre quiso volver a por ella, pero la aldea fue atacada e incendiada por el Vietcong, y le dijeron que no había habido supervivientes.

—Cielos, qué horrible.

Adam asintió con la cabeza.

—El Vietcong consideraba traidores a quienes ayudaban a los americanos —añadió—. De todos modos, mi padre no habría estado en mejor situación si hubiese sabido antes que aquella mujer había tenido una hija suya. Después de todo estaba casado y tenía varios hijos.

Selene hizo una mueca.

—Sí, no le habría resultado fácil explicárselo a su esposa.

Adam volvió a asentir.

—Mi madre pertenecía a una de las familias más importantes de Savannah, y por lo que me han contado su posición social siempre fue algo muy importante para ella, así que desde luego no le habría sentado muy bien.

Se quedaron callados un instante, y luego Adam volvió a hablar.

—En cualquier caso me alegra que Lea nos buscara, y que ahora sea parte de la familia.

—¿Te llevas bien con ella?

—Sí, es un encanto —contestó él—. Ya es casi como una hermana de verdad para mí.

—Eso mismo siento yo por mi amiga Willi. Es la única chica de varios hermanos, y se lleva diez años con el mayor. Dice que somos «hermanas de corazón». Los mejores recuerdos que tengo son de las vacaciones que he pasado con su familia y ella.

—La mayoría de los míos son de los días que pasábamos mis hermanos y yo en casa de nuestro tío Harold. Tras la muerte de mi madre casi siempre pasábamos allí las vacaciones en vez de en Crofthaven.

Selene sintió que eran muy parecidos. Los dos eran huérfanos de madre, y aunque Adam había crecido en el seno de una numerosa familia, por lo que contaba daba la impresión de que siempre se había sentido tan solo como ella.

—Si algún día tengo hijos, me aseguraré de que se sepan

queridos —murmuró—. No, de que sientan que son lo más importante para mí.

De pronto se dio cuenta de lo apasionado que debía haber sonado eso, y se puso roja como una amapola. Levantándose torpemente de la silla, arrojó las gafas de sol dentro de su bolsa y le dijo a Adam:

—¿Sabes?, creo que me voy a dar un chapuzón.

—Espera, voy contigo —respondió él incorporándose también. La tomó de la mano y echaron a andar juntos hacia la orilla—. Por si no lo he dicho, estás increíble con ese bikini.

Selene sonrió, relajándose un poco.

—Lo compré justo antes de venir —añadió—. La mayoría de los que me ponía en Europa no están permitidos aquí en Estados Unidos.

—¿Estás diciéndome que hacías topless? —le preguntó Adam bastante sorprendido mientras se adentraban en el agua.

—Pues sí. En Europa es algo normal.

—Lo sé. Es sólo que… bueno, no me pareces la clase de persona que se sienta cómoda yendo sin…

—Cuando tienes unos senos relativamente pequeños, como yo, y estás en una playa llena de mujeres con implantes de silicona, tiendes a olvidarte, porque nadie te mira —le explicó sonriendo divertida.

Una ola se acercó a ellos, y los dos tuvieron que saltar para que no los arrollara. Adam se giró y dio unas brazadas de costado para ir junto a ella.

—No puedo creerme que los hombres no se fijaran en ti —le dijo rodeándole la cintura y atrayéndola hacia sí—. Yo me fijaría en ti aun en medio de una docena de mujeres con el pecho operado.

Selene le puso las manos en los hombros, disfrutando de aquella conversación provocativa.

—A lo mejor es que tienes prejuicios hacia las mujeres con implantes —bromeó.

La marea la empujó hacia delante, y sus piernas se enredaron con las de él.

—Ven aquí y bésame —le dijo Adam, estrechándola aún más entre sus brazos—. Voy a enseñarte lo prejuicioso que soy.

Selene se rió antes de que los labios de Adam cubrieran los

suyos, y se abandonó a la dulce invasión de su lengua, respondiéndole afanosamente, y disfrutando de la sensación resbalosa de su piel frotándose con la suya bajo el agua.

Adam deslizó una pierna ente las suyas, y Selene jadeó al experimentar una inesperada ráfaga de placer en su interior. Adam la tenía aún sujeta por la cintura, pero había relajado su abrazo, permitiendo que fuera la marea la que la empujara contra él para luego separarlos de nuevo unos centímetros. La besó una y otra vez, cada vez que sus cuerpos se tocaban, mientras Selene se deslizaba arriba y abajo por su fuerte muslo, haciendo que la prueba de su excitación se rozara repetidamente con su vientre.

Al cabo de un rato, sin embargo, la apartó de sí con una sonrisa.

—Deberíamos parar antes de que empecemos a atraer la atención de la gente —le dijo tocando sus labios con un dedo chorreante—. Aunque te parezca que aquí en el agua tenemos privacidad, los que están en la playa deben estar pensando que estamos haciendo lo que en realidad no estamos haciendo.

Selene lo miró con los ojos muy abiertos al comprender a qué se refería.

—En ese caso será mejor que paremos. No creo que ni a tu padre ni al mío les hiciese mucha gracia que nos arrestasen.

—Y a mí me fastidiaría —dijo Adam—. Si por lo menos nos arrestasen porque de verdad lo hubiéramos estado haciendo…

Los dos sonrieron, y luego prorrumpieron en risas.

—Eres un hombre muy, muy travieso —lo increpó Selene, impulsándose hacia atrás y arrojándole agua con la palma de la mano.

—No soy ni la mitad de travieso de lo que me gustaría serlo contigo —le respondió él.

El tono de su voz era juguetón, pero había una mirada ardiente en sus ojos. Sin embargo, respondió al ataque de Selene, empezando a salpicarla él también, y la sensualidad del momento se perdió.

Jugaron y nadaron durante casi media hora antes de regresar a la orilla, y al llegar a su sitio en la playa apartaron las sillas plegables y se tumbaron boca abajo el uno al lado del otro. Selene sacó de la neverita un refresco para cada uno, y se secaron bajo el cálido sol de septiembre y la agradable brisa.

Adam permaneció tanto tiempo callado que Selene creyó que se

había quedado dormido, pero cuando giró el rostro vio que había una mirada perdida en sus ojos ambarinos.

—Qué serio estás —murmuró pasándole la mano por la frente—. ¿En qué piensas?

Para su sorpresa, Adam miró hacia otro lado.

—Estaba… sólo estaba dándole vueltas a una idea.

Selene tuvo la impresión de que era algo importante para él. No sabía qué era, pero estaba segura de que se trataba de algo que podría ayudarlo a comprenderlo mejor si conseguía que le hablase de ello. Apoyó la barbilla en los antebrazos y ladeó la cabeza para poder verlo mejor.

—A veces ayuda hablar de las ideas con otros.

Adam giró el rostro hacia ella bruscamente y la miró con intensidad, como si quisiera leerle la mente.

—Te lo contaré si me prometes que no vas a reírte —le dijo.

Selene resopló con incredulidad.

—¿Cuándo me he reído de ti?

Adam inspiró profundamente.

—Estoy pensando escribir un libro.

Ella lo miró intrigada.

—¿Sobre qué?

—Pues… un estudio serio sobre los fantasmas y las leyendas de Savannah y sus alrededores.

—Suena interesante —dijo ella—; pero, ¿a qué te refieres exactamente con «un estudio serio»?

Los ojos de Adam se iluminaron de pura gratitud por su interés. Sus hombros se relajaron y le sonrió, apoyándose en un codo para incorporarse un poco.

—Ya hay muchos libros sobre los fantasmas y las leyendas de Savannah —le explicó—, pero la mayoría sólo son una recopilación de las historias que han ido pasando de generación en generación, para despertar la curiosidad de los turistas. Yo querría ir más allá. Por ejemplo, diferenciar entre las que sólo son patrañas, y las que tienen una base histórica; entre las que son sólo exageraciones, y las que podrían haber ocurrido de verdad. También hablaría de los sucesos paranormales para los que no se ha encontrado una explicación científica, y hasta qué punto pueden considerarse fenómenos psíquicos.

—Vaya, veo que has estado planteándotelo en serio —comentó Selene admirada—. Creo que deberías intentarlo.

—¿En serio?

—Sí, claro que sí —lo animó ella muy resuelta—. Yo podría ayudarte a recopilar la información que necesites.

Adam esbozó una sonrisa tan amplia y radiante que Selene no pudo sino sonreír también.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —le dijo él—. La mayoría de las mujeres salen corriendo cuando empiezo a hablarles de la historia de Savannah, o de fantasmas.

De pronto se puso serio, y cuando la miró, la joven creyó ver en sus profundos ojos ambarinos una intensa emoción.

—Selene… sé que apenas nos conocemos, pero nunca había conocido a una mujer como tú —le dijo—, y yo… bueno, yo nunca había considerado en serio la posibilidad de casarme, ni de tener hijos… hasta ahora.

—Oh, Adam —murmuró ella, rodando sobre el costado para abrazarse a él un instante—. Tú también me haces pensar en esas cosas, pero hasta que no pasen las elecciones no puedo… no podemos…

—Lo sé —respondió él, besándola en la sien—. No quiero presionarte, ni que te sientas incómoda, pero me pareció importante que supieras lo que siento por ti.

—Y lo es —le aseguró ella—; es muy importante. Tú eres muy importante para mí.

Capítulo Cinco

Por acuerdo tácito, pasaron el resto de la tarde hablando de cosas menos personales, y con el calor del sol y el hipnótico ruido de las olas de fondo, se fueron sintiendo adormilados y al poco se quedaron dormidos.

Cuando se despertaron la playa estaba casi vacía, pues la mayoría de los bañistas estaban regresando ya a sus hoteles, y ellos decidieron recoger también para marcharse.

Mientras doblaba la manta, Adam observó a Selene caminar hacia la orilla para enjuagarse la arena de las manos, y admiró su esbelta y femenina figura. El verla con aquel bikini lo había estado volviendo loco toda la tarde.

Selene volvió junto a él con una sonrisa tan dulce que Adam sintió como si el corazón fuera a salírsele del pecho. No quería despedirse de ella todavía.

Cuando la joven se detuvo a su lado soltó la manta y la tomó por la cintura.

—¿Te gustaría cenar conmigo? —le propuso, reprimiendo un gemido de placer cuando apretó el cuerpo de Selene contra el suyo.

—Me encantaría —respondió ella, poniéndose de puntillas para besarlo en la barbilla—. No tengo ningún plan para esta noche.

Adam sonrió y, aunque hubiera querido seguir con ella entre sus brazos, la soltó y dio un paso atrás. Después de todo un hombre tenía que ejercer un poco de autocontrol sobre sí mismo cuando estaba en una playa pública, vestido sólo con un bañador, y su autocontrol estaba decreciendo en proporción inversa a cierta parte de su cuerpo que cubría dicho bañador.

—Estupendo. Si no te importa que vayamos a un sitio informal, el hotel que hay aquí al lado tiene una terraza con vistas al océano.

—Genial —respondió ella, atándose un pareo a la cintura—. ¿Crees que esto es demasiado informal? Si no puedo ponerme los pantalones y la camisola.

—No, no —replicó él con una sonrisa lobuna—. Tal y como estás

ahora vas perfecta.

Selene lo señaló repetidamente con un dedo, como si estuviera reprendiendo a un niño travieso.

—Eres tan… transparente.

—¡Cielos, espero que no! —exclamó él mirándose el bañador y fingiéndose escandalizado.

Selene se echó a reír, y acabaron de recoger las cosas para llevarlas al coche.

—Lleva horas fuera de casa —le dijo John van Gelder al hombre fornido que estaba de pie frente a su escritorio—. Quiero saber dónde va mi hija y con quién va.

El hombre asintió con la cabeza.

—No hay problema. ¿Quiere fotografías? —inquirió dándole una palmada con su manaza a la cámara que llevaba colgada del cuello.

—¡No! Nada de fotografías —contestó John van Gelder.

Lo escrutó desconfiado con la mirada. Aquel detective privado no le daba mucha confianza, pero se lo había recomendado un miembro de su equipo para la campaña, así que lo más probable era que se estuviera preocupando por nada. Ojalá resultara también estar preocupándose inútilmente por su hija.

Claro que… tenía sus razones para estar intranquilo. Al llegar de Europa Selene se había mostrado respetuosa y diligente, pero últimamente estaba siempre fuera, no le decía con quién iba, y parecía… distante. De niña siempre había sido obediente, y no se le había ocurrido siquiera que eso pudiese llegar a cambiar. ¿Era normal que estuviese preocupado. ¿Y si había conocido a algún tipo sin escrúpulos que se había enterado que era la hija de un destacado hombre que poseía una pequeña fortuna?, ¿y si había sido seducida por un sinvergüenza?

Selene era todo lo que tenía, y aunque tenía la impresión de que no había sido muy buen padre, quería a su hija, y le importaba. Cerró los ojos un instante cuando al pensar en Selene la imagen de su amada esposa, Elisabetta, acudió a su mente. Un dolor punzante lo sacudió por dentro, igual que el día que la había perdido. ¿Habían pasado de verdad más de veinte años desde la última vez que la había tenido entre sus brazos? Ni un sólo minuto de su vida

después de la muerte de Elisabetta había valido la pena. Se había encerrado en su trabajo, y luego en la política, simplemente porque le ayudaba a ocupar su mente, porque le impedía pensar.

Necesitaba a Selene a su lado. Se estaba acostumbrando a ver cada día su rostro, y le estaba empezando a gustar tener alguien con quien compartir el desayuno cada mañana. Sin embargo, motivos sentimentales aparte, necesitaba a Selene a su lado para la campaña, para contrarrestar a aquel condenado Danforth y su numerosa y aparentemente perfecta familia con la que tan buena prensa conseguía.

—¿Señor Van Gelder?

La profunda voz del detective lo devolvió al presente.

—¿Quiere alguna cosa más?

—No —respondió él bruscamente, arrojándole sobre la mesa el sobre que contenía el adelanto de sus honorarios—. Limítese a hacer lo que le he dicho. Y llámeme en cuanto averigüe algo.

Después de la cena, Adam seguía sin querer separarse de Selene.

—¿Te gustaría ver dónde vivo? —le propuso mientras volvían a la ciudad en el coche.

Selene vaciló.

—No debería, Adam. Llevo muchas horas fuera de casa.

—Pero me dijiste que no tenías planes para esta noche —le recordó él.

—Bueno, sí, es cierto —admitió ella—. En fin, no sé… la verdad es que esta noche mi padre tenía una cena con su equipo de colaboradores de la campaña, y esa clase de reuniones suelen prolongarse bastante.

—Entonces te da tiempo a venir a mi casa —la instó él, sin prestar atención a su tono inseguro.

Cada vez que salía el tema de la campaña parecía retraerse, como un erizo asustado. Quitó una mano del volante y la extendió para apretar suavemente la de ella.

—No quiero que nos despidamos todavía —murmuró.

—Está bien —claudicó ella, entrelazando sus dedos con los de él —, iremos a tu casa. Pero no puedo quedarme mucho tiempo.

Un sentimiento de euforia se apoderó de él, y tuvo que

contenerse para no gritar «¡Sí!». Se llevó la mano de la joven a los labios y la besó.

—Estupendo.

Minutos después, cuando aparcó en West Gordon Street, Selene se echó a reír.

—¿Por qué será que te había imaginado viviendo precisamente en el casco antiguo de la ciudad?

Adam sonrió vergonzoso.

—Bueno, es que me encanta esta zona —admitió—. Además mi oficina no está lejos de aquí, lo cual me viene muy bien.

Se bajaron del coche, y Selene miró calle arriba y abajo.

—Hay tantos edificios bonitos en esta parte de la ciudad… —murmuró.

—Es verdad —asintió él—. Muchos han sido restaurados y han sido transformados en hostales o restaurantes. El coste de mantenimiento de estos edificios antiguos es muy elevado, y no hay mucha gente que se lo pueda permitir.

—En Europa pasa lo mismo —respondió Selene—. La mayoría de los castillos y los edificios históricos se han convertido en museos, o en hoteles, porque las familias a las que pertenecían no pueden mantenerlos.

—Y eso es precisamente lo que ocurrió con el edificio en el que yo vivo —le dijo Adam tomándola por el codo y señalándoselo—. Fue diseñado y construido en mil ochocientos diecinueve por un famoso arquitecto de esta misma ciudad llamado William Jay —le explicó mientras caminaban hacia allí—. Estaba situado lo bastante al sur como para sobrevivir al incendio de mil ochocientos veinte, que destruyó más de cuatrocientos hogares más próximos al río. El propietario original murió por una epidemia de fiebre amarilla el año siguiente y fue vendido, pero la familia que lo adquirió lo perdió durante la Guerra Civil, cuando Sherman… —de pronto se dio cuenta de que parecía que estuviese dando una conferencia de historia—. Perdona —le dijo apesadumbrado.

—¿Por qué? —inquirió ella, apartando la vista de la hermosa fachada del edificio y mirándolo sin comprender.

—Por… por aburrirte —respondió él—. Es que a veces se me olvida…

—…se te olvida que nada de lo que tú me cuentas podría

aburrirme jamás —le dijo ella con firmeza—. Vamos, sigue hablando.

Sin embargo, Adam se quedó callado un momento.

—Te debo una disculpa —murmuró—: no hago más que compararte con otras mujeres a las que he conocido.

—Yo creo que el problema está en que con las que te has topado hasta ahora eran unas arpías —le dijo ella sonriendo y tomándolo del brazo—. Pero también hay muchas a las que les gustan la historia y la cultura. Y ahora, por favor, acaba de contarme lo que me estabas contando; quiero saber qué pasó.

Adam sonrió también.

—De acuerdo. Bueno, pues hubo otro gran incendio en la ciudad en mil ochocientos ochenta y nueve —continuó—, y en ese el fuego llegó hasta el bloque contiguo, pero los dueños del edificio y sus sirvientes evitaron que las llamas prendiesen, golpeándolas con paños húmedos. Incluso se subieron al tejado para impedir que se propagaran. Esa familia fue la que más tiempo lo tuvo en propiedad, pero en mil novecientos dieciocho su único hijo murió en la Primera Guerra Mundial, y un sobrino-nieto lo heredó, pero lo perdió en la Crisis del Veintinueve. Después pasó varias veces de unas manos a otras, y el hombre a quien yo se lo compré fue quien lo dividió en dos viviendas en los años sesenta. Yo ocupo la de la planta de abajo, y la de arriba se la tengo alquilada a un inquilino.

—¿Y ha sufrido muchas reformas? Quiero decir, ¿es muy distinto de como era originalmente?

—No mucho —respondió Adam introduciendo la llave en la cerradura de la puerta—. El último propietario no hizo ninguna alteración importante en la estructura, a excepción de levantar algunos tabiques que podrían tirarse.

—¿Verdad que sería fascinante restaurarlo y dejarlo tal y como era en un principio? —le dijo Selene mientras entraban.

—No creas que no lo he pensado —respondió él.

Encendió la luz del vestíbulo, y Selene gimió admirada.

—Oh, Adam, es precioso…

—Si llegara a restaurarlo, me gustaría combinar muebles de época con todo tipo de comodidades modernas, para que reflejara el pasado y el presente.

Selene se rió.

—Eres increíble. Deberías hacerlo —le dijo volviéndose hacia él.

Adam se había puesto repentinamente serio, y estaba mirándola de un modo intenso.

—Nunca había tenido a nadie con quien compartir mis aficiones y las cosas que me interesan.

—¿Y ahora?

—Ahora… ahora no puedo dejar de sorprenderme de que no te aburra soberanamente cuando me pongo a hablar sin parar sobre la historia de la ciudad.

—Nunca podría aburrirme contigo —le dijo ella suavemente.

Le sonrió, y al hacerlo Adam vio en sus ojos el mismo brillo cálido que los iluminaba cada vez que compartían un momento íntimo. Su cuerpo respondió a aquella mirada, recordándole que estaba a solas en su casa con una mujer preciosa que no llevaba casi nada de ropa, pues todavía tenía puesto el bikini y el pareo. Selene levantó una mano para acariciarle la mejilla con el índice, y Adam sintió como si la sangre que corría por sus venas se transformara en un río de lava. La vio estremecerse, y pensó que había sido de frío, cuando en realidad lo que había provocado ese estremecimiento había sido la proximidad entre ellos.

—Perdona, soy un desastre de anfitrión —murmuró—. ¿Quieres darte una ducha y cambiarte de ropa? Puedes usar la habitación de invitados. Tiene su propio cuarto de baño.

La guió por el pasillo hasta allí, le mostró dónde estaban las toallas, y le dio un albornoz antes de obligarse a salir de la habitación.

—Bueno —le dijo—, yo voy a darme una ducha también. Cuando acabes, quedamos en el salón, ¿de acuerdo?

Adam apenas tardó quince minutos en ducharse y cambiarse, pero cuando salió Selene ya estaba esperándolo en el salón, curioseando por sus estanterías. Estaba envuelta en el albornoz, y llevaba el cabello mojado liado en una toalla blanca, pero aun así estaba increíblemente preciosa.

—Estaba echándole un vistazo a los libros que tienes —le dijo cuando lo vio aparecer—. ¿Te gusta algún género en especial?

Adam se encogió de hombros. Le costaba concentrarse en lo que estaba diciendo cuando lo único en lo que podía pensar en ese momento era en que, con sólo tirar del cinturón del albornoz,

podría abrirlo, tocar su hermosa y suave piel, poner sus labios sobre la turgencia de sus senos…

—Dime qué clase de libros sueles leer —insistió Selene.

Cuando alzó el rostro y le sonrió, no había coqueteo alguno en su mirada, pero no pudo apartar sus ojos de los de él, y leyó en ellos el creciente deseo que lo inundaba. De pronto los párpados le pesaban, y una leve y tímida sonrisa asomó a sus labios.

Adam se aclaró la garganta, decidido a dejar de mirarla como un adolescente con las hormonas dislocadas.

—Haré algo mejor: te lo enseñaré —le dijo—. ¿Te apetece beber algo?

Abrió una botella de vino y la llevaron a la biblioteca, donde le estuvo mostrando su extensa colección de libros sobre la historia de Georgia, y la miró divertido cuando la vio quitarse la toalla del cabello y sentarse en la alfombra con uno de sus favoritos, un tomo sobre la historia de Savannah ilustrado con fotografías antiguas de la ciudad, y con otras modernas pero espectaculares.

—Puedo prestártelo si quieres —le dijo sentándose junto a ella, cuando empezó a dar muestras de haberse olvidado por completo de su presencia.

—¡Oh!, perdóname —murmuró ella riéndose y cerrando el libro —. Willi siempre se pone furiosa cada vez que intenta hablarme cuando estoy leyendo, porque me abstraigo sin darme cuenta. Dice que no tiene remedio.

La risa iluminó sus facciones, y sus singulares ojos de color verde esmeralda reflejaron los últimos rayos de sol que se filtraban por la ventana. Levantó una mano para remeter un mechón de cabello tras la oreja, aún riéndose, y Adam sintió que una nueva e intensa ráfaga de deseo lo sacudía por dentro. Se inclinó hacia delante, y posó sus labios sobre los de ella.

Selene subió las manos a sus hombros, emitiendo un gemido sensual que incrementó aún más el deseo de Adam. Se inclinó un poco más hacia delante, y le rodeó con un brazo la cintura para sentarla en su regazo. Invadió su dulce boca con la lengua, y sintió cómo el cuerpo de la joven se relajaba contra el suyo.

Aquella inmediata rendición lo excitó tremendamente.

—Selene… —murmuró.

La atrajo más hacia sí, haciendo el beso más profundo, y su

mano ascendió por una de sus piernas, aprovechando que el albornoz se había abierto un poco por abajo cuando la había subido a su regazo. Al mismo tiempo, subió la otra mano por su torso, y la introdujo por debajo de una de las solapas del albornoz, apretando la palma contra la cálida y sedosa piel de su garganta, para ir luego descendiendo en busca de mayores tesoros.

Adam cerró la mano en torno a uno de sus senos, y en su mente trató de imaginarla sin el sostén que llevaba puesto debajo del albornoz. Cuando le acarició el pezón ligeramente con el pulgar, Selene jadeó y arqueó la espalda, apretándose contra su mano, y Adam volvió a hacerlo una y otra vez hasta que la tuvo retorciéndose de placer en su regazo.

Los movimientos inquietos de la joven empujaron sus caderas hacia las de él, y Adam rodó hacia un lado, tumbándola en la alfombra e inclinándose sobre ella sin dejar de besarla, ni de acariciarle el pecho. Pasó una pierna por encima de las de Selene, y su palpitante erección quedó muy cerca del delta entre sus caderas. La joven se arqueó entonces de nuevo hacia él, apretando su vientre contra su miembro endurecido, y a Adam se le cortó el aliento.

De su garganta escapó un ruido gutural y profundo que resonó en la habitación. Agarró las solapas del albornoz, tirando de ellas con impaciencia, y ante sus ávidos ojos quedó expuesto el cuerpo de Selene, cubierto sólo por un sostén de encaje.

—Quiero hacerte el amor… —murmuró Adam con voz ronca.

Un suave rubor se extendió por las mejillas de Selene, y bajó la vista llena de timidez, pero no le dijo que no. Adam vio que el sostén tenía el enganche en la parte delantera, y lo manipuló torpemente entre sus dedos hasta que se abrió con un pequeño chasquido. Casi con reverencia, apartó las copas de encaje hacia los lados, dejando al descubierto sus pechos. Eran tan hermosos, tan perfectos, que casi se quedó sin aliento. Eran redondeados, y estaban ligeramente más pálidos que el resto de la piel por la marca de la parte de arriba del bikini que había tenido puesto en la playa. Estaban coronados por sendos pezones sonrosados, y cuando se inclinó y tomó uno de ellos en su boca, Selene emitió un gritito ahogado y le rodeó el cuello con una mano para atraerlo aún más hacia ella.

Succionó suavemente, y paró un momento para lamer

repetidamente el pezón antes de empezar a succionar de nuevo, hasta que Selene enredó los dedos en su cabello, y lo apretó todavía más contra sí, en un ruego mudo para que no parara. Adam estuvo encantado de complacerla, y succionó con más fuerza, rozando suavemente el pezón con los dientes mientras las caderas de Selene se movían inquietas debajo de él, apretándose contra las suyas y haciendo que se le cortase el aliento una y otra vez.

Deshizo impaciente el nudo del cinturón, y abrió del todo el albornoz, dejando al descubierto unas braguitas de encaje a juego con el sostén. Se llevó después la mano a la bragueta de las bermudas, frenético de deseo. Bajó la cremallera torpemente, lleno de impaciencia por liberarse, y cuando finalmente logró empujar hacia abajo los calzoncillos, puso su miembro erecto contra el suave y cálido vientre de Selene, y la sensación fue tan exquisita, que de sus labios escapó un suspiro de alivio que casi sonó como un gruñido.

Durante un largo rato simplemente permaneció con ella abrazada fuertemente a él, con su erección entre ellos. Selene se movió un poco, azorada, y Adam sintió que una nueva oleada de placer lo invadía.

—Oh, Selene… cómo me gusta… —murmuró.

—A mí también —respondió ella en un tono tan bajo que fue poco más que un murmullo.

Adam sintió cómo la joven bajó la mano por su costado, para luego apretar la palma contra su nalga.

—Acaríciame —le dijo Adam, echándose un poco hacia atrás.

Tiró suavemente de su muñeca hasta que ella le permitió que introdujese su mano entre ambos.

—Quiero que sientas cómo me excitas.

Selene vaciló un instante, pero luego, lentamente, extendió la mano hacia él. Adam se estremeció al sentir que sus dedos lo rozaban, y cuando por fin lo tocó, aspiró hacia dentro extasiado.

El modo inseguro en que comenzaba a explorarlo lo estaba volviendo loco, y notó que el pulso se le aceleraba mientras se esforzaba por controlarse. Selene subió y bajó la mano por toda la longitud de su miembro y, conteniéndose a duras penas, Adam se obligó a quedarse quieto incluso cuando su mano lo acarició por debajo, en una zona más sensible. Cuando ya no pudo resistir más,

extendió una mano y la puso sobre la de ella, haciendo que sus dedos se cerraran en torno a él, y le enseñó el ritmo que más lo excitaba. Selene lo aprendió en cuestión de segundos, y un intenso gemido escapó de la garganta de Adam. Una especie de chisporroteo eléctrico le recorría la espina dorsal, y la agarró por la muñeca para no explotar en su mano.

—Cariño… tienes que parar —le dijo, aun cuando sus caderas seguían arqueándose involuntariamente hacia las de ella.

Ella apartó la mano inmediatamente, y al mirarla Adam se fijó en lo azorada que estaba.

—No lo he dicho porque estuvieras haciendo nada mal —le explicó—. Pero es que te deseo tanto que no estoy seguro de poder controlarme mucho más —alzó una mano y la tomó de la barbilla para que lo mirara—. Quiero que sea perfecto… para los dos.

—Oh —musitó Selene. Se aclaró la garganta—. Pues… pues me temo que eso no va a poder ser —replicó—. Es que yo nunca he… no he hecho esto antes.

A Adam le llevó un rato comprender lo que le estaba diciendo.

—¿Nunca has…?

Selene sacudió la cabeza.

—No.

Adam se había quedado tan aturdido que soltó lo primero que le pasó por la mente:

—No podemos hacer esto.

Muy agitado, volvió a envolverla en el albornoz antes de quitarse de encima de ella y levantarse, dándole la espalda mientras se ponía bien los calzoncillos con el rostro crispado y se subía la cremallera de las bermudas con dificultad.

—¿Adam? —lo llamó Selene vacilante.

—Levántate —le dijo él.

Sabía que su voz había sonado áspera, pero todavía estaba luchando por controlar el deseo que lo sacudía por dentro. Una parte de él, la parte noble y recta, le decía que no podía arrancarle su virginidad, sobre todo en una situación tan poco romántica, en el suelo de la biblioteca. La otra no podía dejar de pensar en que Selene había estado dispuesta a entregarse a él, en que lo consideraba lo suficientemente especial como para compartir algo tan importante como su primera vez con él… y le estaba costando

disuadir a esa parte de sí para no acabar lo que habían empezado.

La oyó levantarse detrás de él, pero también escuchó un sollozo.

—Será mejor que me vaya —murmuró dolida.

El corazón le dio un vuelco a Adam, y se giró rápidamente sobre los talones.

—¡No, espera! —dijo yendo tras ella.

Selene casi había alcanzado la puerta de la biblioteca cuando la retuvo por el brazo, haciéndola volverse. La joven, sin embargo, no quería mirarlo, y de pronto Adam vio una lágrima rodar por su mejilla de terciopelo.

—Oh, cariño… no, no por favor. No pretendía herir tus sentimientos.

—No pasa nada —replicó ella, inspirando profundamente—. Lo entiendo.

—No, no lo entiendes —le dijo él con firmeza. La atrajo hacia sí, ignorando el modo en que se tensó, y le rodeó la cintura con los brazos—: la virginidad de una mujer es algo muy especial —le dijo a la joven, que seguía con la cabeza gacha—. Me halaga que quieras que sea el primer hombre con quien compartir ese momento, pero es algo que no debería hacerse apresuradamente, ni a la ligera.

Selene levantó la cabeza y lo miró insegura.

—Creía… yo creía que habías cambiado de idea, que ya no me deseabas —le susurró.

Adam se rió incrédulo.

—Selene —le dijo apretándola contra su cuerpo para que notara su excitación—. ¿Te parece que no te deseo?

La joven sollozó y sonrió, sonrojándose profusamente.

—No.

—No, por supuesto que no —asintió Adam, apartándose un poco y sonriéndole dulcemente—. Lo que quería decirte es que no debemos hacerlo *ahora*, no que no quiera que lo hagamos. Si voy a ser tu primera vez, quiero tener el tiempo suficiente para que sea perfecto.

Se apartó por completo de ella y le ató el cinturón del albornoz para no sucumbir a la tentación.

—Anda, ve a vestirte. Será mejor que te lleve a casa antes de que cambie de idea y te haga quedarte aquí toda la noche.

Selene lo tomó de ambas manos y lo miró a los ojos con

verdadero anhelo.

—No sabes cuánto me gustaría poder quedarme —le dijo suavemente.

Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla, deteniéndose un instante en el umbral de la puerta para mirarlo antes de salir de la biblioteca.

Capítulo Seis

A la mañana siguiente Adam le dejó un mensaje a Selene en el buzón de voz de su móvil preguntándole si querría cenar con él esa noche, y ella lo llamó a la oficina en cuanto su padre salió de la casa.

Cuando contestó, y la joven escuchó su voz profunda y aterciopelada al otro lado de la línea, se notó de pronto terriblemente seca la garganta.

—¿A-Adam?

—¡Selene! —exclamó él, y Selene supo que estaba sonriendo—. Te echo de menos —le dijo en un tono más íntimo.

—Yo también a ti.

—Has oído mi mensaje, ¿verdad? ¿Podemos quedar esta noche? Necesito hablar de algo contigo.

—Pero si ayer estuvimos hablando todo el día —replicó ella riéndose suavemente.

—Bueno, no *todo* el día —matizó él divertido.

Selene se sonrojó de tal modo, que agradeció que no pudiera verla en ese momento.

—No creo que pueda salir esta noche —le dijo con pesar—. Mi padre podría sospechar. Estos últimos días he estado mucho tiempo fuera de casa.

—Está bien —respondió Adam—. No quería que habláramos de esto por teléfono, pero… he estado pensando en lo que me dijiste anoche.

Selene supo, por el tono de su voz, que se refería a su falta de experiencia.

—¿Y qué has pensado? —inquirió nerviosa.

—Pues he estado pensando que tu primera vez debería ser especial. ¿Dejarías que fuera yo quien la hiciera especial?

—Oh, Adam, sí, claro que sí. Quiero que seas tú —contestó ella sin vacilación alguna.

—Bien, entonces… ¿crees que tu padre te dejaría pasar fuera la

noche del viernes? —respondió él, y de nuevo Selene tuvo la impresión de que estaba sonriendo mientras hablaba.

—¿Quieres decir… toda la noche?

—Toda la noche —asintió él—. Quiero que podamos tomarnos nuestro tiempo, que no tengamos que andar con prisas —se quedó callado un instante—. Quiero despertar contigo a mi lado por la mañana.

El cuerpo de Selene se tensó de excitación al tiempo que se derretía por dentro.

—Yo también —le susurró.

—¿Crees que podrás escaparte?

Selene lo consideró un momento.

—De acuerdo —le dijo finalmente, aunque algo insegura—. ¿Dónde nos encontraremos?

Adam le dio la dirección de un restaurante en el casco antiguo.

—Podemos quedar en la puerta, si te parece. Yo tendré aparcado el coche fuera y así podemos guardar tu maleta antes de entrar a cenar. Y de allí iremos a un hotelito donde he reservado habitación.

—¿No prefieres que vayamos a tu casa? —inquirió ella extrañada.

—No; quiero que sea algo especial y… bueno, tengo la esperanza de que mi casa sea también la tuya algún día, y eso no sería demasiado memorable.

Selene se quedó callada. ¿Había dicho realmente lo que creía que había dicho? ¿Lo habría dicho en serio?

—Adam…

—Selene… —comenzó él al mismo tiempo.

—Tú primero —dijo ella.

—Está bien —accedió Adam, hablando muy despacio, como si estuviera pensando lo que iba a decirle—. Yo… sólo quería pedirte perdón. No quiero que te sientas presionada. Sé que no quieres que hablemos del futuro hasta que no hayan pasado las elecciones.

—Puede que haya cambiado de idea respecto a eso —murmuró ella tímidamente.

¿Había sido su imaginación, o acababa de hacerle una propuesta de matrimonio?

Adam se rió suavemente, aliviando un poco la tensión del momento.

—Bueno, si de verdad has cambiado de opinión, podemos hablar de ello el viernes por la noche… cuando ya estemos descansados de hacer otras cosas.

El tono sensual había vuelto a su voz, y Selene sintió que el corazón se le desbocaba de expectación y nerviosismo.

—El viernes por la noche —repitió—. ¿Tengo tu palabra?

—La tienes —respondió él—. Los dos recordaremos ese día durante mucho, mucho tiempo.

Adam dejó de nuevo el teléfono inalámbrico sobre la base con una sonrisa tonta en los labios. Era increíble que el solo sonido de su voz pudiese hacerlo sentirse tan feliz.

Unos golpes en la puerta de su despacho lo devolvieron a la realidad.

—Adelante.

—Hola —lo saludó su hermano Ian, entrando y cerrando tras de sí.

Apenas había dado un paso hacia el escritorio tras el cual estaba sentado Adam, cuando se detuvo, mirándolo con una ceja enarcada.

—¿A qué se debe esa expresión bobalicona que tienes puesta? —inquirió. De pronto abrió mucho los ojos y lo señaló repetidamente con un dedo, sonriendo malicioso—. ¡Has conocido a alguien!

Adam lo miró irritado.

—¿Tanto se me nota?

Ian se echó a reír.

—He sido monje antes que fraile, hermanito —le dijo, sentándose en una de las dos sillas frente a su escritorio—. Vamos, desembucha.

Adam se encogió de hombros.

—De acuerdo, sí, he conocido a alguien —respondió vacilante—. De hecho, creo que estoy enamorado de ella.

Ian enarcó ambas cejas.

—¡Vaya!, a eso lo llamo yo rapidez.

—Ian… ¿Cuándo supiste que Katie era la persona adecuada, la mujer con la que querías compartir tu vida?

Su hermano sonrió divertido.

—Buena pregunta —respondió guasón. Luego, sin embargo, se

puso serio, y escrutó pensativo a Adam—. ¿Confías en ella?

Ian sabía lo mal que lo había pasado su hermano cuando había descubierto que Angela no había sentido nada por él, y no quería que volvieran a hacerle daño.

—Sí, confío en ella —respondió Adam, intentando buscar las palabras adecuadas para explicarle lo que sentía por Selene—. Es… diferente. Le interesan las mismas cosas que a mí, le gusta hablar de historia, de fantasmas…, y no es de las que necesitan ir cada noche de fiesta en fiesta.

—¿Y conozco yo a esa damisela que te ha robado el corazón?

Adam vaciló. Dios, se moría por hablarle abiertamente de Selene, por gritarle al mundo que estaba enamorado, pero…

—Conoces a su familia —respondió, no queriendo ser más explícito.

Ian frunció el entrecejo.

—¿Por qué me parece que hay algún problema con la chica en cuestión?

—Porque lo hay —admitió Adam con un suspiro, sin poder contenerse por más tiempo—. Se llama Selene van Gelder.

Ian abrió los ojos como platos.

—¿La hija de *John van Gelder*? —exclamó atónito—, ¿la que volvió de Europa hace un par de meses? —añadió. Cuando Adam asintió con la cabeza, Ian dejó escapar un largo silbido—. Debo decir que sabes cómo meterte en líos.

Adam esbozó una media sonrisa.

—Lo sé. Sé que es una locura, pero…

—…pero piensas que es la mujer con la que quieres compartir tu vida —concluyó Ian, utilizando sus propias palabras.

—*Sé* que lo es —lo corrigió Adam—. Lo supe en el mismo momento en que nos conocimos.

—¿Que fue cuándo? —inquirió Ian—. ¿Y dónde? Nunca hubiera pensado que la hija de Van Gelder se moviese por los mismos círculos que nosotros.

—Estaba en la fiesta del hotel Twin Oaks a finales de julio.

Ian volvió a fruncir el entrecejo.

—¿En la que organizó nuestro padre para reunir fondos para la campaña? Qué raro.

Adam asintió. Por primera vez desde aquella noche se preguntó

qué habría estado haciendo Selene en una fiesta organizada por el oponente de su padre.

—Em… bueno, sí, pero tampoco se quedó mucho tiempo. Y sólo hace unas semanas que hemos empezado a salir.

—Así que esto ha pasado en cuestión de semanas.

—¿Cómo? Oh, vamos, Ian, por favor… no seas neurótico —le espetó Adam, poniéndose a la defensiva—. ¡Si tú apenas conocías a Katie cuando iniciasteis vuestra relación!

—Es verdad —admitió Ian—, pero su apellido no era Van Gelder —se quedó callado un momento, como vacilante—. ¿Vas en serio con ella?

Adam asintió.

—Estaba pensando pedirle que se casara conmigo —le respondió Adam, y al ver la expresión en el rostro de su hermano añadió—: Bueno, no quiere que hablemos con su padre hasta que no hayan pasado las elecciones, así que, si me dice que sí, tardaremos todavía unas semanas en hacer público nuestro compromiso.

—Ya. No sé si desearte suerte o decirte que estás loco —le dijo Ian irónico—, pero en fin, espero que no te equivoques y te salga bien.

El interfono que había sobre la mesa de Adam sonó en ese momento, y levantó una mano para pedirle a Ian que lo disculpara un momento.

Cuando apretó el botón y respondió, se oyó la voz de su secretario:

—Señor, su primo Jake por la línea dos. Dice que hay un problema con un gerente de Atlanta.

Ian se puso de pie.

—Te dejo trabajar —le siseó—. Buena suerte con tu chica —le dijo dirigiéndose hacia la puerta.

Cuando ya tenía la mano en el pomo, Adam lo llamó:

—¡Espera, Ian!, ¿qué querías?

—Nada importante —respondió su hermano con un gesto de la mano—. Te llamaré luego.

John van Gelder observó irritado a su hija por una ventana mientras subía a un taxi. Le había dicho que se iba a pasar la noche

a casa de una amiga, y se le había olvidado preguntarle qué planes tenía para la semana siguiente, porque necesitaba saber si podría asistir con él a una serie de eventos. Tampoco le había pedido el teléfono de esa amiga suya y, aunque probablemente se habría llevado el móvil, de nada le serviría llamarla, porque seguramente se habría dejado la agenda en casa.

En fin, tendría que esperar al día siguiente, cuando estuviese de vuelta, para preguntarle. En cualquier caso era un fastidio no poder confirmar ya si podría ir con él o no. Quizá podría echarle un vistazo a su agenda, y dejarle una nota para pedirle que no hiciese otros planes para esas fechas. Giró sobre los talones y se dirigió a las escaleras.

Momentos después entraba en la habitación de Selene. Fue hasta el escritorio y se dejó caer en la silla, pero cuando iba a extender la mano para tomar la agenda, llamó su atención un libro con una atractiva portada que había a un lado.

Lo acercó a él, y empezó a hojearlo. Estaba ilustrado con unas fotografías extraordinarias de la ciudad; un libro muy bonito. Se preguntó de dónde lo habría sacado. No recordaba haberlo visto antes por su casa.

Iba a cerrarlo ya, cuando de pronto se fijó en que había algo escrito en la solapa delantera:

> *Para mi buen amigo Adam Danforth, porque sé que eres un enamorado de esta ciudad, y un apasionado de la historia. Miles*

¡Adam Danforth! ¿Qué diablos estaba haciendo Selene con un libro que pertenecía a uno de los hijos de Abraham Danforth? Que él supiera ni siquiera se conocían. Rebuscó en su memoria, pero no recordó ninguna ocasión en la que Selene hubiera podido ser presentada a ninguno de los miembros del clan Danforth. Estaba aquella fiesta en el hotel Twin Oaks a la que le había pedido que acudiera, un par de meses atrás, pero Selene había vuelto a casa temprano y le había dicho que no había visto ni oído nada que le pudiera interesar para la campaña. Y aun así…

Se levantó de la silla hecho una furia, salió del dormitorio de su hija, y bajó a su estudio, donde agarró el teléfono y marcó un número. Cuando contestaron, dijo:

—Tengo otro encargo para usted: siga a Adam Danforth. Averigüe todo lo que pueda sobre él y llámeme cuanto antes con lo que tenga.

Cuando el taxi de Selene se detuvo frente a la puerta del restaurante, Adam estaba esperándola. La ayudó a bajar, y se inclinó para darle un beso breve pero apasionado que la hizo derretirse por dentro como un cubito de hielo. Pagó al taxista, y tomó la maleta de Selene.

—Espera un momento, voy a meterla en el maletero y enseguida entramos a…

—Adam —lo interrumpió ella, reteniéndolo por el brazo—. ¿Tenemos que…? —hizo acopio de valor y probó a decirlo de otro modo—: No tenemos por qué cenar.

Él la miró confundido.

—No tengo apetito —le dijo Selene. «Tú eres lo único que quiero ahora mismo»—. Podríamos cenar… más tarde.

Un destello de deseo relumbró en los ojos de Adam, y Selene sintió que la invadía una ráfaga de calor.

—¿Estás segura?

Ella asintió con la cabeza, sonriendo temblorosa.

—Muy segura.

Adam sonrió también.

—De acuerdo —dijo.

La condujo a su coche, y en menos de diez minutos llegaron al hotelito, que tal y como había dicho Adam estaba muy cerca, sólo a un par de calles, y que ocupaba un bonito edificio antiguo restaurado.

Después de aparcar, Adam sacó la maleta de Selene, y cuando la tomó de la mano para llevarla dentro, la joven se preguntó si podría notar cómo le temblaba. Lo cierto era que su cuerpo entero estaba temblando de expectación, de excitación, y de nervios.

Adam debía haberse pasado por allí antes de ir al restaurante donde habían quedado, y haberse registrado en recepción, ya que cuando entraron pidió la llave de la habitación y la condujo directamente al ascensor. Subieron al segundo piso, y cuando Adam abrió la puerta y pasaron dentro, Selene se quedó boquiabierta.

—¡Oh, Adam, esto es precioso! —exclamó mirando en derredor embelesada.

Había una enorme cama con dosel, una chimenea, y un elegante balcón que se asomaba a un jardincillo privado. Sobre la mesita baja que había frente al televisor les habían dejado una cesta con todo tipo de fruta.

—Sí que lo es —murmuró él.

Pero cuando Selene se volvió era a ella a quien estaba mirando, y no la habitación.

—Ven aquí —le dijo Adam sonriéndole y tendiéndole la mano.

Selene fue junto a él, y cuando Adam la atrajo hacia sí, ella le pasó las manos por detrás de la nuca, aferrándose a él. Adam era tan alto y tan fuerte, que entre sus brazos se sentía increíblemente frágil y femenina. Los nervios la asaltaron de pronto al pensar en lo que estaban a punto de hacer, y Adam debió advertirlo, porque la miró y le preguntó:

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Selene vio la tensión que había en su rostro, y supo lo que debía haberle costado hacer esa pregunta.

—Completamente —respondió en un tono quedo, apartando de su mente sus temores de virgen.

Después de todo, Adam siempre había sido muy tierno con ella, se recordó. Adam intentaría que le resultase lo menos doloroso posible.

—Quiero que mi primera vez sea contigo —le dijo.

«Y nunca querré hacerlo con nadie más», añadió para sus adentros. Deslizó una mano desde su hombro hasta su mandíbula, y trazó el contorno de sus finos labios con el índice.

—Hazme el amor, Adam.

Los ojos de él se encendieron de pasión.

—Será un placer —murmuró.

Se llevó el dedo de Selene a la boca, y lo succionó suavemente, lamiéndolo en movimientos circulares una y otra vez. La joven sintió cómo se le aceleraba la respiración, y cómo una ráfaga de calor inundaba su vientre. Sonrió, y cerró los ojos extasiada.

Adam dejó libre su dedo, y tomándola por la barbilla le alzó el rostro y tomó sus labios en una sucesión de besos embriagadores, a los que Selene respondió con vehemencia. Sus manos se aferraron a

los hombros de Adam, y echó la cabeza hacia atrás y jadeó cuando sus labios descendieron hacia su garganta.

Adam la sostuvo con un sólo brazo, mientras que con la mano del otro se desanudaba la corbata y empezaba a desabrocharse la camisa.

—Tenemos demasiada ropa encima —farfulló junto a su cuello.

Selene lo ayudó con los botones cuando la soltó al tiempo que él se quitaba la chaqueta del traje y la arrojaba sobre una silla cercana, antes de sacarse la camisa de la cinturilla de los pantalones. Cuando Selene sacó del ojal el último botón, Adam desabrochó los puños de la camisa, se la quitó, y la tiró también sobre la silla. A continuación agarró el dobladillo de la camiseta interior que llevaba, y se la sacó también.

Hacía sólo un par de días que Selene lo había visto en bañador, pero en ese momento, por alguna razón, le pareció más… desnudo que en la playa.

Adam tomó una de sus manos y la puso sobre su tórax, haciendo que las yemas de sus dedos rozaran ligeramente un endurecido pezón. Dejó que siguiera ella, y cerró los ojos, emitiendo un gemido de placer cuando la mano de la joven imitó lo que había hecho.

—Es muy agradable —le dijo a Selene—. ¿Quieres que te lo haga yo a ti?

Sin esperar una respuesta de ella empezó a desabrochar los botones de la parte frontal de su vestido camisero de tirantes. Selene, incapaz de articular palabra, se dejó hacer con las piernas temblorosas hasta que la prenda quedó suelta hasta su cintura. No se había puesto sostén porque el vestido tenía aros incorporados, y cuando Adam enganchó los dedos en los tirantes y tiró suavemente de ellos hacia abajo, quedaron al descubierto sus senos.

—Preciosos… —murmuró Adam con voz ronca.

Le bajó el vestido hasta la cintura, y luego, con un último tirón, cayó al suelo en torno a sus tobillos.

Selene se sintió enrojecer allí de pie frente a él, vestida sólo con unas braguitas con adornos de encaje y unas sandalias de tacón. La respiración de Adam se había tornado jadeante, y tenía la vista fija en sus senos.

—Eres tan preciosa… —susurró.

Cerró las manos en tornos a aquellas erguidas circunferencias y

el azoramiento de Selene se desvaneció cuando empezó a tocarlas, pasando suavemente los pulgares sobre los tensos pezones. Sus caricias eran como lenguas de fuego cuyo calor parecía transmitirse en cadena por todo su cuerpo, descendiendo hasta el valle de entre sus piernas. Se movió ansiosa, y vio a Adam sonreír.

—¿Me deseas, Selene?

—Oh, Adam… —suspiró ella, haciendo de su nombre un ruego.

Adam sonrió aún más, e inclinó la cabeza para cerrar sus labios sobre una areola. Succionó con fuerza, arrancando de ella un gritito de placer. Selene sintió que le flaqueaban las rodillas, y se aferró a sus hombros desnudos. Los brazos de Adam le rodearon la cintura, atrayendo sus caderas hacia las suyas, y cuando Selene notó la presión de su erección contra su vientre jadeo excitada. Adam todavía tenía puestos los pantalones, y el tacto de la tela al rozarse con su piel desnuda resultaba increíblemente erótico y estimulante. El fuego que había ido prendiendo dentro de ella estaba siendo avivado por la succión de los labios de Adam sobre su seno, y se revolvió ansiosa en su abrazo, frotándose contra su duro miembro.

Adam jadeó. La soltó, y se desabrochó torpemente el cinturón, para luego bajar la cremallera del pantalón con la misma impaciencia.

—Ayúdame —le pidió a Selene con voz ronca y los ojos oscuros de deseo.

Selene agarró con ambas manos la cinturilla de los pantalones y tiró hacia abajo. Cuando cayeron al suelo, no puedo contenerse, y bajó la vista a los calzoncillos blancos que llevaba, y se sorprendió al ver lo tirantes que se le habían quedado.

Adam enganchó los pulgares en el elástico de los calzoncillos y se los quitó, dejando a Selene boquiabierta al contemplarlo por primera vez completamente desnudo, con su miembro erecto en medio de la masa de vello negro rizado del pubis.

Jadeando como si hubiera estado corriendo un maratón, Adam le puso las manos en la cintura y la levantó, sacándolos a ambos de lío de ropa que había quedado en el suelo. Selene le rodeó el cuello con los brazos, y sus senos quedaron aplastados contra su ancho tórax.

Adam empujó las caderas hacia delante, haciéndola ronronear de placer. Movió lentamente sus caderas contra las de él, y al

hacerlo sus senos se frotaron arriba y abajo por su pecho.

Adam tomó sus labios de nuevo, y Selene notó que una mano descendía a uno de sus muslos. Le levantó la pierna, colocándola enroscada en torno a su cintura. Aquella postura la dejó en un equilibrio precario, sobre una sola de las sandalias de tacón, y cuando Adam la atrajo más hacia sí, los dos gimieron extasiados. Selene todavía tenía puestas las braguitas, pero al sentirlo frotarse una y otra vez contra la tela satinada que apenas la cubría, la sorprendieron las ráfagas de placer consecutivas que la invadieron, llevándola más y más alto. Jadeando, se ladeó un poco para intensificar aquella increíble sensación.

Adam la alzó en volandas y la llevó hasta la cama, depositándola un momento en el suelo junto a ella para poder apartar las sábanas. Luego la tumbó sobre el colchón y se tumbó a su lado, apoyándose en un codo para mirarla.

Selene levantó el rostro hacia él con los ojos muy abiertos. No había podido reprimir los nervios cuando Adam le había quitado la ropa, pero en ese momento, tendida a su lado, se sintió aún más vulnerable.

Lentamente, Adam extendió su mano y la colocó con la palma abierta contra su vientre, y Selene gimió al sentir el calor que produjo en ella aquel contacto.

—No sabes cómo te deseo… —murmuró Adam—. Nunca, en toda mi vida, había deseado nada como te deseo a ti.

Sus ojos descendieron por su cuerpo, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—Bésame, Adam —le susurró Selene, abrumada por esa vehemencia.

La sonrisa de él se hizo más amplia, y se inclinó sobre ella, tomando de nuevo su boca en un beso que se fue haciendo progresivamente más ardiente. Tocó con la lengua la línea entre sus labios, y cuando Selene los abrió se introdujo entre ellos con fiereza. Puso la mano libre en su estómago, y fue ascendiendo hasta encontrar un seno, y giró la palma de su mano sobre él para avivar de nuevo el deseo en ella.

El cuerpo de Selene se arqueó, y Adam se rió suavemente. Su mano abandonó el seno que estaba masajeando, y comenzó a descender por su cuerpo al tiempo que sus labios dejaban los de ella

para bajar hasta la mandíbula, y subir luego hasta la oreja. Selene dio un respingo cuando sintió que tomaba el lóbulo en su boca y comenzaba a succionarlo, y sus caderas se arquearon involuntariamente. ¿Quién hubiera dicho que una oreja pudiera ser una zona erógena?

Sin embargo, apenas había tenido tiempo de disfrutar de aquella nueva sensación cuando la mano de Adam, que había ido descendiendo por su estómago en círculos, fue más allá de su ombligo, haciéndola estremecer de excitación.

Finalmente, Adam deslizó un dedo por debajo del elástico de sus braguitas.

—Lo siento, pero tengo que quitártelas —murmuró mientras se las sacaba.

Mientras la arrojaba por encima de su hombro, Selene se dio cuenta de que todavía tenía puestas las sandalias y le dijo:

—Espera, deja que me quite…

—No —replicó él con una sonrisa lobuna, levantándole una pierna y recorriéndola con la mirada de arriba abajo—. Estás muy sexy sólo con las sandalias.

Después, su vista ascendió lentamente de nuevo, hasta alcanzar el triángulo de vello rizado que había quedado al descubierto. Lo peinó con los dedos, observando su mano mientras lo hacía, y Selene volvió a dar un respingo al sentir verdaderas descargas de placer sacudir todo su cuerpo.

—Relájate —le susurró Adam, presionando la cara interna del muslo con la palma de la mano hasta que Selene le permitió que le abriera las piernas.

—No puedo —le contestó llena de frustración—. Es… demasiado.

Adam movió sus dedos en círculos.

—Estás tan húmeda… —murmuró—, y es por mí.

—¡Adam! —jadeó ella, agarrándose a sus hombros—. ¡Para! ¡Es demasiado placer…! ¡No creo que pueda soportarlo…!

—Por supuesto que puedes —replicó Adam. Estaba sonriendo, pero su voz sonaba quebrada por el esfuerzo que estaba haciendo por contener su excitación—. Déjate ir, cariño, déjate ir.

Siguió susurrándole palabras sensuales y tiernas, pero Selene apenas lo oía. Su cuerpo se estaba tensando, y sentía aún con más

intensidad las llamas de su creciente deseo en el vientre. Clavó los tacones en el colchón, y se arqueó hacia la mano de Adam, incapaz de resistir el placer que le estaban proporcionando sus experimentados dedos.

Sin dejar de tocarla, Adam se cernió sobre ella, inclinó la cabeza para tomar un seno en su boca, y Selene gritó extasiada. Tenía la sensación de que su cuerpo fuera a estallar de tanto placer, igual que acaba por romperse una cuerda demasiado tensada, pero los mágicos dedos de Adam estaban llevándola a cumbres cada vez más altas y aquello no parecía tener fin. Sin embargo, de pronto aquella deliciosa tortura alcanzó un punto álgido. Se vio arrollada por unas oleadas increíbles de placer, pero ni siquiera entonces dejaron de moverse los dedos de Adam, que siguieron introduciéndose y saliendo de ella mientras ella se arqueaba siguiendo su ritmo.

—¡Adam! —gritó Selene, en medio de aquella tormenta de sensualidad que la estaba azotando.

—Estoy aquí —respondió él, inclinándose y besándola en la frente.

Selene estaba jadeante, exhausta, y poco a poco los ecos del clímax se estaban apagando, pero la sensación de su miembro erecto apretado aún contra sus caderas avivó los rescoldos de su deseo. Bajó la mano y cerró los dedos en torno a él, acariciándolo arriba y abajo.

—Te quiero dentro de mí, Adam —le susurró, abriendo las piernas—; justo aquí.

Adam se posicionó entre sus piernas, y Selene contuvo el aliento ante la placentera sensación que experimentó con aquel contacto tan íntimo.

—¿Aquí?

—Oh, sí… por favor… —jadeó ella. Se movió un poco y Adam cerró los ojos.

—Espera —le dijo—. Se nos olvida algo importante.

Se retiró, incorporándose sobre las rodillas, y extendió la mano para tomar un preservativo que había dejado sobre la mesilla de noche. Cuando se lo fue a colocar, Selene quiso ayudarlo, y con un gemido Adam le dejó hacer, disfrutando inmensamente del momento.

Cuando se colocó de nuevo sobre ella, y se dispuso a penetrarla,

Selene le rodeó las caderas con las piernas y se agarró a sus hombros, cerrando los ojos y preparándose para el dolor.

Adam se introdujo dentro de ella despacio y con cuidado. Selene lo notó vacilar al sentir la resistencia de su cuerpo, pero después se hundió en su interior con una sola y firme embestida. Increíblemente apenas le dolió, y la pequeña punzada que había sentido se fue disipando rápidamente. Cuando abrió los ojos, lo encontró mirándola preocupado.

—¿Estás bien? —inquirió.

Selene lo miró enternecida. Lo notaba temblando de deseo, pero aun así lo primero para él era asegurarse de que no le había hecho daño.

—Perfectamente —le respondió.

Levantó y bajó las caderas, experimentando y disfrutando de las sensaciones que desencadenaron sus movimientos.

Adam entró en acción en ese momento con poderosas y repetidas embestidas que empezaron a sacudir la cama, marcando un ritmo increíblemente sensual, al cual se frotaban sin cesar sus cuerpos sudorosos.

En el silencio de la habitación ya sólo se oían la respiración jadeante de Adam y los pequeños gemidos que escapaban de la garganta de Selene, y en cuestión de segundos las maravillosas sensaciones que los tenían enajenados los llevaron aún más allá, llevándolos al mismo tiempo a una satisfacción absoluta.

Selene dormitaba entre los brazos de Adam, pero cuando él se movió parpadeó adormilada.

—El sexo debe ser una especie de droga —le dijo—. Estoy exhausta… y eso que yo no he hecho nada.

—Eso lo dirás tú —replicó él, sonriendo malicioso al verla sonrojarse. Echó un vistazo al reloj de pulsera, que no se había quitado—. Son casi las nueve. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que bajemos a cenar?

Selene extendió una mano y dibujó con el índice un arabesco invisible sobre el esternón de Adam.

—Creo que no tengo mucha hambre —respondió—. Con una pieza de fruta de ese cesto que hay sobre la mesita me bastaría.

—Bien —respondió él con una amplia sonrisa.

Bajo las sábanas Selene sintió que Adam estaba excitándose otra vez, y cuando una de sus manos le acarició el pecho de sus labios escapó un gemido extasiado.

—…porque se me ocurren un montón de cosas mejores que comer en este momento —murmuró Adam.

Capítulo Siete

A la mañana siguiente, cuando Adam se despertó, una intensa dicha lo inundó al sentir a Selene aún a su lado. Abrió los ojos y observó la cálida luz del día que se colaba en la habitación por el hueco entre el cristal y los bordes de las cortinas, que había corrido la noche anterior. Miró el reloj que había sobre la mesilla de noche, y vio que sólo pasaban unos minutos de las siete, pero la idea de tener que separarse de Selene en el espacio de unas horas hizo que la sonrisa que se había formado en sus labios se desvaneciera.

La estrechó entre sus brazos, atrayéndola aún más hacia sí. No quería dejarla ir… ni ese día, ni nunca. Cuando ese pensamiento cruzó por su mente fue como si un rayo lo hubiese golpeado. No, no quería dejarla ir. La amaba. Quería que se casase con él, despertarse cada mañana con ella entre sus brazos, tener hijos con ella… lo quería todo.

Selene se despertó en ese momento.

—Ummm… —murmuró desperezándose.

—¿Estás despierta? —inquirió Adam en un susurro.

—Mmm —respondió ella, volviendo el rostro y besándolo en el pecho.

—Selene creo que te… —comenzó él, mirándola pensativo—. No, no lo creo; *sé* que te quiero.

De pronto la joven levantó la cabeza como un resorte y se incorporó apoyándose en su tórax con los labios formando una o y los ojos muy abiertos.

—¡Oh, Adam, no me digas eso!

Él la miró entre confundido y desolado.

—¿Por qué no? Es la verdad.

—Es demasiado pronto —replicó ella irguiéndose—. ¿No te parece que es demasiado pronto, Adam? Apenas me conoces.

Él enarcó las cejas y una sonrisa traviesa se dibujó lentamente en sus labios.

—Ya lo creo que sí.

—¡No me refería en el sentido bíblico!

—Lo sé —respondió él—, es que me lo has puesto en bandeja y no he podido resistirme.

Selene sacudió la cabeza sonriendo también.

—¿Y quieres saber otra cosa? —añadió Adam—. Creo que tú también te estás enamorando de mí.

Selene lo miró con dulzura.

—Tal vez —dijo—, pero no podemos hablar de esto hasta que pasen las elecciones.

Sus palabras se clavaron como dardos en el ánimo de Adam.

—Así que podemos dormir juntos, pero yo no puedo decirte que te quiero.

—Yo diría que hemos hecho algo más que dormir juntos… —murmuró ella con picardía, poniéndose roja como la grana.

—Selene, de verdad que hay veces que no te comprendo —le dijo Adam, sin poder reprimir una sonrisa—. Te prometí que no iría a hablar con tu padre de nuestra relación hasta después de las elecciones, pero no voy a prometerte también no expresar lo que siento.

—Perdóname, Adam —murmuró Selene, todavía azorada—. Es sólo que… la verdad es que tengo miedo de estropear lo nuestro. Es tan… perfecto, tan maravilloso. No sé, tengo miedo de que algo salga mal.

—Cariño —le susurró Adam, volviendo a rodearla con los brazos y atrayéndola hacia sí—. Nada va a salir mal. Sólo tenemos que ser cautelosos durante unas cuantas semanas más, y después podremos hacerlo público.

Selene suspiró, y ladeó la cabeza para apoyarla en su hombro.

—Tú no conoces a mi padre, Adam. Le dará igual que haya pasado un día o un año después de las elecciones; y le dará igual quién gane y quién pierda. Lo único que pensará es que me he pasado al enemigo.

—Que te has pasado al enemigo… —repitió él.

Sonaba ridículo, pero había sido testigo de algunos de los feroces ataques que Van Gelder había dirigido contra su padre, así que tal vez no fuese tan descabellado.

—Gracias por… bueno, por esta noche —murmuró Selene contra su garganta—. No habría podido resultar más especial si lo hubiese

planeado.

—De nada —respondió él, subiendo y bajando las palmas de las manos por su espalda.

—Y también quería decirte que yo… sí que siento algo por ti, Adam —añadió ella quedamente—. Me importas; más de lo que me ha importado nadie nunca. En cuanto pasen las elecciones haremos planes, te lo prometo, diga lo que diga mi padre.

Selene apenas había entrado por la puerta cuando su padre salió de su estudio y fue hacia ella.

—¿Cómo es que tienes un libro que pertenece a Adam Danforth?

La joven se quedó de piedra. ¿Qué hacía su padre todavía en casa a esas horas de la mañana en un día entre semana? Adam había insistido en llevarla a casa en su coche a pesar de que ella le había repetido una y otra vez que sería mejor que tomase un taxi, y finalmente había claudicado sólo porque había pensado que su padre ya haría horas que habría salido. ¿Habría visto a Adam?, se preguntó con el corazón en vilo.

No, era poco probable, se respondió, porque si lo hubiera visto no estaría tan calmado como estaba.

Selene se concentró en la pregunta, tratando de poner cara de póquer y de hablar tranquila.

—Lo conocí en aquella fiesta a la que me hiciste asistir —le dijo. No era una mentira.

—Creí que me habías dicho que no había pasado nada digno de mención.

—No me pareció que tuviera ningún interés para ti —replicó ella—. Además, le interesa tan poco la política como a mí.

—Pero hablaste con él —insistió su padre irritado.

—Bueno, su conversación me pareció interesante; sabe muchísimo sobre la historia de Savannah —contestó Selene.

Eso tampoco era mentira. Inspiró profundamente y se recordó que ya no era una niña, que no necesitaba su permiso para hacer lo que quisiese, y que no tenía derecho a impedirle seguir viendo a Adam. Sin embargo, no pudo evitar que una cierta acritud impregnase sus palabras cuando volvió a hablar.

—Ésta es la ciudad donde vivió la familia de mi madre durante

generaciones, y yo apenas sé nada de ella.

Su padre pareció aturdido.

—Um… bueno, supongo que eso puede arreglarse. Yo podría…

—No hace falta —lo cortó ella con frialdad—. Ya me he ocupado yo de eso. ¿Y qué hacías, si se puede saber, fisgando en mi habitación? —quiso saber. Recordaba muy bien dónde había dejado el libro de Adam, pero nunca hubiera pensado que su padre fuese a entrar en su dormitorio.

—Bien, verás… es que necesitaba consultar tu agenda —balbució su padre, mirándola como si no estuviera seguro de quién era—. Sólo quería dejarte una nota pidiéndote que reservaras unas fechas para acompañarme a algunos actos de la campaña esta semana y la que viene.

—Entiendo —farfulló Selene—. No creo que haya problema, pero te lo confirmaré luego.

Pasó junto a él, y se dirigió hacia las escaleras, sumamente irritada por el comportamiento de su padre.

—Y buenos días a ti también, padre —le dijo en el mismo tono sarcástico que él solía emplear.

—Selene…

La voz que la había llamado a sus espaldas había sonado distinta, extrañamente tímida. La joven se detuvo con una mano en la barandilla de la escalera y se volvió hacia su padre con las cejas enarcadas en actitud interrogante.

—Yo… te agradezco que hayas venido —dijo su padre finalmente, con la cabeza gacha, mirando la alfombra—. Significa mucho para mí.

—Sabía que para ti es importante ganar estas elecciones —contestó Selene.

—No lo decía por eso —replicó su padre. Alzó la vista hacia ella, y a la joven le sorprendió ver la expresión en su rostro. Parecía… parecía como si sintiese *afecto* por ella—. Me alegra que hayas venido; y te prometo que en cuanto pasen las elecciones pasaré, te llevaré a algunos de los lugares que más le gustaban a tu madre de esta ciudad.

Selene sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y se mordió el labio inferior para contenerlas.

—Eso me gustaría —respondió quedamente—. Me gustaría

mucho.

Sin embargo, mientras se daba la vuelta y empezaba a subir las escaleras, se recordó que no debía hacerse ilusiones. Si su padre ganase las elecciones no tendría tiempo para ella… como de costumbre. Y si perdiese… sacudió la cabeza para sus adentros. No quería ni imaginarse cómo reaccionaría si perdiese.

Cuarenta y ocho horas era demasiado tiempo sin Selene, pensó Adam con un suspiro mientras regresaba a la oficina tras almorzar con Lea al día siguiente. Sin embargo, Selene le había dicho que en dos días no podrían verse porque tenía algunos compromisos.

¿Por qué detestaba tanto su padre a su familia? ¿Y por qué, cuando nunca se había comportado como un verdadero padre con ella, estaba Selene tan preocupada por no disgustarlo?

Claro que, por muy mal padre que fuese John van Gelder, se dijo, Selene no había tenido otros familiares que supliesen el cariño que él no le había dado. Probablemente para ella su padre, por muchas faltas que tuviese, era mejor que nada. Era comprensible.

Su propio padre no les había dedicado mucho tiempo ni a sus hermanos ni a él de niños, y aunque hasta cierto punto entendía porqué se había comportado así, el chiquillo que había en su interior nunca lo comprendería ni lo perdonaría. Y jamás podría agradecerle lo bastante a su tío Harold y su tía Miranda lo que habían hecho por ellos. Siempre habían sido bienvenidos en su hogar, lleno de risas y de cariño, y los habían tratado como si fuesen sus propios hijos.

Cuando pasó junto a la mesa de Geoffrey, su secretario, éste lo detuvo para decirle que había una señorita que quería verlo.

—Una señorita muy atractiva —añadió con una sonrisa.

Adam parpadeó. ¿Podría ser…?

—¿Ha dicho como se llamaba?

Geoffrey sacudió la cabeza.

—¿Dónde está?

—Le dejé que pasara a su despacho a esperarlo. Me dijo que tenía un libro que le pertenecía y que quería devolvérselo.

¡Un libro! ¡Selene; tenía que ser Selene! Lo invadió una sensación de alegría tan grande que por un instante se quedó

aturdido, pero inmediatamente se recuperó y salió disparado hacia su despacho.

—¡Hola! —la saludó exultante cuando entró y cerró la puerta tras de sí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No podía creer que se hubiera atrevido a ir a su oficina con el miedo que tenía a que su padre descubriese que estaban saliendo.

—Quería devolverte tu libro —le dijo ella levantándose de la silla donde estaba sentada. Adam vio que había dejado el libro sobre su escritorio—. Y quizá… —añadió sonriendo mientras avanzaba hacia él—, …quizá también llevarme un beso o dos para aguantar hasta mañana por la noche.

Adam sonrió también, encantado con su inesperada visita.

—Creo que en eso puedo complacerte —le dijo extendiendo las manos hacia su cintura y atrayéndola hacia sí para besarla—. Pero, ¿y tu padre? —murmuró cuando hubo despegado sus labios de los de ella—. ¿No estás arriesgándote demasiado al venir aquí?

Selene se encogió de hombros y tomó su cara entre ambas manos.

—Por verte merece la pena el riesgo —le dijo.

Había una expresión decidida en sus ojos verdes, y Adam se preguntó qué habría ocurrido para que se hubiese atrevido a ir allí a pesar de sus temores. Por su experiencia de aquellos días en que habían estado viéndose, sabía que no era de las personas que se amilanaban ante las dificultades, pero hasta entonces siempre se había mostrado muy cautelosa, y si alguien la hubiese reconocido al entrar en su oficina, las cosas podrían ponerse tensas entre su padre y ella.

—No creo que pueda esperar hasta mañana por la noche para volver a verte —le dijo Adam, acunándola contra su pecho—. Veámonos esta noche. Podríamos ir a cenar, y luego a mi casa.

—No puedo —replicó ella apesadumbrada—. Esta noche no puedo salir.

—¿Por qué? —insistió él, besándola tiernamente—. No quiero esperar hasta mañana por la noche, Selene…

—Es sólo un día —le dijo Selene. De pronto se puso seria—. No debería haber venido, pero quería verte —murmuró. Subió las manos y le peinó el cabello con los dedos, haciendo estremecer a Adam—. *Necesitaba* verte.

—Me alegra que hayas venido —respondió él. La tierna expresión que había reflejado su rostro instantes antes dio paso a una lujuriosa—. Yo también te he echado de menos.

Agachó la cabeza y tomó de nuevo sus labios en un beso apasionado, acariciándole la espalda y sintiendo que todo su cuerpo se encendía. Selene se frotó contra él, haciendo que saltaran nuevas chispas en su interior, y Adam la hizo arquearse hacia atrás para besarla en el cuello, y después tomar el blando lóbulo de su oreja en la boca y lamerlo. La joven se estremeció y se agarró a sus hombros extasiada. Al hacerlo, el suéter que llevaba se levantó, y las manos de Adam encontraron la piel desnuda de su estómago. La acariciaron, y siguieron subiendo, buscando sus senos… cuando de pronto se abrió la puerta.

Al oír el chasquido del pomo al girarse, Adam sintió como si le hubieran volcado encima un cubo de agua fría. Levantó la cabeza, y se irguió, aunque no soltó a Selene, sino que hundió su rostro contra su pecho para ocultar su identidad.

En el umbral de la puerta estaba plantado su hermano Marcus, con una sonrisa divertida en su sorprendido rostro.

—Em… hola. Ahora entiendo por qué Geoffrey no hacía más que intentar convencerme para que viniera más tarde.

El secretario de Adam apareció detrás de él, visiblemente agitado.

—Lo siento, señor —le dijo a su jefe—, traté de detenerlo, pero no pude —añadió lanzando una mirada irritada a Marcus.

—No pasa nada, Geoffrey, gracias. Puedes volver al trabajo —respondió Adam—. Hola, Marc —saludó a su hermano cuando su secretario se hubo marchado—. Imagino que habrá una buena razón para que hayas entrado en mi despacho sin llamar.

La sonrisa que acudió de nuevo a los labios de su hermano era algo que ni Adam ni quienes lo conocían veían muy a menudo. Marcus siempre había sido bastante serio, pero después de haber pillado a su prometida con su mejor amigo en la cama hacía un año, no lo habían visto sonreír demasiado.

—Puede esperar —le dijo—. ¿No vas a presentarme a la señorita?

Adam exhaló un pesado suspiro.

—Está bien, pero tienes que prometerme que no dirás una

palabra de esto a nadie hasta que hayan pasado las elecciones.

Marcus frunció el entrecejo.

—¿Las elecciones?

—Selene, este idiota es mi hermano pequeño, Marcus Danforth —le dijo a Selene, apartándose para señalárselo con la mano extendida—. Marc, te presento a Selene van Gelder.

Marcus la miró con los ojos abiertos como platos.

—Vaya —farfulló, tendiéndole la mano—. Según tengo entendido los Danforth no le caemos precisamente en gracia a tu padre.

Selene le estrechó la mano y sacudió la cabeza apesadumbrada.

—No, me temo que no —respondió. Alzó la vista hacia Adam, y sonrió cuando sus ojos se encontraron—, pero eso no va a detenernos. Sólo estamos esperando a que pasen las elecciones, para que nuestra relación no interfiera con la candidatura de nuestros padres.

Marcus soltó una risotada áspera.

—Haría falta mucho más que el que Adam salga contigo para apartar las elecciones de la mente de nuestro padre —dijo soltando su mano y dirigiéndose de nuevo hacia la puerta—. Perdón por la intromisión —añadió.

—¡Espera, Marc! —lo llamó Adam—. ¿Qué querías?

Pero su hermano sacudió la cabeza.

—No era nada importante —respondió con otra de sus raras sonrisas—. Seguid a lo vuestro. Un placer conocerte, Selene. Ya nos veremos cuando destapéis la noticia; espero.

Ella sonrió.

—Dalo por hecho. Yo también me alegro de haberte conocido.

Y, cuando la puerta se cerró, se volvió hacia Adam, aún sonriendo, y le dijo:

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

Capítulo Ocho

Adam no le devolvió la sonrisa. Era como si la alegría por su inesperada visita se hubiese desvanecido con la aparición de su hermano.

—Aún estamos en septiembre —dijo—. ¿De verdad tenemos que ocultar nuestra relación un mes y medio más… hasta que pasen las condenadas elecciones?

Selene se puso tensa al advertir la nota de frustración en su voz.

—Es lo mejor, Adam.

—¿Lo mejor para quién? —le espetó él irritado.

Selene nunca lo había visto así, pero su enfado era comprensible, y no pudo evitar sentirse egoísta y mezquina.

—Mejor para nosotros —le dijo quedamente.

—Pues para mí no lo es —contestó él enfurruñado—. A mi padre nunca le ha importado lo más mínimo con quién salga ninguno de sus hijos. Tu padre es el único aquí que tiene un problema.

—Lo sé —murmuró ella, al borde de las lágrimas—, pero es la única familia que tengo, Adam, y no quiero disgustarlo innecesariamente. ¿Es tanto pedir que esperemos un mes y medio?

La expresión de Adam se suavizó, y para alivio de Selene volvió a rodearle la cintura con los brazos y la atrajo hacia él.

—Bueno, supongo que no es tanto tiempo… comparado con el resto de nuestras vidas.

La promesa implícita en sus palabras llenó a Selene de dicha. ¡Estaba pensando en pedirle que se casara con él!

Adam suspiró.

—Es sólo que… me gustaría poder estar todo el tiempo contigo. Quiero poder llevarte a cenar, o a una fiesta, y no tener que preocuparme de que alguien nos vea y al día siguiente aparezcamos en la portada de una revista del corazón.

Mientras hablaba, había empezado a subir otra vez la voz, y hubo un momento tenso en el que los dos se quedaron callados, hasta que Selene lo notó relajarse un poco.

—Quiero poder presentarte a mi familia —continuó Adam en un tono más moderado—. Quiero que todo el mundo sepa que estamos juntos.

—No más que yo —replicó ella con suavidad, alzando una mano para acariciarle la mandíbula.

Después de lo que le había contado sobre aquellas falsedades que la prensa había publicado años atrás sobre él y esa compañera suya de universidad, no era difícil comprender por qué aquello era tan importante para él.

—Sé que un mes y medio parece muchísimo tiempo —le dijo—, pero pasarán muy deprisa; ya lo verás.

—No lo suficientemente deprisa para mí —gruñó él.

Pero agachó la cabeza para volver a besarla, y Selene supo que se le había pasado el enfado.

—Y mañana por la noche nos veremos —le prometió, cuando finalmente Adam despegó sus labios de los de ella.

—Imagino que no me dejarás ir a recogerte —comentó él, adivinando cuál sería la respuesta.

Selene sacudió la cabeza.

—No creo que sea una buena idea, pero podría tomar un taxi hasta tu casa para que luego salgamos desde allí a cenar a algún sitio.

Selene sí se reunió con Adam en su casa la noche siguiente, pero no llegaron a salir de ella. Comenzaron a charlar, a besarse… una cosa llevó a la otra, y acabaron en el dormitorio haciendo el amor.

—No sabes cómo ansiaba tenerte por fin aquí, en mi cama —le confesó Adam un rato después, cuando yacían abrazados el uno en los brazos del otro.

—También yo —contestó ella—, pero no puedo quedarme mucho tiempo, porque sé que si me quedo volveremos a empezar, y no saldré de aquí hasta el amanecer.

—Sólo unos minutos más —murmuró él, acariciándole la espalda y estrechándola contra su cuerpo—. Te quiero, Selene.

La joven se quedó inmóvil en sus brazos, y al cabo de un rato Adam empezó a resignarse al ver que no le respondía. Era más que evidente que estaba decidida a no permitir ataduras emocionales

entre ellos hasta que pasaran las malditas elecciones.

Pero entonces, de pronto, la oyó susurrar:

—Yo también te quiero.

Echó la cabeza hacia atrás para besarlo en la barbilla, y luego se puso seria.

—Adam, yo… siento estar haciendo esto tan difícil. No quiero hacerte daño, de verdad que no.

—Está bien, no importa —replicó él en un murmullo.

Y era verdad; no le importaba. Selene lo amaba, y, sabiendo eso, un mes y medio no era nada.

Siguieron hablando, compartiendo sueños y proyectos, y los minutos que Adam le había pedido a Selene se convirtieron casi en dos horas. Y entonces, de repente, sonó el teléfono.

Mientras soltaba de mala gana a la joven y extendía la mano hacia el aparato, Adam miró el reloj de la mesilla de noche. Eran casi las doce. ¿Quién podía ser? Las posibilidades hicieron que una punzada de temor le atenazara el estómago, la clase de temor que acompaña inevitablemente a las llamadas a esas horas de la noche. Debía haberle ocurrido algo a alguien de su familia.

Se incorporó en la cama con el teléfono inalámbrico en la mano y contestó:

—¿Diga?

—Adam, gracias a Dios que estás en casa.

Era la voz de su padre.

—¿Papá? ¿Qué sucede?, ¿ha pasado algo?

—Es Marcus —respondió Abraham. En su voz había una nota de honda preocupación que Adam no recordaba haber oído antes—. Lo han arrestado.

—¡¿Arrestado?!

—Sí, por tráfico de drogas.

—¿Por tráfico de drogas? ¡Pero eso es ridículo! Además, creía que había quedado libre de sospecha cuando lo interrogaron.

—También yo, pero parece ser que no es así —contestó su padre —. Ian está seguro de que es un montaje que alguien ha hecho para que parezca culpable.

—El cártel… —adivino Adam al instante—. No han conseguido presionar a Adam para que cambiara a los proveedores de café que le decían, y por eso han hecho esto —farfulló bajándose de la cama

—. Enseguida voy para allá; mientras tanto, llama a un abogado.

—Ya lo ha hecho Marc —replicó su padre—. Se ha puesto en contacto con un amigo del colegio de abogados para que se encargue de representarlo en la vista en la que se fijará la fianza, pero va a necesitar más ayuda. Ian me dijo que llamaría a Jake y al resto de la familia. Nos encontraremos en la comisaría de policía. Voy a intentar hacer presión para que lo suelten esta noche, y mañana nos encargaremos de aclarar este embrollo.

—Está bien. Ahora nos vemos.

Adam colgó y arrojó el teléfono sobre la cama, y abrió un cajón de la mesilla para sacar unos calzoncillos y unos calcetines limpios.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Selene, incorporándose con una expresión aprensiva en su bonito rostro.

—Han arrestado a mi hermano Marc… el que conociste ayer —le explicó Adam mientras se ponía la ropa interior—. Lo acusan de tráfico de drogas. Tengo que ir a la comisaría de policía.

Selene se bajó de la cama y se puso la bata de Adam, que en ese momento estaba sacando una camisa y un traje del armario.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —inquirió, mientras lo veía ponerse la camisa y abrocharla a toda prisa antes de meterse los pantalones.

—Me temo que no —respondió él, con la mente bulléndole de pensamientos. Se remetió la camisa y se abrochó el pantalón, para luego ponerse la corbata y la chaqueta—. Tómate el tiempo que quieras si necesitas darte una ducha, y luego vete a casa —le dijo.

Tomó su billetera, las llaves, el móvil, el maletín que contenía su portátil, y se volvió hacia Selene, que se había quedado allí plantada sin saber qué hacer. Se había puesto su bata pero no la había cerrado, y a pesar del frenesí del momento no pudo resistirse a introducir la mano bajo la prenda y deslizando en torno a su cintura para atraer a Selene hacia sí, acariciando las suaves curvas de su cuerpo desnudo al tiempo que le daba un último beso.

—Te quiero. Te llamaré en cuanto pueda.

—Yo también te quiero —respondió ella—. Todo se arreglará; ya lo verás.

Adam tomó su mano, y la soltó lentamente mientras caminaba de espaldas hacia la puerta del dormitorio sin despegar sus ojos de ella. Sólo cuando sus manos se hubieron separado, se giró sobre los

talones, y se marchó.

Selene se duchó y volvió a vestirse para regresar a casa de su padre, y a la mañana siguiente, aunque no solía levantarse tan temprano a menos que tuviera que hacerlo, a las seis ya había bajado al comedor. Sabía que le llevaban la prensa a su padre antes de las siete, y se preguntaba si los periódicos dirían algo sobre el arresto de Marcus.

Aunque la noche anterior había intentado animar a Adam, por la torva expresión de su rostro intuía que había verdaderos motivos para preocuparse.

Cuando entró en el comedor su padre estaba ocupando el asiento en la cabecera de la mesa.

—Buenos días, padre —lo saludó.

—Buenos días, Selene. Qué temprano te has levantado esta mañana.

No era una pregunta, así que Selene no contestó nada, sino que se limitó a sonreír mientras se dirigía a la mesa. Lanzó una mirada ansiosa a los periódicos, que estaban apilados junto al sitio que había ocupado su padre. Con él allí no podría mirar las portadas sin que sospechase.

Tomó asiento a su derecha, y en ese momento entró la criada con una humeante cafetera, que dejó sobre la mesa.

—Ayer regresaste muy tarde —dijo su padre de repente, abriendo un periódico y mirándola por encima de él.

—Sería más bien que tú volviste antes de lo normal, porque no llegué tarde en absoluto. De hecho, siempre suelo estar ya acostada cuando te oigo entrar.

Su padre enarcó las cejas.

—Era más de medianoche.

—En Europa las fiestas apenas acaban de empezar a esa hora —replicó ella mientras se servía café—; claro que tiendo a olvidar lo provinciano que es Estados Unidos —añadió con una sonrisa maliciosa—. Estoy deseando que llegue la boda de Willi para volver a Francia.

—Pero sólo estarás allí una temporada, ¿verdad? —le preguntó su padre, bajando un poco el periódico.

Selene se encogió de hombros y extendió la mano para alcanzar la jarra de la leche caliente.

—No sé, tal vez me quede más tiempo —respondió con deliberada vaguedad.

Si había algo que su padre ansiase, por encima de todo, era tener el control en cada situación, se recordó. No le estaba haciendo aquellas preguntas porque se interesase por ella; era sólo un ejercicio de poder, y sabía que ésa era la única forma de contrarrestarlo, con amenazas implícitas de que se alejaría de él si insistía en controlar cada uno de sus movimientos.

—Bueno es que yo… —respondió su padre, agitando el periódico para ponerlo derecho—, en fin, tenía la esperanza de que después de las elecciones pudiésemos pasar algún tiempo juntos.

Selene le dirigió una tibia sonrisa mientras removía su café. «Punto muerto», pensó.

Su padre había centrado de nuevo la atención en la lectura, y al cabo de un rato Selene se decidió por fin a pedirle uno.

—¿Podrías pasarme uno? —le dijo señalando la pila con un gesto desdeñoso, como si no estuviese particularmente interesada.

—¿Cuál quieres?

—Oh, cualquiera —respondió ella.

Su padre tomó el que había en lo alto y se lo iba a pasar cuando su mano se detuvo, los ojos fijos en la portada, y lanzó un grito victorioso seguido de risotadas.

—¿Qué es lo que pasa? —inquirió Selene exasperada, alzando la voz para hacerse oír en medio del jaleo que estaba montando.

Casi parecía que de un momento a otro fuese a levantarse y hacer una danza india en torno a la mesa.

Su padre le dio la vuelta al periódico para que ella viese la portada.

—¡Uno de esos malditos Danforth ha sido arrestado!

Selene prácticamente le arrancó el periódico de la mano y leyó rápidamente la noticia, que decía poco más de lo que Adam le había contado la noche anterior, que Marcus, el cuarto hijo del político y candidato al senado por Georgia, Abraham Danforth, había sido arrestado por el FBI acusado de tráfico de drogas.

—Esto hundirá la campaña de Danforth —dijo su padre con una risa cruel—. Consiguió salir del barrizal en que lo había metido la

prensa las dos últimas veces, pero no hay manera de que le dé la vuelta a esto.

—A menos que sea un error —dijo Selene quedamente—. Todavía no se ha demostrado que sea culpable.

—Tanto dará —vaticinó su padre—. Faltan menos de dos meses para las elecciones, y ni siquiera ese Danforth es capaz de recuperarse tan rápido de un golpe así a su imagen. Esto no podía haber venido en mejor momento —añadió frotándose las manos.

—Estoy segura de que Marcus Danforth no piensa lo mismo —dijo Selene sacudiendo la cabeza tristemente—. Me da igual si esto te ayuda a conseguir votos; no está bien desearle mal a nadie sólo por ganar unas elecciones.

—No es eso lo que quería decir —replicó su padre, perdiendo la paciencia.

—¿Ah, no? —dijo ella, alargando la mano para tomar una tostada y untándola con mantequilla—. ¿Qué querías decir entonces? A mí me ha sonado como si te alegrases de que ese pobre hombre haya sido arrestado, porque será mala publicidad para Abraham Danforth, y a ti podría acercarte a tu meta.

—Bueno, quizá, pero…

—¿Qué harás si no ganas? —lo interrumpió Selene.

Su padre enmudeció y se le quedó una expresión cariacontecida.

—¿Cómo? —balbució.

—Quiero saber qué piensas hacer si no ganas.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —le espetó él exasperado—. ¿Es qué no tienes ninguna fe en tu padre?

Selene ignoró su tono agresivo.

—Claro que la tengo, pero sólo puede haber un ganador. Me gustaría que me dijeras qué harás si finalmente no eres tú a quien los votantes elijan.

John van Gelder miró a su hija aturdido.

—Nunca se me ha ocurrido pensar que pueda no ganar —dijo con simpleza.

Selene se dio cuenta de que estaba diciendo la verdad; nunca había considerado la posibilidad de perder.

—Pero, ¿y si no ganases? —insistió.

Su padre frunció el entrecejo.

—No lo sé. Supongo que… volvería a dedicarme a los negocios

—respondió.

Pero, por la vacilación que hubo en su voz, parecía que ni él mismo se lo creyese.

Selene sintió que el corazón se le encogía de dolor. «No seas tonta», se reprendió mentalmente, «¿Acaso esperabas que te dijera algo como que si no ganaba querría pasar más tiempo contigo?».

—Bueno pues sería mejor que pensases un poco en ello —dijo en un tono seco—, porque, en el improbable caso de que perdieses —añadió esforzándose por eliminar de su voz todo trazo de sarcasmo—, harías bien en tener un plan alternativo que compartir con la prensa. Si no, quedarás como un tonto, o como un engreído… o como ambas cosas.

Bajó la vista al periódico, consciente de que su padre se había quedado mirándola boquiabierto. Y no le extrañaba. Nunca antes le había hablado así.

Al final de la columna que hablaba de Marcus había una frase en letra pequeña cursiva que decía: «*Véase historia relacionada en la página 4C*». ¿Página 4C? Ésa era la sección de sociedad… de los cotilleos. Durante las campañas electorales los medios de comunicación siempre andaban a la caza de detalles jugosos sobre la vida personal de los candidatos o su entorno. Mientras pasaba las páginas, Selene se preguntó qué habrían encontrado. Con un clan tan nutrido como era el de los Danforth, sin duda debía haber unos cuantos secretos de familia, y aun aquellos que sólo fuesen inocentes errores podían ser convertidos en algo mucho peor.

Sin embargo, poco podía imaginarse lo que encontraría al llegar a la página de sociedad. De hecho, cuando sus ojos se posaron sobre la fotografía que aparecía en ella, su cerebro dejó de funcionar.

Era una foto de Adam y de ella… juntos… saliendo del hotelito donde habían pasado su primera, y maravillosa, noche juntos. Selene estaba tan aturdida que fue incapaz de reaccionar, y simplemente se quedó allí sentada, mirando fijamente la instantánea.

Adam tenía una mano en su cintura, y en la otra su maleta. Ella tenía el rostro levantado hacia él, y Adam le estaba sonriendo de un modo tan tierno, que en otras circunstancias le habría encantado aquella fotografía. Debajo, había un titular en negrita y grandes letras que decía: «*El duelo político Danforth-Van Gelder da un giro*

romántico».

Con una creciente sensación de náuseas, Selene leyó el cuerpo de la «noticia»:

> *Mientras el hijo menor de Abe Danforth ha sido arrestado por presunto delito de tráfico de drogas, parece que el tercer vástago del candidato a senador, Adam, está confraternizando con el enemigo. Ha sido visto recientemente saliendo de un conocido hotelito del casco antiguo de la ciudad, acompañado de Selene van Gelder, hija del rival de su padre en las elecciones al senado. Sin embargo, no es la primera vez que Adam Danforth, que todavía sigue soltero, ha sido pillado* in fraganti *por los paparazzi con una joven de familia rica y destacada, como fue el caso de la ahora casada Karis Dougherty, quien…*

El resto del «artículo» era aún más injurioso, y apenas había digerido lo que había leído cuando su padre dijo:

—¿Qué diablos es esto?

Estaba furioso, y Selene supo de inmediato que había encontrado en otro periódico algo similar a lo que ella estaba leyendo.

—Selene, más vale que haya una buena razón por la que apareces en una foto en actitud cariñosa con Adam Danforh. ¡Esto podría arruinar mi candidatura!

Selene apartó la vista del periódico.

—¿De qué forma podría arruinar tu candidatura? —le preguntó exasperada.

Había temido que su padre se pondría hecho un basilisco, y era descorazonador ver que no se había equivocado.

—¿Estás… estás diciéndome que estás saliendo con este hombre? —casi gritó su padre, poniéndose de pie y dejando caer todos los periódicos al suelo. Su rostro estaba rojo de ira—. ¡Por amor de Dios!, ¡es un *Danforth*!

—Eso ya lo sé, padre. Lo que todavía no he conseguido averiguar es qué tiene eso de malo aparte de que Abraham Danforth se disputa contigo el cargo de senador —le espetó Selene irritada, alzando también la voz.

—Abraham Danforth… —masculló su padre—… es un golfo y un mujeriego que hace años estuvo detrás de la fortuna de tu madre

hasta que su familia se dio cuenta de la clase de alimaña que era.

Se hizo un silencio ensordecedor en la habitación, y por la expresión de los ojos de su padre, Selene supo que esas últimas palabras se le habían escapado. De todas las cosas que pudiera haber esperado que dijese, aquélla ni siquiera la habría imaginado.

—¿Que él… qué?

—Hace años fue uno de los pretendientes que tuvo tu madre —respondió su padre a regañadientes.

—¿Antes que tú?

Su padre asintió.

—¿Y tú ya la conocías?

Su padre volvió a asentir, y su expresión se suavizó.

—Era la más bonita de todas las chicas que fueron presentadas en sociedad ese año. Me quedé prendado de ella en cuanto la vi —dijo con una mirada lejana—… igual que los demás hombres que estaban en el baile. Pero todos supimos que no teníamos nada que hacer cuando Abraham Danforth puso los ojos en ella.

De pronto la antipatía que su padre profesaba hacia su rival tuvo sentido para Selene. No era que sus razones fueran válidas, ya que aquello debía haber ocurrido al menos veinticinco años atrás, pero eran comprensibles.

—Pero fue contigo con quien se casó —apuntó.

—Sí, después de que su padre impidiera lo que habría sido una alianza inoportuna con los Danforth.

—¿Por qué inoportuna? —quiso saber ella—. La fortuna de los Danforth es mucho mayor que la nuestra. De hecho, precisamente por eso no comprendo por qué iba a estar interesado Abraham Danforth en el dinero que heredaría mi madre. ¿Había lazos de sangre entre ellos?

John van Gelder sacudió su canosa cabeza.

—No, nada de eso. El padre de Abraham había superado a tu abuelo materno varias veces en el terreno de los negocios, y había mala sangre entre ellos.

Mala sangre…, se repitió Selene pensativa. Y su padre parecía haber dado continuidad a ese rencor.

Claro que también tenía sus motivos, matizó para sus adentros: él no había sido la primera elección de su madre.

Su abuelo materno le había prohibido a su madre ver a

Abraham, y Selene se preguntó si lo habría amado. Y, con respecto a su padre… ¿se habría casado su madre con él sólo porque había sido el primero en aparecer después de que su familia pusiera fin por la fuerza a su relación con Abraham? Probablemente nunca llegaría a saberlo.

De pronto sentía lástima de su padre. Era obvio que había adorado a su madre, y era muy posible que nunca hubiese llegado a saber si ella le había correspondido.

—Pensábamos hablar contigo cuando pasasen las elecciones —le dijo—. Me pareció que lo mejor era esperar a entonces, porque con todo lo que tienes encima ahora por la campaña…

—¿Pensábamos? —la cortó su padre, y el rostro se le ensombreció de nuevo—. Selene, te prohíbo que vuelvas a ver a ese hombre.

Selene se quedó mirándolo con incredulidad. ¿Estaba hablando en serio? ¿Acaso no comprendía que cosas así eran las que hacían que se rompiesen las familias?

—¿Que me lo prohíbes? —repitió irritada—. Para empezar, nunca habría conocido a Adam si no hubiese sido por ti.

—¿Por mí?

—Sí, por ti, por esa estúpida fiesta en el hotel Twin Oaks a la que me obligaste a asistir, ¿lo recuerdas? —le recordó ella—. Allí fue donde lo conocí, y no voy a permitir que me digas con quién puedo o no puedo salir —le espetó mirándolo desafiante. Bajó la vista al periódico y farfulló más para sí que para su padre—: No entiendo cómo han conseguido esta fotografía. Me cuesta creer que haya suficientes reporteros en Savannah como para seguir cada día a todos y cada uno de los miembros del clan Danforth.

En ese momento alzó la vista por pura casualidad, y vio que su padre tenía una expresión extraña, casi como de… culpabilidad. Y entonces comprendió.

—Tú no… —comenzó lentamente—… tú no tendrás nada que ver con esto, ¿verdad?

—Eh… no, claro que no —balbució él.

A su padre nunca se le había dado bien mentir.

—¿Esto es obra tuya? —exclamó Selene repugnada, poniéndose de pie y mirándolo fijamente—. ¿Me has utilizado para hacer que uno de los hijos de tu rival aparezca ante la opinión pública como

un playboy? ¿Contrataste a alguien para que nos hiciera fotografías a Adam y a mí sólo porque le guardas un rencor sin sentido a Abraham Danforth?

Nunca en su vida había gritado, pero en ese momento estaba haciéndolo.

—¡Por supuesto que no! —replicó él, y aquella vez su voz sonó sincera. Selene se quedó mirándolo, y su padre pareció desinflarse como un globo—. No era ése mi propósito —confesó con un suspiro —. Contraté a un detective privado para que te siguiera y me dijera dónde ibas y con quién. Estaba preocupado por ti, porque últimamente estabas pasando mucho tiempo fuera de casa.

Selene no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Yo… yo no sabía quién era con quien salías cuando lo contraté —se defendió.

La estupefacción y la ira de Selene iban en aumento con cada nueva confesión de su padre.

—¿Y eso qué importa? ¡Contrataste a un detective para espiarme en vez de preguntarme a mí, tu hija, con quién estaba saliendo! —le espetó riéndose con amargura—. Y encima te salió una carambola. Mataste dos pájaros de un tiro —añadió mirándolo como si fuese un insecto repugnante que hubiese encontrado en su plato—. Nunca te perdonaré esto —le dijo. Cuando volvió a hablar, lo hizo lentamente y recalcando cada palabra a pesar de que estaba temblando de ira—. He pasado toda mi vida preguntándome qué había hecho mal para que te disgustase tanto; me acostumbré a que me ignoraras; he estado acompañándote a cada acto de esta maldita campaña porque necesitabas una hija florero que mejorase tu imagen. Incluso fui a esa fiesta que organizaba tu rival porque te empeñaste. Y adivina qué: conocí allí a un hombre llamado Adam, al que tú odias sin conocerlo, sólo porque se apellida Danforth, estoy enamorada de él, y vamos a casarnos.

—Selene, yo…

—Y tengo otra noticia para ti, padre: no pienso dejar de ver a Adam —le dijo desafiante. Y luego, sacudiendo la cabeza, añadió—: Mi propio padre espiándome…

—Le dije claramente al detective que no hiciera ninguna foto, pero supongo que reconoció al hijo de Abraham y debió decidir que podría sacarse más dinero vendiendo esa fotografía que trabajando

para mí —se defendió su padre en un tono quedo. Se quedó callado, y de pronto se dio cuenta de lo que había dicho su hija, y le preguntó aturdido—: ¿Has dicho que vas a *casarte* con él?

—Sí, padre, eso he dicho —contestó ella con aspereza. Le dio la espalda y se dirigió a la puerta del comedor, deteniéndose al llegar a ella y volviéndose para añadir—. Y no presupongas que estarás invitado a la boda.

Y salió dando un portazo.

No recordaba haber perdido los estribos de aquella manera en toda su vida. Estaba temblado por fuera y por dentro y sentía ganas de llorar, o de vomitar, o de ambas cosas.

Tenía que llamar a Adam enseguida. Sabía cómo lo desagradaba que la prensa publicase mentiras sobre su familia o sobre él, y no quería ni imaginarse qué pensaría cuando viese aquello en los periódicos.

Capítulo Nueve

Adam llevaba dormido menos de dos horas cuando alguien llamó a su puerta. Rodó sobre el costado para mirar la hora en el despertador, pero cuando vio el viejo reloj con forma de pelota de béisbol que sus tíos le habían regalado a los catorce años recordó que no estaba en su casa, sino en el que había sido su dormitorio en Crofthaven, la mansión familiar.

Volvieron a llamar a la puerta con más insistencia.

—Adelante —respondió Adam.

Se incorporó, frotándose el rostro con las manos, y al ver ante sí cuando las retiró a su hermano pequeño, Marcus, lo inundó la misma sensación de alivio que había sentido cuando habían vuelto con él la noche anterior.

Habían pasado varias horas antes de que les dieran permiso para sacarlo de la comisaría, horas de ansiedad durante las que ni siquiera les habían dejado verlo. Al final habían tenido que recurrir a sus contactos y pagar una fianza desproporcionada para que lo dejaran en libertad provisional, hasta que se aclararan las cosas.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Marcus estaba muy serio, pero se había duchado y afeitado, y tenía mucho mejor aspecto que horas antes, cuando lo habían llevado a casa.

—¿Cómo estarías tú si te hubieran arrestado por algo que no has hecho? —le contestó Marcus.

Adam crispó el rostro.

—Sí, lo imagino —respondió, frotándose la nuca. Luego miró a su hermano—. Mm… No es que no me alegre de verte, pero espero que tengas una buena razón para haberme despertado. No me he dormido hasta las cinco, y no son ni las siete. ¿Qué ocurre, hay alguna novedad?

Marcus sacudió la cabeza.

—No —respondió, pero luego lo miró vacilante, como si no se atreviese a decirle algo—. Hay una cosa en el periódico que

deberías ver.

El tono de Marcus sorprendió a Adam.

—¿El qué? —inquirió poniéndose de pie.

Marcus abrió el periódico doblado que llevaba en la mano y se lo tendió, señalándole la parte superior de la página.

Al ver la fotografía que figuraba en ella, Adam se quedó mirándola incrédulo. Recordaba perfectamente aquella mañana: el tacto del hombro de Selene bajo su mano, el modo en que se había reído por algo que él le había dicho, cómo se había contenido para no agachar la cabeza y besarla porque estaban en la calle… y todo el tiempo había habido alguien oculto en algún sitio a la espera, con una cámara.

El padre de Selene se pondría furioso cuando viese aquello. Se obligó a leer el artículo, y sus facciones se tensaron de repulsión. Por supuesto, habían tenido que sacar también aquella historia absurda sobre Karis y él. Pobre Karis. Y no quería ni imaginar cómo se lo tomaría George, su marido. Todavía vivían en el área de Savannah, y dudaba mucho que a George le hiciese gracia que volviesen a calumniar a su esposa.

«Y hablando de calumnias», pensó, «esto no va a ir nada bien para la campaña». Si el arresto de Marcus había supuesto ya un serio revés para la candidatura de su padre, el que al día siguiente la prensa lo retratase a él como un playboy tampoco ayudaría demasiado. John van Gelder debía estar saltando de alegría aquella mañana por mucho que estuviese furioso por la relación entre Selene y él.

De pronto una sospecha terrible cruzó por la mente de Adam, y aunque se despreció a sí mismo por considerar siquiera aquella posibilidad, no fue capaz de descartarla. A pesar del resentimiento que se adivinaba en ella, había visto el dolor en los ojos de Selene y escuchado el anhelo en su voz cuando hablaba de su padre. Era obvio que nunca se había sentido querida, y no pudo evitar preguntarse qué sería capaz de hacer por conseguir que le prestara un poco de atención, hasta dónde llegaría para complacerlo y lograr su aprobación. ¿Podría Selene haber planeado aquello?

Recordó entonces lo sorprendido que se había quedado cuando le había dicho su nombre la noche que se conocieron. Sin embargo, se había sentido demasiado embrujado por ella como para

preguntarse qué estaba haciendo en una fiesta cuya intención era recaudar fondos para la campaña del oponente de su padre. Luego, varias veces, había tenido intención de hacerlo, pero cuando estaban juntos siempre lo olvidaba.

En ese momento volvieron a llamar a la puerta entreabierta, interrumpiendo sus angustiados pensamientos, y tanto Marcus como él se volvieron. En el umbral estaba su padre con otro ejemplar del periódico en la mano, y doblado por la misma página.

—¿Estás bien? —le preguntó a Adam en un tono amable.

Adam tragó saliva y sacudió la cabeza.

—No lo sé. Dios, papá, no sabes cuánto lo siento. Esto no será nada bueno para la campaña.

Abraham se encogió de hombros.

—Hay cosas más importantes en la vida que una campaña —replicó—. No creía que conocieses a la hija de Van Gelder —levantó el periódico y volviendo a bajarlo.

Se hizo un silencio incómodo en la habitación.

—Y yo creía que la conocía —murmuró Adam con amargura.

Marcus se sentó en la cama.

—¿Os presentó algún amigo común? —inquirió.

—No —respondió Adam tragando saliva—. Estaba en la fiesta del hotel Twin Oaks el pasado mes de julio.

Tanto su padre como su hermano lo miraron con una expresión de absoluta incredulidad.

—¿Y qué estaba haciendo allí? —quiso saber Marcus.

—No lo sé —admitió Adam—. Entonces eso ni siquiera se me pasó por la cabeza, y aunque luego me extrañó y he pensado en preguntárselo, cada vez que estoy con ella se me olvida —explicó, consciente de que dicho en voz alta sonaba poco convincente e increíblemente ingenuo—. Lo siento, papá.

Se hizo un nuevo silencio en la habitación, que se vio roto por la suave risa de su padre

—Las mujeres tienen algo que te hacen olvidarte de todo —le dijo.

Adam, sin embargo, se sentía demasiado disgustado como para dejarse animar, y no dijo nada.

Abraham le puso una mano en el hombro y se lo apretó suavemente.

—No te preocupes. Si la gente deja que esas ridículas historias amarillistas influyan en su opinión de mí, y deciden no votarme, que así sea.

Adam tragó saliva de nuevo.

—Pero yo no quiero que pierdas votos por mi culpa —le dijo—. Además, el pensar que he sido tan estúpido como para…

—Adam —lo interrumpió su padre—. Esa chica… ¿es… era importante para ti?

Tanto como el aire para todos los seres vivos, pensó Adam con un nudo en la garganta. No tuvo que contestar, porque Marcus lo hizo por él.

—Sí, sí que lo era —dijo quedamente.

Abraham y él salieron de la habitación, pero Adam apenas lo notó. Aturdido, tomó el periódico de la cama y observó el rostro sonriente de Selene en la fotografía. Un agudo dolor atacó a dentelladas su corazón. Había creído que le importaba; había creído que finalmente había encontrado a una mujer que no quería nada de él excepto su amor. Y se había equivocado… otra vez.

A medida que el día avanzaba Selene estaba cada vez más angustiada. Desde aquella mañana había estado intentando contactar con Adam sin éxito. Lo había llamado varias veces a su casa, y le había dejado mensajes en el contestador además de en el buzón de voz del móvil. Incluso lo había llamado a la oficina, pero nadie respondía.

Hasta cuatro veces había llamado su padre a la puerta cerrada de su habitación a lo largo de la mañana, pero ni siquiera se había dignado a contestarle. Estaba tan enfadada con él, que se dijo que si no volviera a verlo nunca no le importaría. Llevaba toda su vida tratándola como si fuera un objeto inútil que le estorbase el paso, y la había matriculado en un internado para que otros se ocupasen de ella. Le había pasado por alto su negligencia como padre durante años, pero aquella vez había ido demasiado lejos.

¿Cómo podía haber sido capaz de contratar a un detective para que la siguiese? Y encima había querido disculparse diciéndole que no podía haber imaginado que aquel tipo tuviese tal falta de ética como para tomar fotografías de Adam y de ella cuando le había

dicho que no lo hiciera.

El corazón se le encogió de dolor. Si la quisiese no habría hecho lo que había hecho. Nunca le perdonaría aquello. Por su obsesión por controlar su vida podía haber hecho daño a la familia de Adam y, por ende, a Adam también.

«Adam…», murmuró anhelante para sus adentros. No podía creer que no la hubiese llamado. ¿Tal vez no había visto la fotografía y el artículo que la acompañaba? No, era imposible. Más bien estaría encerrado en algún sitio, evitando a los medios de comunicación… como ella. Contestar el teléfono cada vez que había sonado a lo largo del día había sido una pesadilla, pero había temido perder una posible llamada de Adam si no lo hacía. Había dicho tantas veces «sin comentarios» para después colgar que había perdido la cuenta.

Si al menos pudiera ir a reunirse con él… Pero no podía salir porque fuera de la casa había al menos cinco reporteros acampados. Además, ¿dónde podría buscarlo si Adam no estaba en su casa ni en la oficina?

Y entonces se acordó de Crofthaven. Lo más probable era que hubiese ido a la mansión de su familia para hablar con su padre al ver lo que habían publicado sobre ellos la prensa, y quizá estuviese aún allí. ¡Y su hermano! ¡Se había olvidado por completo del arresto de su hermano! Si habían logrado que dejasen en libertad bajo fianza a Marcus, tal vez estuviese en Crofthaven… y Adam con él.

Una nueva esperanza arraigó en su corazón. Probablemente Adam no la había llamado por temor a que fuese su padre quien contestase el teléfono. Y no porque le tuviese miedo, claro, sino porque le preocuparía que pudiese causarle a ella más problemas con él.

Con manos temblorosas tomó la guía telefónica y buscó el número de Abraham Danforth.

Una voz de hombre que no le resultaba conocida fue quien respondió:

—Residencia de los Danforth. ¿En qué puedo ayudarle?

Selene tuvo que inspirar profundamente antes de hablar.

—Querría hablar con Adam Danforth, por favor.

—¿Quién debo decirle que llama?

—Selene van Gelder.

Hubo una larga pausa.

—¿Ha dicho Selene *van Gelder*?

—Eso es —contestó ella, contrayendo el rostro disgustada por lo desafiante que había sonado.

Lo último que quería era que la familia de Adam pensase que era una estúpida arrogante.

—Un momento, por favor.

Selene esperó y esperó. Debían haber puesto su llamada en espera, porque no se oía ruido alguno, ni siquiera de pasos acercándose. Finalmente escuchó un «clic» y la voz de Adam.

—¿Diga?

—¡Adam! No sabes cómo me alegro de haberte encontrado. Te he dejado media docena de mensajes en casa, y en el móvil. ¿Estás bien?

Al otro lado de la línea sólo le respondió un silencio frío, y Selene se inquietó.

—¿Adam?

—Selene, ¿qué es lo que quieres?

La voz de Adam sonaba… extraña.

—Pues… pues saber si estás bien —balbució Selene vacilante—. Anoche te fuiste corriendo para ayudar a tu hermano Marcus, y esta mañana ha salido ese odioso artículo en la prensa…

—Del cual tú no sabías nada, por supuesto —la cortó él con una clara nota de sarcasmo en su voz.

—No, yo… —comenzó ella, pero de pronto comprendió lo que Adam había querido implicar con sus palabras—. ¿Piensas que yo…? Oh, no, Adam, fue mi padre. Él…

—Tú, tu padre… ¿qué diferencia hay?

Entonces fue ella quien se quedó callada. Adam no le había hablado nunca así, en ese tono frío y acusador.

—¿Qué quieres decir con eso de «qué diferencia hay» entre mi padre y yo? —inquirió lentamente.

—Es igual —respondió Adam—. ¿Por qué no me dices qué estabas haciendo en la fiesta que organizó mi padre en julio?, ¿aquella en la que tan oportunamente nos conocimos?

¡Adam creía que le había tendido una trampa! La punzada de dolor que sintió en el pecho fue tan intensa y repentina, que casi

dejó caer el teléfono.

—Mi padre me hizo asistir —contestó, a pesar de saber que con ello acabaría de destruir lo poco que pudiera quedar de su buena opinión de ella.

—Oh, claro, tu padre te obligó; ya entiendo.

No, no entendía nada en absoluto. Y aunque parte de ella sabía que no conseguiría hacerle ver que estaba equivocado, lo amaba tanto que al menos tenía que intentarlo.

—Yo no quería ir porque mi padre quería que espiara a tu familia —le dijo—, pero le dije que asistiría para no tener que oírlo.

—Qué gran sacrificio —se burló Adam—. Y supongo que también has estado saliendo conmigo para no tener que oírlo.

—¡No! Tú sabes que eso no es así.

—¿No me digas?

Selene volvió a quedarse callada un momento antes de volver a hablar.

—Supongo que fue un error que volviéramos a vernos después de la fiesta —murmuró—. Conocía de sobra el odio irracional que mi padre tiene a tu familia, pero cuando vi tu nota en la cafetería no pude dejar de pensar en lo perfecta que había sido aquella noche y…

—Oh, sí, ya lo creo que fue perfecta. Era la oportunidad perfecta para que hicieses algo que lograse congraciarte con tu padre.

—¡No! —replicó ella desesperada—. Yo sólo quería estar contigo.

—Lo que tú querías… —dijo él con toda la intención—… era poder encontrar la manera de que tu padre te prestase un poco de atención.

Selene admitió por fin para sus adentros que aquello era inútil. La voz de Adam sonaba dura y fría, muy distinta de la voz del hombre del que se había enamorado.

—¿Y qué pasará ahora con nosotros? —inquirió, poniéndose el dorso de la mano contra la boca para ahogar un sollozo.

—Nada —respondió él ásperamente—. Nada de nada.

Colgó, y la comunicación se cortó.

Angustiada, Selene se aferró al teléfono, su último vínculo con Adam, apretándolo contra su oído, hasta que finalmente, muy despacio, lo apartó, apretó el botón para apagarlo, y volvió a

colocarlo sobre la base. Luego, también muy lentamente, se tumbó en la cama, apoyó la cabeza sobre sus antebrazos cruzados, y rompió a llorar.

Selene estuvo llorando un largo rato, hasta que la colcha de la cama quedó empapada por las lágrimas y se hubo calmado un poco, hasta que su corazón quedó adormecido y el dolor dio paso a una profunda desesperanza. Finalmente se incorporó, y al alargar la mano para sacar de la mesilla de noche un pañuelo se notó las articulaciones rígidas, como si hubiera envejecido varios años de golpe. Se bajó de la cama y se miró en el espejo. Tenía los párpados hinchados por el llanto, y en sus ojos había una mirada desolada.

¿Qué iba a hacer? No tenía nada que la atase ya a Savannah, pero tampoco tenía a dónde ir. Nadie la echaría de menos, pero tampoco tenía a nadie que estuviese esperándola.

Y entonces pensó en Guillemette, en París, en cruzar el océano para alejarse de los recuerdos que la atormentarían siempre si permanecía allí. Tomó de nuevo el teléfono inalámbrico y marcó el número de la compañía aérea con la que había volado desde Europa, y le dijeron que el primer vuelo del día siguiente salía a las once. Sin pensárselo dos veces reservó un billete.

Aunque ya estaba anocheciendo, Adam no se había ido a casa, sino que seguía en Crofthaven. Por un lado, según le habían dicho Ian y Jake, había reporteros por todas partes. Marcus había decidido hacerles frente, y había escapado unas horas antes acompañado de su guardaespaldas. Adam esbozó una sonrisa, la única que había acudido a sus labios en todo el día. Había visto a su hermano mucho más enérgico y animado desde que le habían presentado a aquella atractiva joven que iba a protegerlo, que en todo un año.

La casa, a pesar de sus amplias estancias e interminables pasillos, estaba ahogándolo, y salió a los jardines, cerrando las puertas cristaleras detrás de él. Caminando por la vasta extensión de césped llegó hasta el melocotonar, pero lo atravesó también, para dirigirse al robledal que había en el linde de la propiedad.

De niño, había pasado horas y horas a la sombra de aquellos árboles, de cuyas ramas colgaban guirnaldas de musgo. Ya por aquel entonces había estado convencido de que algún día vería al fantasma que vagaba por la propiedad desde los tiempos de su tatarabuelo, Hiram Danforth.

Ese día, sin embargo, por primera vez en su vida, ni siquiera iba mirando a su alrededor mientras caminaba deprimido. No podía dejar de pensar en Selene, lo cual era una solemne estupidez, después de lo que le había hecho. ¿Cómo podía haber estado tan equivocado respecto a ella? La noche en que se habían conocido lo había sorprendido lo cómodo que se había sentido con ella; algo que nunca antes le había ocurrido con ninguna otra mujer.

Su enfado se había ido diluyendo a lo largo del día, y había sido reemplazado por una tristeza que había impregnado sus pensamientos y lo había dejado sin energía alguna. ¿Había sido todo realmente una mentira? Había estado tan seguro de su amor…

Además, cuando había hablado por teléfono, su voz había sonado terriblemente triste. Si su intención había sido embaucarlo para luego hacerle quedar como un playboy ante la prensa, ¿a qué venía esa tristeza? Más aun: ¿por qué razón lo habría llamado? Tendría que haber imaginado que él ya se habría dado cuenta de cuál era su juego, de que sólo había estado saliendo con él para que la prensa tuviese carnaza con la que empañar la campaña de su padre.

Adam resopló con desdén. Había ido demasiado lejos. ¿Qué habría hecho si la prensa no hubiese publicado esa historia sobre ellos, acusarlo de violación?

El dolor que había enterrado en su interior resurgió aún con más fuerza, y se sentó destrozado sobre el tronco de un árbol caído al lado del camino, poniendo la cabeza en las manos.

—Adam…

Había sido sólo un susurro, pero le dio un susto de muerte. Había creído que estaba solo. Se levantó de un salto, y en el lugar más alejado del claro vio algo que no había visto antes en toda su vida. El vello de los brazos y de la nuca se le erizó.

Había una joven allí parada, pero no era una joven vulgar y corriente. Apenas era visible, una figura vaporosa iluminada por la débil luz del ocaso, y tragó saliva al darse cuenta de que podía ver

los arbustos a través de ella.

Llevaba una capa de viaje como las que vestían las gentes del siglo diecinueve, y un vestido que llegaba hasta el suelo. Por lo poco que podía ver de éste, observó que era sobrio y modesto, y en un brazo llevaba una pequeña maleta y uno de esos sombreros que se anudaban bajo la barbilla. Su cabello parecía negro, y estaba peinado con la raya en medio, trenzado, y recogido en un moño. Sus facciones eran hermosas y parecía muy joven; probablemente no tendría ni siquiera veinte años, se dijo… si es que uno podía ponerle edad a un… a un fantasma.

La boca se le había puesto increíblemente seca, y el corazón le estaba latiendo con tanta fuerza que parecía que fuese a salírsele del pecho. Con todas las veces que había deseado llegar a ver un fantasma, nunca había imaginado que el que se le apareciera uno lo asustaría así.

—¿Quién eres? —consiguió articular al fin.

—Priscilla Carlisle.

Adam no podía apartar la vista de sus ojos, que estaban mirándolo fijamente con una expresión de tristeza infinita.

—La señorita Carlisle… —murmuró—, la institutriz…

La joven asintió sombríamente.

—Has oído hablar de mí.

—La verdad es que no sé demasiado sobre ti —contestó Adam—. Sé que Hiram Danforth te contrató, pero cuando tu carruaje estaba llegando a Crofthaven se desató una tormenta, el coche volcó y tú… tu moriste —concluyó, sintiendo deseos de pellizcarse para asegurarse de que no estaba soñando. ¡Estaba *hablando* con un fantasma!

El fantasma de Priscilla Carlisle volvió a asentir, y Adam tuvo la sensación de que estaba complacida.

—Pero hay más —dijo.

—¿Más? —repitió Adam confundido—. Bueno, eso es todo lo que yo sé —dijo, y vaciló un instante antes de añadir—. Eso, y que estás enterrada aquí, en Crofthaven.

La aparición giró la cabeza, como mirando por encima del hombro.

—Él plantó un árbol para mí.

—¿Quién?

El fantasma de la joven se volvió, mirándolo con aquellos ojos llenos de pesar.

—Mi padre.

—¿Tu…? —comenzó Adam, sin comprender—. ¿Quién era tu padre? —inquirió. Tal vez hubiese sido hija de uno de los sirvientes de su tatarabuelo—. ¿Tu familia era de la zona?

—Mi padre… —contestó la aparición—… era Hiram Danforth.

—¿Hiram Danforth? —repitió Adam—. Pero Hiram Danforth era mi abuelo…, y estaba casado.

Ella esbozó la más leve de las sonrisas. Parecía como si le hiciese gracia lo que había dicho.

—Sí —asintió—, pero la mujer con la que estaba casado no era mi madre.

—Ah, ya veo.

—Yo iba a venir a vivir aquí porque él me lo había pedido —continuó el fantasma—. Mi madre había sido criada de su familia en Boston, cuando él era joven. No habrían podido casarse aunque hubieran querido, porque mi madre era sólo una sirvienta irlandesa, y él el hijo de un rico industrial.

—Pero, ¿se amaban? —se atrevió a preguntar Adam.

—No lo sé —respondió la joven—. Yo quiero creer que sí. Mi madre murió por una epidemia de gripe, pero Hiram Danforth se aseguró de que yo siguiera en el servicio de la casa. Incluso se ocupó de que recibiera una educación. Pero, por supuesto, cuando se casó, se marchó de la casa de sus padres, y se fue a vivir al Sur. Cuando sus hijos ya tuvieron edad de ir a la escuela, me pidió que fuera allí y viviese bajo su techo como su institutriz —añadió—. Era una buena oportunidad para una huérfana como yo, sin la protección de ninguna persona, ni futuro alguno. Y también una oportunidad para estar cerca de mi padre.

Una solución muy práctica, pensó Adam. En la década de mil ochocientos noventa había poca tolerancia respecto al matrimonio entre personas de distintas clases sociales. De pronto, un pensamiento cruzó por su mente.

—Hiram nunca le dijo a nadie que eras su hija, ¿no es así?

Ella asintió con la cabeza, y Adam sintió que una honda melancolía impregnaba el aire.

—No podía hacerlo —respondió la aparición.

Adam la miró profundamente conmovido.

—Todos estos años… —murmuró—, casi un siglo…, únicamente has querido…

—Ser parte de la familia —asintió ella.

—Y has intentado hablar con muchas personas, pero nunca… —dijo Adam—. ¿Por qué yo?

—Porque tú has sido el primero que *quería* hablar conmigo —respondió ella, y una leve sonrisa iluminó sus facciones—. He estado esperando este momento mucho tiempo.

De repente, de algún modo, Adam supo lo que tenía que hacer. Se puso de pie, e hizo una reverencia, e increíblemente no se sintió ridículo en absoluto.

—Priscilla Carlisle —le dijo solemnemente—, sé bienvenida a la familia Danforth. Nuestro hogar es el tuyo.

La figura translúcida frente a él brilló con tanta intensidad, que Adam tuvo que guiñar los ojos para seguir mirándola.

—Gracias, Adam… —le susurró.

Y, mientras la observaba, el fantasma comenzó a desvanecerse, hasta que finalmente desapareció, y todo aire sobrenatural abandonó el claro del bosquecillo donde se había aparecido.

La tristeza que había tornado denso el aire se había esfumado, y en su lugar había quedado una silenciosa paz. Con una seguridad que ni siquiera cuestionó, Adam supo que aquella había sido la última aparición del fantasma de Crofthaven.

Capítulo Diez

Cuando ya había anochecido, Adam volvió por fin a su casa. La mayor parte de los periodistas que se habían congregado a las puertas de la mansión por el arresto de Marcus y aquel ignominioso artículo publicado sobre él se habían ido ya, y no le costó ignorar a los pocos que todavía quedaban allí.

Lo que no le estaba resultando tan fácil ignorar, eran las preguntas que continuaban saltando a su mente respecto a Selene. ¿Cómo podía haberle hecho aquello? ¿Había habido algún momento en que de verdad lo hubiese amado, o había sido una farsa todo el tiempo?

Después del increíble encuentro de aquella tarde, había vuelto corriendo a la casa con la mente bulléndole de ideas, ansioso por sentarse y escribir lo ocurrido. Incluso había cruzado por su cabeza el pensamiento de «¡imagínate la cara que pondrá Selene cuando se lo cuente!», pero entonces había recordado el periódico, su conversación por teléfono… y que no volvería a verla ni a hablar con ella.

Aquel extraordinario encuentro había hecho que se olvidase por unos instantes de sus problemas, pero cuando la imagen de la fotografía y el artículo habían vuelto a su mente, había sentido de nuevo en la lengua el amargo sabor del desencanto sufrido.

Y, sin embargo, había algo que no podía quitarse de la cabeza. Selene le había dicho que lo quería, y o bien era una de las mejores actrices sobre la faz de la tierra, o verdaderamente lo sentía. No podía estar equivocado en eso también. ¡Por amor de Dios, había sido virgen hasta aquella noche que habían pasado juntos en el hotelito! ¿Por qué iba a haber permitido que las cosas fuesen tan lejos entre ellos si su única intención había sido tenderle una trampa?

La única respuesta que se le ocurría era que para ella lo suyo había significado tanto como para él. Pero, si aquello fuese cierto, ¿por qué diablos había tomado parte en las intrigas de su padre?

El único modo de saberlo, se dijo, sería preguntarle. Miró su reloj de pulsera, y aunque vio que eran casi las diez, aquello no lo hizo echarse atrás. Estaba decidido a poner fin a sus dudas de una vez por todas.

Haciendo acopio de valor, tomó el teléfono y llamó a casa del padre de Selene, pensando que, si la llamaba al móvil, lo más probable era que lo hubiese apagado después de la conversación que habían tenido.

—Residencia de los Van Gelder, ¿dígame? —le contestó un hombre en un tono áspero y agresivo.

Adam sintió que la ira volvía a apoderarse de él, convencido de que esa voz pertenecía al propio John van Gelder.

—Soy Adam Danforth —dijo con tirantez—. ¿Podría…?

—¡*Danforth*! —casi rugió el padre de Selene—. ¿Dónde está mi hija?

Adam se quedó patidifuso.

—¿No está en casa? Yo llamaba para hablar con ella.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Mi hija no está contigo? —inquirió John van Gelder suspicaz.

—No la he visto desde ayer —contestó Adam—. ¿Me está diciendo que no sabe dónde está?

—Así es —respondió el padre de Selene apesadumbrado—. Tuvimos una fuerte discusión después de que viera el periódico esta mañana, y se ha pasado el día entero en su habitación. Llamé a la puerta varias veces, pero no quería hablar conmigo —admitió—. Volví a intentarlo a la hora de la cena, pero ya no estaba. La criada me ha dicho que bajó con una maleta, y que tomó un taxi sin decirle a nadie dónde iba.

—¿Y no ha llamado al tipo que nos sacó la fotografía que publicaba hoy la prensa? Tal vez la haya seguido —le espetó Adam sin poder contenerse. En cuanto las palabras cruzaron sus labios se arrepintió, pero los acontecimientos estaban todavía demasiado recientes y le costaba refrenar su ira.

Sorprendentemente, el padre de Selene no colgó el teléfono, ni pareció ofenderse. En lugar de eso suspiró.

—Sé que me merezco lo que me está ocurriendo —dijo—, y te aseguro que lo último que haría sería volver a llamar a un detective para que siga a mi hija.

¿Un detective? Un escalofrío recorrió la espalda de Adam.

—¿Cómo?

—He dicho que nunca volvería…

—No me refiero a eso. ¿Quiere decir que Selene no sabía que usted había contratado a alguien para que la siguiera y le sacara fotos?

—En realidad yo le dije expresamente a esa sanguijuela que no hiciera ninguna foto —contestó John van Gelder con irritación—. Sólo quería saber dónde iba, pero supongo que ese hijo de mala madre debió pensar que podría ganarse unos cuantos de los grandes cuando vio quién la acompañaba.

—¿Me está diciendo que Selene no sabía nada de ese detective? —repitió Adam de nuevo.

—No, claro que no. ¿Acaso pensaste…? Oh, Dios… —farfulló John van Gelder. Parecía sinceramente afligido—. ¿Creíste que ella y yo…?

—Sí —murmuró Adam, apoyando la cabeza en la pared y cerrando los ojos.

Dios. Selene había intentado decírselo, y él no la había escuchado. De pronto, al darse cuenta de lo que había hecho, sintió asco de sí mismo.

—Escuche —le dijo al padre de Selene—. ¿Se le ocurre alguna amiga, alguien a quien pueda haber llamado? La única amiga de la que me habló a mí es una tal Guillemette, de París.

—Willi, sí —asintió Van Gelder—. También es la única de la que me ha hablado a mí. ¿Crees que podría…?

—Yo comprobaré los vuelos a París —lo interrumpió Adam—. Si no se marchó de casa hasta esta tarde quizá no haya podido tomar un vuelo hoy, y en ese caso puede que pase la noche en un hotel, para salir en el primer vuelo de la mañana —añadió. Se quedó en silencio un instante—. Señor Van Gelder… yo… amo a su hija, y quiero casarme con ella. No sé muy bien cómo es la relación que usted tiene con ella, pero sí sé que Selene lo quiere, que lo *necesita* a usted en su vida.

—¡Y yo a ella en la mía! —exclamó Van Gelder en un tono desesperado—. Selene lo es todo para mí… aunque en todo este tiempo no haya sido capaz de decírselo. Perdí a su madre al poco tiempo de nacer ella, y supongo que estaba demasiado encerrado en

mi dolor como para abrirle mi corazón a Selene. Todos estos años la he estado apartando de mí, y sé que he hecho mal. Dios santo, apenas conozco a mi propia hija —murmuró acongojado, aclarándose luego la garganta—. Quisiera otra oportunidad… si ella estuviera dispuesta a concedérmela.

—También yo —dijo Adam quedamente.

El padre de Selene permaneció en silencio un momento antes de volver a hablar.

—Quizá un Danforth no hubiese sido mi primera elección como marido para mi hija, pero ella dice que te quiere, y si conseguimos dar con ella y aún quiere casarse contigo, tenéis mis bendiciones.

—Gracias —murmuró Adam, deseando poder sentirse más optimista en ese momento. Temía haberle hecho tanto daño a Selene que ella no lo perdonase nunca. De pronto, una idea descabellada cruzó por su mente, y aunque en un primer momento dudó, finalmente se decidió a hablar. Lo más que podía ocurrir era que el padre de Selene se negase a ayudarlo—. Señor Van Gelder… ¿Qué sería usted capaz de hacer para recuperar a su hija?

John van Gelder no vaciló.

—Cualquier cosa —dijo—. Incluso retiraría mi candidatura al senado si con eso volviese a mi lado.

—Bueno, no creo que eso sea necesario —respondió Adam, sin poder reprimir una sonrisa—. Bien, deje que le explique lo que se me ha ocurrido que podemos hacer…

—¿Señorita Van Gelder?

Selene levantó la mirada de la revista que había estado hojeando sin ningún interés durante la última media hora. Estaba sentada en el área de espera del aeropuerto, aguardando la salida del vuelo que la llevaría primero hasta La Guardia, en Nueva York, donde tomaría otro hasta París. Se había ido allí con horas de antelación simplemente porque no tenía ninguna otra cosa que hacer, y porque estaba aún demasiado aturdida para tomar decisiones. Como no había podido encontrar un vuelo que saliese el día anterior y se había sentido incapaz de permanecer más tiempo en casa de su padre, había decidido ir a pasar la noche en un hotel, y aquella mañana, antes de abandonarlo, apenas había tenido fuerzas para

guardar las cosas que había sacado la noche anterior de la maleta.

—¿Es usted la señorita Van Gelder? —volvió a preguntarle la empleada del aeropuerto que había aparecido frente a ella.

—Sí, soy yo —respondió ella, dejando la revista a un lado.

—¿Podría acompañarme a la sala de VIPs, por favor?

Selene se levantó, se colgó el bolso y tomó su bolsa de viaje.

—¿Qué ocurre?

—Nos han pedido que le mostremos algo —contestó la mujer.

Y, sin dar más explicaciones, se dio media vuelta y echó a andar, obviamente esperando que fuese detrás de ella.

Con el entrecejo fruncido, Selene la siguió por un largo pasillo hasta llegar a la sala privada para los viajeros de primera y clase *business*. La mujer le indicó con la palma de la mano uno de los cómodos sillones.

—Póngase cómoda, por favor. Debe estar a punto de empezar —le dijo, señalando el televisor que había en la pared.

Y la dejó sola, aún más confundida. ¿Qué estaba a punto de empezar?, se preguntó Selene, jugueteando nerviosa con la correa del bolso. En ese momento acabó el intermedio publicitario, dando paso a un programa matutino de entrevistas. La sonriente presentadora saludó a los espectadores en medio de los aplausos del público.

—…no sé quién dijo que el camino del amor verdadero no es un camino recto, pero hoy tenemos con nosotros la prueba viviente de que así es. Conmigo esta mañana tengo a dos caballeros a quienes probablemente el público de Savannah nunca habría esperado ver juntos en la misma habitación, y mucho menos compartiendo una misma opinión, pero hoy han venido para hacer causa común en algo que los afecta a los dos. Por favor, recibamos con un fuerte aplauso al candidato a senador por el estado de Georgia John van Gelder, y a Adam Danforth, hijo de Abraham Danforth, rival de Van Gelder en estas elecciones.

Selene no salía de su asombro. El público aplaudió obedientemente, y entraron en el plató su padre y Adam. Se sentaron en el sillón de los invitados, sonrientes, y aparentemente cómodos el uno al lado del otro.

Selene no podía moverse, y su vista se había quedado pegada al televisor. ¿De qué iba todo aquello?

—John, ¿por qué no nos cuenta qué lo trae hoy aquí?

—Bien… —comenzó su padre carraspeando—; Adam y mi hija Selene han estado saliendo durante las últimas semanas, pero yo no lo he sabido hasta ayer mismo —confesó con un suspiro—. Supongo que Selene pensó que reaccionaría de un modo irracional al saber que estaba viéndose con un miembro del clan Danforth… y me avergüenza decir que probablemente estaba en lo cierto —dijo enarcando las cejas en una clara burla de sí mismo.

—Así que… ¿no quería que saliese con Adam? —inquirió la presentadora.

—En realidad ni siquiera sabía que estuviesen saliendo —repitió John van Gelder—, pero estaba preocupado porque de pronto empezó a pasar mucho tiempo fuera de casa.

—¿Y qué hizo usted? —le preguntó la mujer, sin darle tregua.

Su padre pareció incómodo.

—Contraté a un detective privado para que la siguiera y me dijera dónde iba y con quién.

—¿Contrató a un *detective privado*? —repitió pasmada la presentadora—. ¿No le pareció un poco extremo? La mayoría de los padres le hubiesen preguntado directamente a sus hijas, ¿no cree?

—Pero yo no soy como la mayoría de los padres —admitió John van Gelder avergonzado—. La madre de Selene falleció cuando ella era sólo un bebé, y yo… me quedé tan destrozado que no fui capaz de hacerme cargo debidamente de ella. Pasó la mayor parte de su infancia y adolescencia en internados —añadió. Sacudió tristemente la cabeza, pero no parecía un gesto ensayado—. Fue un error alejarla de mí, y me arrepiento de haberlo hecho.

—Señor Van Gelder —intervino de nuevo la presentadora—, ¿qué espera usted conseguir viniendo hoy aquí con Adam Danforth?

—Otra oportunidad —respondió su padre mirando a la cámara y extendiendo las palmas de las manos desesperado—. Quiero que Selene sepa cuánto siento lo que he hecho, y decirle que me gustaría poder conocerla mejor.

—¿Cómo saben que Selene está escuchándonos? —inquirió la presentadora.

—En realidad no lo sabemos —intervino Adam—. Confiamos en que le hayan pedido que vea este programa, pero no estamos seguros de que esté viéndonos —añadió, y sus hombros se

encorvaron un poco.

—¿No hay nada que puedan decir para instarla a ponerse en contacto con ustedes? —les preguntó la entrevistadora.

Era obvio que la mujer estaba aprovechando para exagerar el dramatismo de la situación, pero ni a su padre ni a Adam pareció importarles. El primero miró al segundo, y éste asintió antes de hablar de nuevo:

—Selene —dijo mirando a la cámara—, te quiero. Los dos te queremos —añadió. Inspiró profundamente y luego continuó—: Tanto tu padre como yo somos conscientes de que nada puede disculpar el modo en que nos hemos comportado contigo, pero aun así te pedimos que intentes perdonarnos.

Su padre rebuscó en el bolsillo de su chaqueta, y extrajo algo pequeño que le pasó a Adam. Era una caja pequeña, como vio Selene cuando Adam la levantó para mostrarla a la cámara.

—Éste… —dijo abriéndola—… era el anillo de boda de la madre de Selene. John me lo ofreció cortésmente cuando le pedí la mano de su hija ayer por la noche. Selene, ¿querrás casarte conmigo?

De la garganta de Selene escapó un gemido ahogado, y las lágrimas que habían aflorado a sus ojos durante la entrevista comenzaron a rodar por sus mejillas. ¡El anillo de boda de su madre! ¡Qué difícil debía haberle resultado a su padre aquel gesto!, se dijo.

En el estudio de televisión Adam estaba sonriendo a la cámara.

—Selene, si puedes perdonarme, reúnete conmigo dentro de una hora en el jardín en el que nos conocimos, y deja que te ponga este anillo en el dedo —dijo.

La ansiedad hizo que su sonrisa flaquease un instante, y se reflejó también en su mirada. Selene estaba segura de que en esas décimas de segundo se habría ganado el corazón de todas las mujeres que estuviesen viéndolo. El suyo al menos se había derretido al escucharlo.

—Por favor, piénsalo —añadió Adam.

La cámara pasó a un dramático primer plano suyo, para luego cambiar a uno del rostro preocupado de su padre.

—Bueno —intervino de nuevo la presentadora—, ésta ha sido una de las proposiciones de matrimonio más originales que he visto. Gracias, caballeros, por compartir este momento con nosotros, y,

por favor, no dejen de comunicarnos la respuesta de la dama —añadió mirándolos. Giró el rostro hacia la cámara—. Nos vamos a publicidad y volvemos enseguida, no se vayan.

Selene, desde luego, no le hizo caso. Antes de que hubiera empezado el primer anuncio ya se había puesto en pie y había salido corriendo hacia la puerta.

Adam, hecho un puro nervio, estaba caminando arriba y abajo por los jardines del hotel Twin Oaks.

En los balcones había reporteros con sus cámaras, y también cámaras de la cadena a la que había ido con el padre de Selene… el precio por esos minutos en televisión. A cambio de que le concedieran un mínimo de intimidad, les había prometido asientos de primera fila para su encuentro… si es que se producía. De cualquier modo obtendrían una buena historia.

Olvidándose de ellos, rememoró la noche en que se habían conocido. A la luz de la luna Selene le había parecido tan misteriosa, tan hermosa y etérea con su vestido blanco, que incluso después de que ella le había asegurado que era de carne y hueso, había temido que se desvaneciese.

¿Iba a desaparecer de su vida para siempre? Si así fuera no tendría a nadie a quien culpar por ello más que a sí mismo, a su estupidez y su desconfianza. No sabía qué haría si se marchase y no pudiese volverse volver a estrecharla entre…

Pero entonces la vio, bajando por la escalinata de piedra con un vestido estampado de flores que le daba un aspecto tan exótico como los jardines que los rodeaban. Se detuvo frente a él, a sólo unos pasos, y sus enormes ojos verde esmeralda se fijaron en los suyos.

No estaba sonriendo, y el corazón le dio un vuelco a Adam, que se preparó para el golpe de ser rechazado.

Por un momento, se quedó allí plantado, incapaz de articular palabra y sin saber qué decir. Finalmente, optó por la sinceridad:

—Selene… perdóname, por favor. Fui muy injusto contigo al no confiar en ti.

Ella asintió con la cabeza.

—Eso fue lo que más me dolió.

Sin que pudiera evitarlo, Adam sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al pensar en todo el daño que le había causado sin justificación alguna.

—En realidad el problema nunca estuvo en ti, sino en mí. Me tengo en tan poca estima que no podía creerme que una chica tan maravillosa como tú quisiese estar con alguien aburrido como yo, que no podría retenerte a mi lado, y por eso cuando vi aquel artículo en el periódico pensé que tenía que haber otro motivo para que estuvieses conmigo y…

Selene iba a decir algo, pero el alzó una mano.

—Por favor, déjame terminar antes de que ya no pueda hablar —le rogó Adam. Le temblaba la voz, pero ya no le importaba—. Te quiero, Selene. ¿Crees que podrás perdonarme?

—Por supuesto que te perdono, Adam —le respondió ella, pero su expresión era todavía seria y reservada.

Por primera vez se le ocurrió a Adam que perdón y amor no tenían por qué ir necesariamente de la mano, y el corazón se le encogió de sólo pensarlo.

—Yo… quería darte las gracias por lo que fuera que le dijeras a mi padre para hacerlo entrar en razón —añadió Selene.

Adam sacudió la cabeza.

—No tienes por qué dármelas. Tu padre te quiere, Selene; es sólo que no sabía cómo demostrártelo, y creo que tenía miedo de llegar a quererte demasiado. Perder a tu madre casi lo destrozó, y supongo que temía volver a pasar por eso, pero quiere volver a intentarlo… si tú le das otra oportunidad.

Selene se quedó callada y no dijo nada.

—Sobre los periodistas que hay en los balcones… —comenzó Adam incómodo—… tuve que prometerles que les permitiría asistir a nuestro encuentro a cambio de esos minutos en directo.

Selene enarcó las cejas.

—¿Y qué habría pasado si no hubiese venido?

Adam se encogió de hombros.

—Bueno, aun así habrían conseguido unas cuantas fotos e imágenes de mí aquí plantado como un idiota.

Selene esbozó una leve sonrisa.

—En ese caso es una suerte para ti que haya aparecido.

Adam escrutó su rostro.

—¿Lo es? Todavía no me has dado una respuesta.

—¿Cuál era la pregunta?

El rostro de Adam se iluminó. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita, la misma que había llevado al programa de televisión.

—Bueno, como según parece viste la entrevista… —murmuró—, sabrás lo que hay aquí dentro.

Se agachó e hincó una rodilla en el suelo.

—Selene van Gelder —le dijo—, ¿querrás casarte conmigo?

Ella se quedó inmóvil, cerró los ojos un instante, y cuando volvió a abrirlos Adam vio que había lágrimas en ellos.

—Sí —le susurró—, sí que quiero.

Una ola de inmenso alivio inundó a Adam. Le tendió los brazos abiertos, y Selene fue a ellos sin vacilar. Adam apretó contra sí su cálido cuerpo, y se fundió con ella en un apasionado beso.

—Creía que lo había arruinado todo —le confesó cuando despegó sus labios de los de ella.

Un grito proferido desde uno de los balcones irrumpió en la burbuja de dicha que los había envuelto:

—¡Ponle el anillo en el dedo, Danforth!

Adam se rió, volviendo la cabeza para mirar al reportero que los había interrumpido, y luego la giró de nuevo hacia Selene, que continuaba entre sus brazos.

—¿Tengo tu permiso?

—Lo tienes —respondió ella enternecida.

Adam dio un paso atrás y abrió la cajita.

—Sí que viste la entrevista, ¿verdad? —volvió a preguntarle—. Y sabes cómo conseguí este anillo.

Ella esbozó una sonrisa temblorosa.

—Sí, lo sé. Y decir que me sorprendió sería decir poco.

—Tu padre te quiere de verdad —le dijo Adam—, y sabe que tendrá que esforzarse para demostrártelo, pero está dispuesto a hacerlo si tú le dejas —añadió. Sacó el anillo de la cajita, que tenía engarzado un precioso diamante en el centro de la montura y otros más pequeños por todo el aro, y lo colocó suavemente en el dedo de Selene—. Éste es un símbolo de nuestro amor, pero también es un símbolo de la familia: de la tuya, de la mía… y de la que espero que formemos juntos.

—Muy pronto —asintió ella, mientras miraban juntos el anillo.

—Tan pronto como tú quieras —le dijo él, atrayéndola de nuevo hacia sí—. Salgamos de aquí —murmuró contra sus labios—; preferiría que no tuviéramos público para lo que quiero hacer contigo luego.

Selene se echó a reír.

—¿Por qué tengo la impresión de que es algo que va a gustarme? —murmuró con una sonrisa pícara, peinando los mechones de su nuca con los dedos, y apretando suavemente sus caderas contra las de él.

Adam se estremeció de deseo, y se apartó de ella para tomarla de la mano.

—No vas a creerte lo que me pasó ayer —le dijo.

Y caminaron de la mano fuera del jardín… rumbo a toda una vida juntos.